

# Los caminos de Adela



Erina Alcalá

EA

# **LOS CAMINOS DE ADELA**

**ERINA ALCALÁ**

*La vida, siempre te ofrece una segunda  
Oportunidad...  
Se llama: MAÑANA*

## CAPÍTULO UNO

Cuando Luca llegó esa mañana a casa, cansado más de lo normal, debido a la noche que habían tenido movidita y después de quince horas de trabajo en la Central de Bomberos, en Cambridge, Massachusetts, en el Condado de Middlesex, no esperaba que Asli, su mujer desde hacía diez años, lo esperara con las maletas hechas.

Estaba sentada en el sofá con las manos juntas, esperándolo. Tenía cuatro maletas grandes y dos bolsos, más el bolso de mano, a su lado.

Luca y Asli, se conocieron en el instituto. Eran la típica pareja cliché. El jugador de fútbol, más guapo del instituto, alto, moreno, de ojos verdes y cuerpo espectacular y ella la directora de las animadoras, con un cuerpo que todos adoraban, una melena rubia y unos ojos azules, algo mandona y caprichosa. Pero era la chica más popular de uno de los Institutos de Boston.

Cuando Luca terminó el instituto, ganó una beca para estudiar en la Universidad de Harvard, en Ingeniería mecánica, Asli, decidió mudarse con él a Cambridge. Eran pareja desde los diecisiete años. Ella le dijo que se quedaran en un apartamento fuera de la Universidad, para poder vivir juntos, ya que ella no quería dejarlo solo, a pesar de que vivían a poca distancia. Y Luca en contra de sus padres, alquiló un apartamento pequeño para que Asli se fuese a vivir con él, ya que eran inseparables y Asli no tenía intención de seguir estudiando.

Buscaría un trabajo y ayudaría con la casa para que él solo tuviera que estudiar.

Pero el tiempo pasaba, y Luca era el que estudiaba y el que tuvo que buscar un trabajo para mantener la casa.

Ella, no quería ser camarera, ni vendedora en ninguna tienda, pero tampoco tenía estudios. Tampoco sabía llevar una casa, limpiar o hacer la comida, con lo que para Luca, fue peor que ella se mudara con él a Cambridge, que ir a Boston todos los fines de semana a verla. Pero en aquél tiempo la amaba y la consentía, ella llevaba el mando en la relación y eran unos jóvenes que apenas salían de la adolescencia y que querían estar juntos.

La animaba a que estudiara, si no quería en la Universidad, algún curso, pero fue imposible convencerla.

Alquilaron un pequeño apartamento de un dormitorio, un saloncito donde estudiaba Luca, un baño y cocina diminuta, suficiente para una persona, pero eran dos.

Asli, se aburría bastante y lo convenció con el tiempo, de casarse antes de que Luca terminara los estudios.

Y a los veinte años, ya estaban casados. Sus padres, les pagaron una boda pequeña con los amigos de la universidad y los del instituto, familiares y demás.

Cuando Luca terminó Ingeniería con buenas notas, ya le tenía Asli una lista de empresas importantes para que Luca trabajase en ellas, pero Luca quiso hacer unas oposiciones a bombero, con un amigo de la Universidad que también quería ser bombero toda su vida y que sus padres, obligaron a estudiar y que luego hiciera lo que quisiera.

Era su amigo Jeffrey, de Cambridge. Allí se conocieron, en la Universidad, el primer año y se hicieron inseparables, aunque a Jeffrey no le caía nada bien Asli ni cómo trataba a su amigo. Esa soberbia que tenía y ese mirar por encima del hombro como si fuese alguien importante. Era mutuo

porque ella echaba la culpa al amigo de Luca de que este fuese bombero en vez de ser un ingeniero en una gran empresa.

Una vez que entraron a trabajar en el cuerpo de bomberos aprobando las oposiciones, Asli y Luca ya tenían veinticuatro años y Asli no estaba muy contenta con su vida. Estaba más bien decepcionada porque no había podido convencerlo y le echaba la culpa a su amigo Jeffrey. Por eso lo odiaba.

Ella soñaba con una vida mejor, un marido con traje y corbata y una gran casa en Boston. Pero Luca era un hombre de gustos más sencillos. Y de eso se fue dando cuenta con los años.

Luca, compró una casa en Cambridge, preciosa no muy grande a los 26 años. Ahorraba dinero que Asli no sabía que tenía, porque de modo contrario, lo gastaría.

La casa no era enorme, pero tenía un jardín vallado en blanco en la entrada y dos plantas, con contraventanas negras preciosas, un salón, un despacho en la planta baja abierta con comedor, cocina y salón, un aseo, y un patio para descansar con cuarto de lavado y limpieza, y arriba tres dormitorios. El principal con baño y vestidor y dos dormitorios más y otro baño en el pasillo.

A pesar de todo y amueblarla preciosa y a gusto de Asli, ella no estaba contenta, quería irse a vivir a Boston y vivir en una lujosa mansión que Luca no podía permitirse.

Y su matrimonio desde el momento en que Luca decidió ser bombero, empezó a hacer aguas. Ella le decía que podía ganar cinco veces más, después de hacer una carrera. Que ella esperaba más que una casita con vallas blancas.

Además los padres de Luca, le regalaron dinero para la casa, pero si la ponía a su nombre porque no les gustaba Asli ni un pelo.

No había hecho nada por su vida en los años que llevaban casados ni antes, mientras vivieron juntos, y su hijo tenía que hacer de todo. Cuando iban a casa de su hijo, Asli, no trataba bien a Luca, siempre lo menospreciaba y eso les dolía a sus padres.

No había demostrado nada durante el tiempo que vivía con su hijo.

Y Luca puso la casa a su nombre, y la pagaba él. Él pagaba todo. No es que el sueldo de bombero fuese excesivo, pero hacía muchas horas extras y le encantaba.

Descubrió con su amigo su verdadera profesión. Y ya llevaba cuatro años de bombero. Y cuatro años que su matrimonio iba mal.

De hecho, si lo pensaba bien, nunca fue como debía ir. Siempre Asli lo tenía estresado e incómodo y presionado, nada le venía bien, nada le gustaba, nada...

De hecho llevaban un año sin hacer el amor y tenía la sensación de que ella tenía a alguien más y se dijo que no le importaba demasiado.

Fue la chica del instituto, la chica popular, pero no era lo que necesitaba ahora, a los 30 años en su vida. Para estar con él, mejor solo. Tenían que hablar en serio, sin falta.

Pero aquella mañana no fue necesario. Allí estaba ella con sus maletas y sus cosas recogidas, lista para irse y casi le supuso a Luca una liberación que fuese ella la que tomara la decisión.

—Te estaba esperando Luca.

—Vaya, parece que te vas de Viaje. ¿Un viaje largo?

—Luca, no hagas que parezca yo la mala.

—No se me ocurriría ni pensarlo —dijo con ironía.

—Sabes que lo nuestro no funciona, de hecho casi nunca funcionó, si lo piensas bien.

—Tienes razón, por una vez te la doy. Bueno, y ¿dónde te vas?

—Estoy saliendo con un abogado de Boston. Llevamos un año viéndonos. A ti, no voy a mentirte.

—Gracias por decírmelo Asli.

—No hagamos un drama de esto. Creo que es lo mejor para los dos. Puedes quedarte con la casa.

—Por supuesto, la casa es mía, cuando termine de pagarla, claro que si quieres la mitad, tendrás que pagar la mitad. Eso seguro que lo sabe tu abogado.

—Luca, no quiero irme enfadada. Hemos vivido más de diez años juntos, pero creo que ya es hora de que cada uno vaya por su lado. Dan, te mandará los papeles del divorcio. No quiero nada.

—No tenemos nada que repartir.

—No te voy a pedir manutención.

—No pensaba dártela. Prefiero no divorciarme si tengo que pagarte.

—Vamos Luca...

—Que seas feliz. Espero impaciente los papeles, te los firmaré sin falta. Adiós Asli, cierra al salir y deja las llaves en la mesita de entrada. Voy a bañarme y a descansar. Estoy muerto.

—Luca...

—Adiós Asli, no sé si para ti será lo mejor, pero para mí, con total seguridad. —Y subió las escaleras dispuesto a darse una ducha.

Cuando bajó, con su chándal puesto y una camiseta de manga corta, estaba muy cansado. La noche había sido movida en la central y la casa al menos estaba en paz. Iba a tomar algo y se acostaría en el sofá.

El día siguiente lo tenía libre e iba a quitar las sábanas y limpiar un poco, e iría a Boston a ver a sus padres y contarles que se divorciaba. Seguro que se alegraban. Nunca les había gustado Asli.

Echaría también un vistazo a ver qué se había llevado Asli. Lo mejor es que se había llevado a ella misma. Seguro que el abogado ese de Boston, tenía una mansión. Era lo que ella siempre había querido y soñado. Mejor para él.

De ahora en adelante, quería paz, tranquilidad y nada de rubias sin trabajo. Eso lo tenía claro. No miraría una chica guapa ni de lejos. Un tiempo para relajarse solo.

Había dormido toda la tarde y la noche y se levantó temprano. Se tomó un café y se puso manos a la obra a limpiar la casa, quito las sábanas, le dio un poco a las otras habitaciones y a los baños y a la parte de abajo, el jardín, el patio y una colada. Cuando lo tuvo más o menos limpio todo, salió a hacer una compra y desayunar en una cafetería a la que a veces iba.

Llegó a casa y colocó todo. Llamó a una agencia de limpieza y solicitó a una señora una vez a la semana para la limpieza general.

Ahora que Asli no estaba, podía permitírselo y descansar los días libres. Él era ordenado y limpio, así que le pediría también que le dejara comida para dos o tres días, congelada.

Se dio una ducha y se puso unos vaqueros y una camiseta. Cogió las llaves del coche. Eran las nueve de la mañana, muy temprano, pero se dijo que se iría a casa de sus padres y allí luego echaría una siesta, antes de volverse.

Iba por la autovía, y delante de él iba con coche pequeño, un Ford Kia, el suyo también era un Ford Kia, Sportage, más grande, pero eran del mismo color, blanco. Le hizo gracia. El conductor iba a la velocidad que debía ir. Y Luca guardaba la distancia de seguridad, tampoco tenía prisa, e iba disfrutando del paisaje, sin tener que llevar al lado a Asli, dándole la vara. Se sintió feliz. Era feliz, sin culpabilidad ninguna.

Todo ocurrió como a cámara lenta y supo en un milisegundo, qué iba a pasar por la forma de maniobrar del conductor de delante.

Un gato, se le cruzó en la pista al conductor de delante y éste, dio un volantazo hacía la mediana para no cogerlo y otro hacía la derecha que lo llevó a saltarse la barrera de seguridad y saltar por los aires y dar dos o tres vueltas de campana fuera de la pista. Gracias a Dios que no había barrancos, pero se quedó el coche bocabajo. Ya los conductores fueron parando a la derecha.

—Pero que... —Dijo Luca mientras veía la escena.

Paró su coche a la vez que sacaba su teléfono para llamar a emergencias y decirles el kilómetro del accidente. Mientras se acercaba al coche, bajó a ver quién había.

Era una mujer joven, morena con el pelo largo y los ojos marrones claros.

—¿Está bien señora?

—No, tengo el brazo izquierdo roto, quizá también la muñeca y un esguince en el tobillo. Hay que mirarme las costillas.

—¿Cómo sabe eso?

—Soy médica del hospital Mass General. Tome, le pasó el bolso con la mano derecha y mucho esfuerzo, no me toque, voy a desmayarme de un momento a otro, tengo un golpe en la cabeza, por favor, vaya a mi casa, Cambridge, calle Amory Street 123. Por favor, está Tara. Calle Amory Street, 123, Tara y no dejaba de repetirlo, hasta que se desmayó.

Luca, Llamó al cuerpo de bomberos, tal como estaba posicionada, los de emergencias no podían sacarla. Había que romper la puerta.

—Hola soy Luca, podéis venir al kilómetro 25 de camino a Boston, hay un accidente. Una señora, está atrapada en el vehículo, vamos daos prisa.

Al cabo de casi una hora los bomberos habían sacado a la chica y los de emergencias se la llevaron. Les dijo que al hospital Mass General, que era Médica de allí.

Lo primero cuando se despidió de todos, fue volver a Cambridge, a su casa, llevaba el bolso de la señora y su dirección.

La mujer se lo encomendó y quizá hubiera una persona de movilidad reducida o enferma o sola llamada Tara... Iba a averiguarlo.

Esa calle estaba dos calles más debajo de la suya. La conocía. Era de casitas pequeñas, más pequeñas que la suya. Quizá viviera en una de ellas.

Buscó el número 123 y aparcó. Era una casita pequeña, con una puerta y una ventana al lado. Estaba limpia la entrada y pintada la fachada y la puerta. Rebuscó en su bolso, sacó las llaves y abrió la puerta.

—Tara —llamó y apareció ante sus ojos una perrita negra pequeñita, teckel que casi rozaba con su pancita el suelo. Era una cachorra, seguro.

—¿Tú eres Tara, pequeña? Vamos a comprobar eso.

Cerró la puerta y lo primero que hizo fue subir a la parte alta. Limpia y pintada en tonos grises claros con buen gusto, tenía pocas cosas pero con un toque vintage y femenino. La perrita la llevaba en los brazos. Una habitación mediana con una gran cómoda, una mesita de noche un vestidor y un baño completo. Olió la colonia. Y el perfume. Y la cesta de maquillaje, la miró en el baño.

Le gustaba el perfume, fresco. Miró los armarios y los cajones, el vestidor. Era joven. La ropa, era de una chica joven, vaqueros, mallas deportivas, tacones y faldas cortas y tops, camisas y camisetas. Ropa interior de infarto, no muy cara, pero bonita.

Y batas de trabajo, blancas y zapatos blancos, zuecos de trabajo. Y algunos trajes de chaqueta, pantalón o falda. Tenía la sensación de mirar la vida de alguien, y así era. Tenía curiosidad.

En la mesita de noche, un pasaporte español. Era española, Adela Beltrán Pérez. Bonito

nombre. La foto no se veía demasiado bien. 24 años, ¡qué joven!... claro que boca abajo no pudo verle la cara. Tenía una cuenta de ahorro. 124.978 dólares. ¡Vaya Tara!, no es demasiado pobre, pero vive en esta casita de muñecas.

Había otro dormitorio pequeño arriba, un baño pequeño con ducha solamente dentro y un armario, otra cómoda y mesita de noche.

Abajo tenía un pequeño despacho, un saloncito con estanterías a ambos lados de una chimenea eléctrica y arriba un televisor, con libros médicos y de ginecología en un lado y de lectura en otro. Dos sofás y una mesa de centro, una mesa de comedor redonda para cuatro y una cocina con una pequeña península con dos taburetes. A la salida del pequeño patio un aseo y un cuartito para la lavadora en columna y artículos de limpieza y aseo y las cositas del perro en un rincón con una percha y su comida arriba.

Dentro de la casa, tenía un cuenco con agua y comida y le dejaba la puerta del patio abierta para Tara.

—Es bonita la casa Tara y se sentaron en uno de los sofás.

Y la perrita se pegó a sus piernas echada.

—Eres preciosa y mimosa. Vamos a ver el bolso, pero se dio cuenta de una foto que había en la repisa al lado de la televisión, la tomó... vamos a ver. Un chico alto, policía, Adela en medio. No hay ropa de hombre. La habitación no tiene ropa, sino de cama y toallas. No es su novio y una chica al lado que se le parece. Son bajitas y el chico alto. Son guapas. Adela es la más pequeña, eso seguro. Miró detrás de la foto: HERMANOS PARA SIEMPRE.

Vaya, son hermanos...

Sacó de su bolso el móvil, doctora tal, doctora, cual, doctor, doctor., hermano Dani, hermana Sofía, casa España, seguros, banco, inmobiliaria... Nada más.

Soltera. El resto del bolso, eran una cartera con tarjetas, una de salud, que debería llevar al hospital, pañuelos, pastillas anticonceptivas. ¿Para qué?

Bueno pequeña Tara, voy a sacarte a dar un paseíto y voy a ir a ver a tu dueña. Luego vengo a por ti y te vendrás a mi casa mientras Adela está en el hospital. Sacaré una copia de la llave, de paso.

Cuando iba camino del hospital, de nuevo para Boston, pensó en Adela, era guapa, atractiva, ordenada y trabajadora.

Al llegar al hospital, preguntó por ella. No lo dejaban pasar, pero enseñó su placa de bombero y que la había recogido y lo dejaron pasar, además les enseñó su bolso.

—Está inconsciente, aún, pero el doctor está con ella.

Y se adelantó a la habitación para preguntarle al doctor.

—¡Hola!

—¡Hola!, ¿es familiar de la doctora Beltrán?

—Digamos que sí.

—¿Su novio, marido?

—Novio, —sin más explicaciones— ¿cómo está doctor?

—Tiene una conmoción, pero debido al golpe. Le hicimos un escáner y está perfectamente. Un brazo roto, el izquierdo, la muñeca izquierda y un esquinco en el tobillo izquierdo.

—¿Costillas rotas?

—No, afortunadamente.

—Entonces ¿cuánto cree que estará en el hospital?

—Una semana. Por la conmoción. Si tiene su seguro tiene que pasar por personal y además



recoger su baja.

—Bien, pasaré ahora y vuelvo.

Y Luca, solucionó su documentación y le metió la baja en el bolso.

Cuando llegó a la habitación, el doctor ya no estaba y se sentó a su lado, arrimó un sillón y se acercó a ella. Moratones en la cara y una ceja hinchada.

Era guapa y por lo que se veía estaba sola y vivía sola. Podría llamar a sus hermanos, pero decidió que cuando ella despertara, hiciera lo que creyera conveniente.

Había tenido suerte. Menudo accidente. Al día siguiente tendría que buscar el seguro del coche y los documentos y pasar por la policía y el seguro.

Salió a comer y seguía sin despertar. Por la tarde debía irse y le dejó una nota con su teléfono móvil.

**Me llamo Luca y tengo a Tara, no se preocupe, y su número de teléfono. Mañana vengo a verla un rato. Le dejo el móvil en la mesita y el bolso en el armario. Si necesita ropa, y despierta, me llama. Anímese. Luca.**

Fue a casa de Adela y cogió todas las cosas de Tara, y se fueron dando un paseo a su casa.

—Amiga Tara, ahora eres mía, al menos por una semana. Te gustará mi casa, no puedo dejarte de noche sola, eres una cachorrilla.

Le puso comida y se hizo la cena. Se sentaron un rato en el sofá y se llevó su cesta arriba para dormir, pero la muy pilla, estaba acostumbrada a dormir en la cama, así que se la subió a la cama.

—Había prometido nada de mujeres Tara, pero eres tan guapa. Anda déjame espacio que mañana madrugo.

## CAPÍTULO DOS

Al día siguiente, dejó a la cachorrita con agua y comida en su casa, y un buen paseo por la mañana. Le dejó el patio abierto y se fue al trabajo bastante temprano.

Adela había tenido la suerte de que esa semana trabajara de día y pudiera cuidar a su perra. Era preciosa y muy buena, lo perseguía por toda la casa y se quedaba pegada a sus piernas para que la cogiera. Seguro su dueña la mimaba demasiado, pero era tan bonita...

Cuando acabó la jornada, Tara lo esperaba con saltos como si fuese un Dios.

—¿Qué pasa guapa? —Dame tiempo, necesito una ducha y te saco a dar un paseo. Y la cogió y acarició.

—Cuando volvió con ella del paseo, tomó un café y se echó un rato en el sofá. Con la perra a su lado.

Durmió un par de horas y fue a casa de Adela. Tomó un bolso con ropa interior y algún pijama y un chándal, zapatillas y calcetines de deporte. Rebuscó el seguro de coche pero no lo encontró. Lo más probable es que lo tuviese en el coche. Pasaría por la policía. Algunas cosas de aseo, también las metió en una bolsa que encontró y se dirigió al hospital.

No había recibido ningún mensaje ni lo había llamado por teléfono, a lo mejor quizá aún no había despertado y eso era mala señal y fue preocupado todo el camino.

Cuando llegó al hospital, la vio incorporada tomando la cena.

—¡Hola Adela, parece que vas mejorando!

—¡Hola Luca!

—¿Sabes quién soy?

—Claro, mi novio. —Le dijo con una amplia sonrisa, pero en seguida se quejó.

—Muy graciosa, tuve que decir eso para poder ver cómo estabas. Iba detrás de ti en la autopista y te vi dar vueltas. Me diste un susto de muerte, mujer.

—Gracias por avisar a emergencias y a los bomberos.

—De nada.

—¿Y Tara, cómo está?

—Tara es una mimosa de cuidado, está en mi casa. Vivimos relativamente cerca, a dos calles —y ella sonrió encantada. Esa mujer era preciosa, si no fuese por los moratones...

—Gracias Luca de verdad. No sé cómo pagarte esto.

—Me gusta tu perra, duermo conmigo.

—Vaya qué suerte tiene... —y él rio con ganas. ¿Estaba ligando con él? Si así era, lo necesitaba. Últimamente su autoestima estaba por los suelos.

—Te he traído ropa, perdona que haya tocado tus cosas, pero creía que la necesitarías.

—Gracias, sí necesito algo más, te mando un mensaje mañana, pero no hace falta que vengas a diario, si me cuidas a Tara, me doy por satisfecha y agradecida.

—Bueno, no me cuesta trabajo.

—¿Es que no trabajas?

—Sí, soy bombero y esta semana tengo turno de mañana. Has tenido suerte.

—Sí, de verdad.

—Bueno ¿cómo te encuentras?  
—Dolorida.  
—Mujer es normal, me diste un susto tremendo cuando te vi volar por los aires. Distes tres vueltas de campana.  
—Por un gato. No quería atropellarlo, me salió de golpe.  
—Lo vi. ¿Trabajas en este hospital?  
—Sí, soy ginecóloga. Menos mal que solo ha sido la mano izquierda. La semana que viene quiero trabajar, esperemos que me den el alta.  
—¿No es muy pronto?  
—Ya veremos. El doctor, quiere un mes, pero me aburriría.  
—Con Tara, no creo —y ella sonrió.  
—Gracias de verdad, Luca, por todo y le cogió la mano y Luca la sintió cálida, era pequeña y suave y le gustó el tacto de sus manos tocándolo. Hacía tiempo que ninguna mujer lo tocaba.  
—¿Tienes familia aquí? —he visto que eres española.  
—Bueno, aquí no, en Nueva York, tengo un hermano policía, Dani y mi hermana mayor, Sofía, está casada y tiene dos niños pequeños y trabaja en una joyería de Manhattan.  
—¿No quieres llamarlos?  
—Es una tontería lo que tengo.  
—¿Y por qué no estás en Nueva York con ellos?  
—Quise estudiar en Harvard, obtuve una beca. Y entré en prácticas en el hospital y aquí me quedé. Llevo ya dos años en el hospital en plantilla.  
—¿Qué edad tienes? —aunque lo sabía.  
—25 voy a cumplir pronto. El mes que viene.  
—¡Qué joven y ya médico especialista!  
—Era una chica inteligente e iba adelantada.  
—¿Cómo llegasteis aquí?  
— Mi padre murió en un accidente laboral cuando era una niña, era electricista y mi madre cuando yo tenía 16 años, así que mi hermano vendió la casa familiar y nos trajo a Nueva York. Siempre quiso ser policía aquí y se hizo cargo de nosotras. Ya al menos vive solo y llevo... pues casi nueve años viviendo en Estados Unidos.  
Somos felices y nos vemos a menudo.  
—Muy bien, por Tara no te preocupes, te la cuidaré esta semana.  
—Gracias de nuevo.  
—Bueno, tengo que irme, me espera una perra encantadora en casa y se hace de noche. Descansa. Si puedo vengo mañana.  
—No hace falta Luca. No quiero molestarte tanto.  
—Bueno, ya veré, si necesitas algo, me llamas, ¿vale?  
—Vale.  
—Y se acercó a ella y le dio un beso en la cara.  
—Cuídate Adela.  
—Gracias Luca.

Los días siguientes de la semana, Luca pasó tres veces a verla cuando salía del trabajo. Uno de los días fue a ver a sus padres y les contó que se estaba divorciando de Asli, que se había ido allí a Boston a vivir con un abogado.

—Lo siento hijo, pero quizá sea lo mejor para ti y encuentres otra chica que sí te merezca. —le

dijo la madre.

—No lo sientas es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Llevo unos días relajado y tranquilo, sin presión. Estoy bien.

—Cuidate hijo y ven cuando quieras, o llamas a tu padre o a mí si lo necesitas. Eres nuestro único hijo y hemos sufrido estos años. Nos alegramos de tu divorcio. No debería ser así, pero no nos gustaba ella para ti.

—Mamá...

—Es que tú no veías lo que nosotros.

—Lo sufría que es peor, pero me di cuenta tarde.

—Nunca es tarde, eres un hombre joven y puedes rehacer tu vida.

—No tengo ninguna prisa.

—No la tengas. Disfruta de tu libertad. Eres tan buena persona que se ha aprovechado de ti y eso no debes permitirlo más hijo.,

—No pienso hacerlo. Te quiero mamá.

—Y yo a ti hijo.

—Papá, me voy —y le dio un abrazo.

—Cuidate hijo —le dijo el padre.

Uno de esos días fue a la policía a ver qué se podía hacer con el coche. Recogió los documentos de Adela y pasó por el seguro. Al final, le dieron un cheque que no le llegaba para comprar uno nuevo, pero intentó que les dieran lo máximo posible porque la culpa había sido suya y el coche había quedado siniestro total.

Cuando llegó a verla al hospital, le dio el cheque.

—Como era bombero y tu novio, te he solucionado el tema lo mejor que he podido. No te llega para comprar uno nuevo, pero se le acerca. —le dijo bromeando.

—¡Ay gracias!, bueno, pondré lo que falte, fue culpa mía, aunque tenía un buen seguro, pero sabía que no me iba a cubrir todo el coche. De todas formas tenía ya dos años. Otra cosa que tengo que agradecerte.

—Nada mujer, me das un paseo una tarde, si no salen gatos. — Y ella se reía.

Hablaban como amigos y se empezaron a contar cosas. Adela sólo sabía que vivía a dos calles de la suya, que nunca lo había visto y que le cuidaba a su perra.

—¿Vives solo? —le preguntó una de las tardes.

—Sí, ahora sí.

—¿Has tenido una pareja?

—He estado casado diez años, hasta la noche anterior a tu accidente.

—Diez años, ¿pero cuántos tienes?

—30.

—Te casaste muy joven...

—Sí, aún estaba en la Universidad cuando me casé con Asli. Era de Boston, de aquí, y yo también era de aquí. Nos conocimos en el Instituto, ya sabes, chico deportista guapo, animadora guapa y rubia —y Adela se reía.

—Como en las películas de adolescentes.

—Exactamente igual.

—¿Y qué pasa, ya no vivís juntos?

—Estamos en proceso de divorcio. Se ha ido a vivir con un abogado. El divorcio será rápido y barato. —Ironizó.

—¿Ya no la quieres?

—No, la verdad. Llevábamos un año separados digámoslo así y ella ya tenía a su amante de casa de palacio y señorial, con traje. Yo no soy de esos. Y ella pensaba que cuando terminara la universidad sería un ingeniero de prestigio, con traje y maletín, trabajaría en una gran empresa y viviríamos el sueño americano, pero decidí ser bombero. Me apasiona.

—Eso también es el sueño americano. ¿La echas de menos?

—Para nada, es extraño, pero, la casa era mía solamente, la compré con el dinero que mis padres me dieron y parte de mis ahorros y está a mi nombre. Estoy muy tranquilo. Ahora solo tengo a Tara.

—Pobre, lo siento. Siento que te tengas que hacer cargo. Te pagaré por eso.

—¿Lo dices en serio?

—Claro.

—Vamos mujer, ¿crees que voy a cobrarte por cuidar a tu perra una semana? Me conformo con una cena cuando te pongas buena.

—Gracias, Luca, eres muy amable. Y tengo una cena pendiente. Te haré comida española.

—Ummm, eso estaría bien. De nada mujer. Bueno, te dejo descansar, ya mismo te dan el alta.

—Mañana sábado a las 12.

—No trabajo, vengo a por ti si quieres, te ayudo y te llevo a casa, ¿quieres algo de ropa?, además, tenemos que hablar de tu coche.

—Está bien, me gustaría que me trajeras un chándal, y una zapatilla, la derecha, una camiseta y ropa interior. —y Adela se puso roja.

—No te pongas roja mujer, es normal.

—Gracias, pero si fuese con una mujer no me importaría hablar de ello con más normalidad.

—Soy un bombero. He visto de todo en estos años, como tú, doctora.

—Cierto. Gracias Luca.

—Venga, hasta mañana, a las 11 estoy aquí, por si acaso.

—Vale. Hasta mañana.

Luca pensó que era una mujer preciosa y agradecida. Le encantaba el pelo largo y moreno, esos ojos castaños color miel y su sonrisa. Y era cercana, como si lo conociera de toda la vida y fuese amigo suyo. Y eso le gustó. Confiaba en él.

Y hacía un año que no se sentía tan bien, entusiasta y alegre. Y no había tenido sexo.

Cuando llegó a casa, se encontró los papeles del divorcio, listos para firmar, los leyó detenidamente y firmó y se los envió por fax como le había indicado el abogado. Ya nada le ataba a Asli. Era un hombre divorciado.

Adela, pensó que Luca, era un hombre generoso, alto, guapo a rabiar y que su mujer debía estar loca para dejar ir a un hombre así de sexy, guapo y con ese cuerpo, además de ser una excelente persona que se preocupaba de una extraña. ¡Ojalá ella conociera un Luca!

Pero acababa de divorciarse, había estado casado 10 años y dos de convivencia y eso pesaba como una losa y hacía comparar a los hombres y seguro que no querría mirar a una mujer en su vida, al menos durante un tiempo si había tenido una mala experiencia.

Ella quería un hombre sin pasado, por supuesto que hubiera tenido relaciones, pero tan largas y divorciado... aunque ella no había conocido a ninguno, no había tenido relaciones con nadie, quería forjar una.

Desde luego Luca era guapo y esos ojos verdes eran preciosos, pero... No era para ella. Lástima.

Al día siguiente, Luca estaba a las once en su habitación. Estaba de muerte y olía mejor que estaba. Le pasó la bolsa y como pudo se levantó de la cama, cojeando y fue al baño, se vistió e intentó peinarse. Tuvo que dejarse el pelo suelto, porque con la mano izquierda no podía hacer nada. Al final, le dieron de baja un mes. No podría trabajar así. Al menos la muñeca y el pie debía tenerlos casi perfectos.

Se pintó un poco y se echó colonia, pero no se maquilló.

Pasó el doctor y le dio los papeles del alta y le trajeron la silla de ruedas y una muleta.

Luca cogió sus bolsos, la muleta y los colgó en la silla y salieron del hospital

La cogió en brazos como si no pesase nada y la subió a su coche. Luego metió atrás los bolsos y la muleta.

—Gracias. Es alto el coche.

—Sí, este coche es más alto que el tuyo. No me queda más remedio que cogerte en brazos vecina. Ya verás cuando te vea Tara. La he dejado ya en tu casa.

Cuando llegaron a su casa, le parecía mentira.

—Me parece mentira estar en casa, ya tenía ganas.

Y cuando abrió la puerta, la perrita se volvió loca, de un lado para otro y se le subió encima.

—Vas a poder subir arriba a dormir.

—Dormiré en uno de los sofás.

—Te bajo sábanas y alguna mantita.

—Hace calor, estamos en abril.

—Por si acaso te da frío. La ayudó a sentarse en el sofá con los cojines y le dejó la muleta al lado.

Le dejó el bolso con ropa en el lavadero y las cosas de aseo en el aseo de abajo.

—Te voy a dar mucho la lata.

—Que va mujer. El bolso, te lo dejé aquí al lado, dentro tienes las pastillas para el dolor y te traigo una botella de agua. Te voy a poner a cargar el móvil y te meto el mío por si me necesitas. Te dejaré mi horario de la semana que viene, porque pasaré a verte hasta que estés bien. Tengo una llave tuya, ¿te la doy?

—No déjate hasta que esté bien, tardaría una eternidad en abrirte. Confío en ti.

—Gracias Adela.

Cuando terminó de dejarle todo listo...

—¿Qué pedimos para comer?

—¿Te quedas a comer?

—Claro, luego me voy a echar una siesta y te dejo y vengo por la tarde a sacar a Tara y cenamos. Si me da tiempo hago algo, si no pedimos.

—Como quieras. No tengo fuerzas para nada hoy después de una semana en cama.

—¿Qué te apetece?

—Después de la comida del hospital una buena hamburguesa con cerveza.

Y Luca la miró interrogante.

—Sin alcohol, siempre la tomo así.

—Mejor, porque tomas pastillas, sin embargo yo me la pediré con alcohol.

— Y ella sonrió.

—Completa.

—Completa de todo.

—Así me gusta.

—¿Quieres ducharte o algo?

— Mañana, hoy me han bañado temprano en el hospital.  
— Pues te pongo una colada.  
— Dios, Luca te voy a dar mucho la lata.  
— Vamos vecina, mientras viene la comida.  
— Como quieras.  
Y fue a ponerle la colada de la ropa que había y la que traía del hospital.  
— Quiero un novio como tú. ¿No hay ninguno soltero en la central? — Le dijo cuando vino del patio.  
— Algunos incluido yo.  
— Acabas de divorciarte y supongo que no querrás ver una mujer en mucho tiempo ni por asomo.  
— Depende para qué.  
— Imagino para qué.  
— Bueno somos vecinos. Esa es una de las cosas. Me caes bien. Me pasa contigo que tengo la impresión de conocerte de toda la vida.  
— ¿En serio? me pasa igual, como si fuésemos buenos amigos. Puedes venir a casa cuando quieras. Ya sabes, o hablar de lo que quieras.  
— Sé a qué te refieres, pero de verdad estoy mejor que nunca. Creo que Asli, me robó la juventud, y estos años, eso siento. Y que ahora respiro con libertad.  
— ¿No trabajaba, ni estudió nada?  
— Nada, no quiso por más que le insistí en que hiciera algún curso si no quería ir a la universidad, ni siquiera sabía cocinar o limpiar.  
— Entonces qué tenías ¿una chica para limpiar?  
— No, tenía un chico, o sea yo.  
— No me lo creo.  
— Así es.  
— Eres un partidazo, Asli no sabe lo que ha hecho dejándote.  
— Sí lo sabe, tiene un abogado millonario y una villa de lujo.  
— No te subestimes Luca. No todas las mujeres quieren eso.  
— ¿Tú, no?  
— No, me conformo con un hombre que me quiera a quien amar y compartir momentos románticos y maravillosos. Soy una romántica. Gano un buen sueldo ahora, desde hace unos meses. No necesito un hombre que me mantenga, sino que sea mi compañero.  
— ¿No has tenido un hombre así?  
— No he tenido, creo que eso es más difícil que lo que busca Asli. — Y se rieron.  
— Ya está aquí la hamburguesa para la vecina.  
Intentó incorporarse y Luca puso la mesa en el salón.  
— ¿Tienes hermanos? — le preguntó Adela.  
— No, soy hijo único. Siempre quise tener hermanos, pero mi madre no pudo tener más hijos.  
— ¿Viven?  
— En Boston, los dos. Mi madre trabaja de cajera en un banco y mi padre en la parte de seguros del mismo banco. Se conocieron allí y allí siguen.  
— ¡Ah!, el niño mimado. Y Luca se reía con ella.  
— No me he sentido así. En lo único que les hice caso fue en comprarme la casa a mi nombre. Me dieron dinero para ayudarme a comprarla. No les gustaba Asli — dándole un sorbo a la cerveza.

—¿No?

—No y tengo que darles la razón, salvo que ellos vieron lo que yo no quise ver.

—Disfruta de tu libertad ahora. Hay un montón de chicas fuera a las que les gustarás.

—Prefiero que me gusten a mí, Adela. Esta vez elegiré yo.

—Me parece un buen comienzo.

—Por los buenos comienzos y chocaron las cervezas.

Cuando la dejó echada en el sofá, después de acompañarla al baño, la perrita se puso a un lado del sofá y se echó en su vientre.

—¡Qué perra más mimosa!

—Sí, es una mimosita. Es mi niña.

—Vengo por la tarde y le doy un buen paseo.

—Ya no sé cómo darte las gracias tantas veces.

—Pues deja de darlas. Vendré hasta que estés recuperada o sea que te queda aguantarme un mes. Hasta luego, descansa.

—Hasta luego.

Mientras iba a su casa, Luca, iba pensando en lo preciosa que era esa mujer, lo fácil que era bromear y hablar con ella, aunque con algunas conversaciones, se ponía roja y eso le encantaba, le daba un aire de ingenuidad que no había conocido en una mujer. En realidad, desde que conoció a Asli, no había conocido a otra ni había sido infiel. Y cuando pensaba en las relaciones, tampoco era para echar cohetes, pero cada pareja tiene sus costumbres. Sin embargo, Adela, le gustaba y eso que había dicho que nada de mujeres, pero estaba muy buena, aparte de otras cualidades.

Y se preguntó con cuántos hombres había estado y casi sintió celos. Eso nunca lo había sentido él, pero era un malestar que se ponía en el estómago y no le gustaba nada. Él solo había estado con dos chicas apenas unas noches antes de Asli, pero tenía 17 años y Asli, con otros tantos antes de conocerlo, pero eso era todo lo que conocía y pensó si ahora sería un hombre torpe con alguna chica en el terreno sexual, porque Asli, no quería hacer ciertas cosas ni le hacía a él tampoco cosas que le gustaban, como sexo oral, pero cada pareja tenía sus formas y posturas y reglas y él nunca insistió.

Cuando llegó a casa, llamó a su amigo Jeffrey y le contó que había conocido a Adela y cómo era.

—Chico no has tardado nada. Ve con cuidado.

—Voy, pero hace un año que no tengo relaciones tío.

—¿Y Adela te gusta?

—Me gusta, el tema es que es una buena chica.

—Las buenas chicas también hacen el amor y tienen sexo, Luca.

—Lo sé, pero me atrae, y sabe Dios que no quería una mujer en mi vida y no dejo de pensar en ella. Y llevo tiempo sin estar en el mercado y tengo miedo a no estar a la altura.

—Amigo, no seas tonto, lo que la vida te ponga, lo tomas. Sé honesto y pon las reglas y no habrá problemas.

—Tienes razón, me preocupo demasiado.

—Eso es, ella es universitaria, médica, no es tonta y necesita sexo como todo el mundo. Si le gustas...

—Bueno, gracias, te dejo, voy a echarme una siesta.

—No te preocupes tanto. Te queda más de un mes para hacer algo, ahora no puede, conócela de



momento.

—Eso voy a hacer.

El mes pasó rápido. Luca pasaba a diario por su casa, dependiendo de los turnos, pero siempre encontraba un hueco para sacar a la perrita y comer o cenar con ella.

En ese mes se habían hecho amigos, bromeaban. Luca, le ayudaba y no dejaba de pensar en ella.

Adela se movía con la muleta bien ya por la casa, aunque no se atrevía a ir a la parte de arriba si no estaba Luca, pero hacía la comida, ponía la colada, limpiaba con una mano y ordenaba la parte de abajo. Y al final intentó sacar a Tara dando paseítos por la calle al parque y se sentaba en un banco, mientras la perrita correteaba con la pelota.

—¡Hola guapa!

—¡Ah, hola Luca!

—No me has esperado...

—No sabía si podías venir y quiero hacer cosas por mi cuenta. Ya no utilizo la muleta.

—Ya lo veo.

—Mañana tengo que ir al hospital. Lo más probable es que me quiten todas las escayolas por fin.

—¿A qué hora vas?

—Por la mañana.

—No puedo llevarte, qué pena...

—No te preocupes, una compañera del hospital va a venir a por mí, tiene el día libre y me trae de vuelta.

—Te van a quitar las escayolas. Será un respiro por fin.

—Posiblemente, eso espero, si no, me desesperaré, ya ha pasado un mes y apenas empiezo a trabajar en una semana. Tengo que comprar un coche nuevo además.

—A eso te acompaño el sábado por la mañana si quieres.

—Quiero uno como el tuyo, es más alto.

—Envidiosilla...

—Me gusta, calla, —y le dio en el hombro.

—Espero de verdad que te quiten todo eso ya.

—Empezaré la rehabilitación en casa, durante una semana. Y tengo que trabajar, estoy nerviosa sin hacer nada.

—¡Estás guapa! —le dijo serio cambiando el tema.

—¡Gracias!

—Bueno, eres guapa, se te han quitado los moratones y me gusta tu pelo, me encanta.

—¿Qué te pasa hoy?

—No sé, estoy tontorrón, tendré la regla —Y Adela se reía. —¡Me gustas!

—Así a bocajarro me lo dices.

—Así, sé que hace poco que nos conocemos y un mes apenas que me he divorciado, pero te he conocido y no sé por qué estoy todo el día pensando en ti. Yo no quería una mujer ni de lejos y fijate. Dime qué hago. Quiero saber si te gusto. Ya no sé ni ligar siquiera.

—Me gustas Luca, eres un tío bueno.

—¡Mujer!

—Lo eres, guapo, sexy, inteligente y buena persona y me gustas.

Y Luca acercó su cara y la besó en los labios y ella no se retiró y profundizó el beso tocando su

pelo y aspirando cada rincón de su boca con la lengua.

—He besado poco —le dijo Adela.

—Yo, no he besado desde hace un año.

—Pues besas de maravilla.

—Vamos a comprobar eso de nuevo y la abrazó y besó. Pegó sus pechos a su duro pecho en el banco y le besó el cuello, los labios, la boca.

—Oh dios Luca, estás loco y yo también, parecemos dos adolescentes.

—Te juro que si mañana te quitan todo eso, hacemos el amor, no puedo aguantar más. No dejo de pensar en hacerlo contigo.

—¿Y si estropeamos esta amistad tan bonita que hay?

—Me arriesgaré.

—Yo también me arriesgaré.

—Eres preciosa. ¿Lo sabes?

—Sí.

—Tonta...

—Feo.

—No soy feo.

—No, eres muy guapo. Tengo suerte.

—Anda vamos a casa, me da tiempo de cenar contigo.

Y una vez que empezaron ya la cogía en brazos, la sentaba en el sofá en sus piernas y la besaba y tocó sus pechos. Y eso encendía a Adela, abrió su blusa y miró sus pechos

—Son preciosos, tus pezones grandes, me encantan. Ufff. Nena. No sé si esperaré a mañana

—Pues no toques tanto.

—Dame tu mano

Y ella le dio la mano, se desabrochó los vaqueros y metió la mano de Adela en sus pantalones, para que ella tocara su miembro.

Y ella supo que era un hombre bien dotado y acarició su longitud y él gemía y ella lo movió.

—No lo hago por eso, Adela. Solo quería sentir tu mano.

—Shhh, —y siguió moviéndolo y él se corrió enseguida.

—¡Dios mujer!, no he podido aguantarme nada. Tus manos hacen maravillas. —y ella sonrió satisfecha mientras Luca recobraba la respiración. Tenía un miembro bonito y mañana disfrutaría por primera vez de uno, e iba a ser ese.

Por fin al día siguiente, le quitaron todas las escayolas. Le habían dado una semana de rehabilitación en casa, una lista de ejercicios, unas pelotas y apoyar el pie, no demasiadas horas al día.

Pero para ella, eso era demasiado, para no haberse roto nunca un hueso. Pudo darse una larga ducha y lavarse bien el pelo, hacer una buena comida y sacar a la perrita.

Después de comer, se tumbó en el sofá y se quedó dormida. La despertó el sonido de la puerta. Y no sabía cuánto había dormido.

Miró por la mirilla como siempre hacía. Era Luca y abrió la puerta...

## CAPÍTULO TRES

—Hola preciosa, estás... —Y la cogió en alto y cerró la puerta, besándola.

—¡Qué loco, suéltame! —le decía riéndose.

—No pesas nada y me gusta cogerte, pequeña.

—Eso es lo único que soy, pequeña.

—Mejor, así puedo manejarte.

—¿Dónde vas? —mientras subía las escaleras.

—A la cama. No pensarás que la primera vez lo vamos a hacer en el sofá y que te hagas daño de nuevo.

—¿No nos arrepentiremos?

—Sí, si no lo hacemos, nena, pero si no quieres estás a tiempo de decírmelo.

—Quiero hacerlo contigo.

Y la tumbó en la cama y empezó a desvestirse y ella miró temblando su cuerpo, fuerte, sus músculos sin llegar ser exagerados y ese cuerpo de infarto que tenía Luca. No concebía que lo hubiesen dejado. Era un hombre maravilloso por dentro y por fuera y estaba temblando y tiritando a pesar de ser verano.

—Vamos Adela, qué te pasa, no tiembles guapa.

—Estoy nerviosa.

Se acercó a ella y empezó a besarla y a quitarle el vestido y cuando Adela se quiso dar cuenta, estaban desnudos. Él tocó su sexo húmedo y sintió vergüenza. Luca no dejaba de acariciarla y besarla, sus pechos y lamía sus pezones y ella tenía un dolor entre las piernas que no había sentido nunca.

Luca tomó un preservativo de la mesita...

—Si no quieres, tomo pastillas anticonceptivas y si llevas un año sin hacer nada...

—¿Te parece bien?

—Sí.

—Dios mío, me moriré nena...

Y entró despacio en su sexo desnudo, mientras la miraba y ella estaba azorada y roja, gimiendo, sintiendo lo que nunca había sentido y Luca, encontró una barrera y la miró con ojos muy abiertos y supo que era el primero. Adela lo abrazó fuerte y Luca empujó su miembro hasta traspasar la barrera que los separaba y se quedó quieto un momento.

—¿Estás bien, preciosa?

—Sí, solo ha sido un segundo.

Y empezó a moverse y Luca siguió el ritmo y lo marcó y se movieron juntos y abrazados y Adela sintió como de su vientre surgía un calor desconocido y gemía más alto y Luca lo supo. Le había arrancado su primer orgasmo y se unió a ella en ese momento fugaz y maravilloso. Gimiendo y besándose.

Al cabo de un momento y besarla en los labios, se echó a un lado para no aplastarla.

—Por Dios Adela, ¿cómo estás guapa?

Y ella se echó de lado y se abrazó a él y a su pecho y Luca le cogió la mano y entrelazó sus

dedos, besándole el pelo.

—¿Vas a contarme algo bonita?

—¿Qué quieres que te cuente? No he tenido ocasión, ni tiempo. He sido una chica muy protegida.

—Pero llevas aquí sola tiempo ya.

—Pero no a nadie que mereciera la pena para hacerlo.

—Gracias por hacer que merezca la pena.

—Ha sido maravilloso Luca.

—Lo ha sido, sí.

—Me da rabia que me compares ahora.

—No podría hacerlo. Eres distinta a todo lo anterior que he conocido.

—Has estado doce años con una sola mujer y eso es un hándicap para mí contigo, por eso tenía miedo.

—Eres la primera mujer virgen con la que me acuesto.

—¿En serio?

—Sí, y no vamos a hablar de nadie. No somos tres aquí Adela, somos dos, nada más. Ha sido algo especial para mí también, inesperado. Y me ha gustado mucho, ¿sabes?

—¿Sí?

—Sí, no seas tonta, solo que no quería hacerte daño.

—No me lo has hecho. He tenido mi primer orgasmo de esta manera y me alegro de que haya sido contigo todo.

—Ven aquí preciosa, ¿qué voy a hacer contigo?

—Podemos repetir luego —y Luca se reía.

Luca pensó que ya no quedaban vírgenes a esa edad. Que había sido su primer hombre, que había sentido con ella algo distinto, como si su cuerpo le perteneciera y estuviese hecho para él. Le encantaba acariciarla, olía tan bien, olía a fresco y le gustaba todo en ella. No había nada a lo que pudiera ponerle pega. Era romántica y cariñosa, juguetona y se estaba poniendo duro de nuevo con ella.

—Adela se dio cuenta, y Luca le dijo:

—Eso es lo que me haces. Te deseo de nuevo. Y con una mano se la subió a su cuerpo, entrando de nuevo en ella. Esta vez fue más pasional con ella y Adela casi gritó cuando tuvo el segundo orgasmo de su vida. Y cayó sobre él como una muñeca rota.

—Madre mía, Luca, lo que me he perdido...

—Lo recuperaremos juntos. Me pones caliente y loco con ese cuerpo y esos pechos que tienes, tus caderas y esto... tocaba su sexo de lluvia y su trasero.

—Me gusta cómo eres íntimamente.

—Y tú también, pequeña. Pero creo que he sido algo brusco esta vez.

—No, me ha gustado tanto como la primera vez.

Cuando descansaban de nuevo... Luca tenía los ojos cerrados y la abrazaba satisfecho.

—Luca...

—Umm, dime.

—No quiero que esto, quiero decir... No quiero que te sientas atado o comprometido conmigo por tener sexo.

—Es más que sexo, pero iremos con tranquilidad, no te preocupes por tantas cosas. Eres una cabeza pensante. Y no tengas miedo. No soy hombre de ir con mujeres. Mientras te tenga a ti, no habrá otra, dure lo que dure.

—Está bien, a eso me refería.

Y tampoco quiero que estés con otro mientras estás conmigo.

—Eso es por descontado.

—Pues tengo miedo yo.

—¡Qué tonto!, pero si has sido el primero, ¿crees que si no lo he hecho en casi 25 años, voy a hacerlo ahora que tengo un hombre maravilloso en mi cama que me hace cosas que no he sentido nunca?

—No me fio —bromeó.

—¡Qué tonto! —y lo besó y él respondió a su beso.

—Creo que deberíamos salir un rato a sacar a la perrita.

—Sí, la pobre, la he olvidado.

—Venga, damos un paseo y tomamos algo fuera y ya venimos cenados.

—Me parece bien.

La siguiente semana, como ella estaba aún de baja, hacía sus ejercicios por la mañana y por la tarde después de comer ya tenía allí a Luca para echar la siesta.

—Tú no vienes a echar la siesta.

—Sí que vengo malvada, luego la echamos.

—Entra bombero y tiraba de Luca para dentro.

—Pero qué fuerza tiene esta pequeña. Si al final me utilizarás.

—Me gusta utilizarte. Besándolo y él la subía a su boca y la cogía en brazos y la llevaba a la cama.

Y una de esas tardes, ella bajo a su sexo y Luca se sorprendió, porque con Asli, no había tenido sexo oral y con Adela no quería proponerlo por si acaso, pero ella tomó su miembro y se excitó, demasiado.

—Nena, estoy muy excitado si me haces eso, que no... —no podía hablar, sino gemir y cerrar los ojos y sentir la boca de ella en su miembro y lo que le hacía y era una locura excitante y sexual.

—Dios Adela, no puedo, no puedo...

Y estalló como un huracán ardiente, con un gemido que la hizo a ella poderosa.

—Oh Dios nena, por dios. Ha sido...

—Recupera el aliento mi bombero.

Y cuando recuperó el aliento bajó al sexo de Adela y metió la cabeza entre sus piernas y besó su sexo depilado y chupó y lamió sus pliegues mientras ella lo cogía por la cabeza gimiendo hasta que Luca se tragó su orgasmo.

—¡Ay Luca!, vas a matarme esta semana.

—Es una muerte perfecta.

—Sí, es perfecta y entró en ella de nuevo sin esperarlo y le arrancó otro orgasmo maravilloso.

—Nena. Dijo al cabo.

—Qué...

—Esto es una locura como tú dices, menuda semana llevamos, esto no es normal. Estamos en la cama todo el tiempo, pero es que te deseo. No quiero que pienses que vengo solo por acostarme contigo.

—El mes pasado venías a ayudarme, ¿por qué iba a pensar eso este mes?

—Porque es cierto, te veo y pienso en desnudarte y hacerte el amor. Tengo que contarte algo

—¿Serio?

—No, quiero decir, nunca había practicado el sexo oral desde que una chica del instituto me lo hizo, claro que se eso hace ya 14 años. Tenía 16 y no lo recuerdo muy bien.

Y Adela se incorporó en la cama...

—¿En serio?

—Sí, no quiso hacérmelo nunca ni que yo se lo hiciera tampoco.

—¿Nunca? Bueno, supongo que cada pareja lleva sus relaciones de una manera distinta, pero a mí me gusta hacértelo y que me lo hagas. Y probar posturas nuevas. Lástima que aún tenga la mano y el pie sin tanta fuerza. Pero nosotros somos nosotros, como tú dijiste. ¿A qué hombre no le gusta que le hagan sexo oral?

—Ven brujilla, a mí me gusta que me lo hagas.

—Pues vamos a ver qué se puede hacer antes de ir al parque...

—¡Ay, loca!, no te lo he dicho para que me lo hagas ahora...

—Lo sé pero voy a hacerlo.

—Adela por Dios mujer, oh, Dios, —y empezó a gemir y a estirarse en toda su longitud mientras ella lo amaba de esa manera.

—Tienes una piel suave —le dijo cuando descansaban. —Soy adicto a tu cuerpo ya, que lo sepas. Y quiero quedarme a dormir los fines de semana que no tengamos guardia.

—¿Quieres?

—Sí quiero. No hemos dormido una noche entera.

—Contigo no dormiremos. — y Luca se reía feliz.

No recordaba haber sido tan feliz desde hacía tiempo, tan solo su trabajo le hacía feliz, pero tener a Adela al salir del trabajo era lo máximo. Estaba como un adolescente y se lo conto a su amigo Jeffrey, una mañana en el trabajo.

—¡Que suerte tienes cabrón! —le dijo Jeffrey

—Es una mujer maravillosa, sensual, romántica y muy sexual. Siempre me responde, nunca dice no a nada ni se queja y sexo oral tengo por fin.

—¡Serás cabrito! Quiero una latina.

—Hombre no, que con Asli no lo tenía, pero tú tienes suerte.

—Me alegro de verdad Luca, y aunque te haya dejado Asli, deberías haberla dejado tú hace tiempo. Eso estaba muerto y lo sabías.

—Sí, ahora tengo una mujer distinta. Es espectacular. Que tenga que contártelo a los 30, ya me vale. Había pensado no mirar a una mujer en la vida y justo ese día me la encuentro dando tres vueltas de campana delante de mí. Es extraña la vida.

—¿Me la presentarás un día no?

—No creo. —Le dijo bromeando. —Me la quitarías.

—Será el tío...

—Claro que te la presentaré hombre, quiero que la conozcas y me des tu opinión.

—Eso está hecho. Tomamos un aperitivo el sábado, no tenemos guardia este fin de semana

—Lo hablo con ella y te lo digo.

—Perfecto, quiero conocer a esa chica estupenda.

—Trátala bien.

—Entonces ¿no te importa que tomemos unas cervezas con mi mejor amigo?

—En absoluto, quieres que me conozca para que te dé su opinión y eso te costará decírmelo luego.

—¡Qué lista eres!, para ser tan joven.

—No soy tan joven. Tengo ya veinticinco años. Lo celebramos ayer.  
—¡Qué mayor!  
—¡Qué tonto eres! ¿Cómo es tu amigo?  
—Tiene mi edad, es guapo, alto y las chicas lo persiguen, está soltero. Es un buen partido. Está un poco loco y si empre está riendo, es un entusiasta y un optimista. Pero es un gran trabajador y un buen compañero.  
—Casi estoy por cambiar...  
—Ven aquí anda, que te voy a dar cambios yo.  
—¿Del sofá a la cama?  
—Más o menos, pero empezó contra la pared.

Dos horas después...

—¿Me tengo que poner muy guapa mañana para ver a Jeffrey?  
—No, como eres, eres guapa. Luego iremos a mi casa, te la enseñaré. No has ido aún a verla.  
—Me da un poco de no sé qué... La veré, pero no haremos nada en tu cama.  
—¿Quieres que cambie el dormitorio?  
—No quiero que cambies nada, pero no me sentiría bien.  
—Lo entiendo. Tendré que cambiar la cama.  
—Pero si la mía está bien Luca.  
—Pero quiero tenerte allí también, que se quede tu olor...  
—Pero... ¡qué romántico eres bombero!  
—Dicen que los ingenieros somos cerebrales, racionales y aburridos.  
—Pues en ti, hay una excepción que confirma la regla. Será porque eres bombero.  
—Es que sacas lo que soy. ¿Sabes pequeña? hace tiempo, que no era tan feliz y libre, incluso estando contigo soy libre, porque no me siento atado, no me siento presionado y soy... no sé, he rejuvenecido años. Y eso te lo debo a ti.  
—Creo que eso es cosa tuya.  
—No de verdad, has sido en mi vida un soplo de aire fresco, española.  
—Fíjate, he tenido que venir del otro lado del charco a hacer feliz al capitán de fútbol de los niños guapos del instituto.  
—Exacto. Y espero que yo te haya cambiado algo también.  
—Sí, deje de ser virgen, tengo un bombero que me pone caliente y luego apaga ese fuego que me enciende y tengo a un hombre maravilloso, genial, juguetón, sexual, y que quiere a mi perrita.  
—Lo sabía Tara —le dijo a la perrita que se subió a la cama con ellos. —Creo que está enamorada de mí.  
—Me parece que sí, que me va a dejar por su bombero.

El sábado quedaron a la una de la tarde en un bar del centro a tomar unas cervezas con Jeffrey. Adela se puso un vestido de tirantes blanco y negro por media pierna y unas sandalias altas negras y bolso a juego. Se sujetó el pelo atrás y lo dejó suelto, lo tenía largo y brillante. Unos pendientes de bolita negros de bisutería. Se maquilló un poco sin excederse y se echó su perfume fresco.

Cuando pasó Luca a buscarla, la miró...

—¿Qué?  
—Demasiado sexy pequeña, pareces una jovencita a mi lado, espero que no me detengan por acosador de menores.  
—¡Pero que tonto eres!

—¡Estás para comerte! De hecho...  
—No, tendrás que esperar, que me ha costado vestirme un tiempo.  
—Bueno, pero puedo meter la mano por el vestido... Y besarte.  
—¡Ay que ver cómo eres!  
—Ummm. Llevas un tanga sexy nena.  
—Sí, como toda la ropa interior que llevo.  
—Bueno vámonos o no nos iremos.  
—Anda tira loco...  
—Tú también estás guapo y me gusta tu colonia.  
—¿Sí?

—Sí, me encanta.  
—Es lo más caro que llevo puesto.  
—Esos pantalones y esa camisa no te quedan nada mal.  
Cuando llegaron al bar, ya estaba allí Jeffrey y Luca, se la presentó.  
—¡Hola!, vaya, eres más guapa de lo que me ha dicho Luca.  
—Gracias Jeffrey. A mí me ha hablado muy bien de ti.  
—Es amigo mío que no hable bien y verás. Venga vamos a sentarnos en aquella mesa.

Se sentaron y pidieron unas cervezas y unos platos para compartir. A Adela, le cayó muy bien Jeffrey. Tenía un sentido del humor parecido al andaluz y se lo dijo. Se reía mucho con él y bromearon mucho. Hablaron de sus trabajos, de lo duro que era y que tenían que estar en forma. Y ella les habló del suyo, que a veces era duro también, pero no peligroso como el de ellos.

—Me gusta mi trabajo, aunque a veces, no puedo dar buenas noticias, supongo que como vosotros.

Le estuvo explicando a Jeffrey cómo llegó de España y hablaron de las vacaciones. Estaban a finales de Junio y Adela dijo que este año, se las tomaría en Agosto o septiembre, ya vería el turno con sus compañeras cuando el lunes fuese al trabajo por fin.

Tomaron un café y después de un par de horas, se despidieron de Jeffrey y se fueron a casa de Luca. Tenía ganas de enseñarle su casa. Vivían a dos manzanas. Muy cerca, pero la casa de Luca, era más grande que la suya y tenía en la planta alta tres dormitorios, preciosos. La decoración era preciosa, pero no la cambiaría por la suya, aunque no fuese de revista. Esa la había decorado otra mujer y tenía sus manías respecto a respetar esa casa, aunque fuese de Luca.

No sabía cuánto tiempo estarían juntos, pero lo que sabía era que no quería ir a esa casa a hacer el amor, ni a nada. Allí había estado Luca con su mujer 20 años y no quería que se gastara dinero en una cama nueva, porque no era solo la cama, era la casa.

—¿Qué te parece, guapa?  
—Es preciosa Luca, pero es la casa de ella.

—Pero nena...

—Es que soy maniática con esas cosas. No voy a venir a tu casa, has estado aquí viviendo con ella muchos años y me siento... No puedo.

—Bueno, no te preocupes. Tenemos la tuya y a mí me encanta porque no ha dormido allí nadie contigo salvo yo.

—No quiero que compres otra cama ni muebles, Luca, porque es la casa, no la cama.

—Está bien, como quieras. Te respeto eso.

—Además vivimos tan cerca, que puedes venir cuando quieras.

Lo que tú digas pequeña. Si tuviera que casarme contigo, tendríamos que comprarnos una casa nueva.



—No puedo creer que hayas dicho eso.

—Nunca se sabe.

—Estamos muy bien así, para qué cambiar —dijo Adela. —además necesitas tiempo Luca. Y llevamos un mes saliendo y otro que éramos amigos.

—Tienes razón, como siempre.

—Ahora cuando empiece mi trabajo y ajustemos los turnos, ya veremos cómo nos va, porque puede haber semanas que no nos veamos siquiera.

—¡Qué mal lo voy a llevar! Pero al menos anoche dormimos juntos y esta noche también y el domingo...

—Podemos salvo que tendremos que madrugar, al menos yo.

—Yo también, tengo turno de mañana.

—Empezamos bien.

—Voy a coger algo de ropa y nos vamos.

—Sí, que Tara estará ya desesperada.

—Yo la saco al parque, no te preocupes cielo.

—Pues preparo entonces algo de cena mientras y luego descansamos en el sofá

—Estupendo.

Mientras Luca sacó a la perrita, llamó a Jeffrey. No podía esperar a que le dijera qué le parecía.

—¡Hola Jeffrey!

—¿Qué pasa, me echas de menos?

—Qué más quisieras, estoy sacando a la perrita mientras Adela hace la cena.

—¡Qué cuadro tan familiar!

—¡Qué cabrón! anda dime qué te ha parecido.

—¿No podías esperar al lunes?

—Pues no, he aprovechado este momento.

—Sabes que soy sincero.

—Lo sé, por eso te lo pregunto.

—Es pequeña.

—¡Qué imbécil eres a veces!

—Es una mujer que me encanta para mí, maravillosa.

—Lo siento has llegado tarde, es mía ahora.

—En serio. Es una chica mucho más joven, tienes suerte tío. Es preciosa y graciosa y sabe escuchar. Es educada, me encanta. Creo que es buena persona y que has tenido mucha suerte, con lo que me has contado y he visto... pero ve despacio. Tienes que conocerla más, no seas impulsivo ni tengas prisa. Vive con ella, sal con ella, trátala como a una reina y sácala a bailar y a cenar que te conozco. No te quedes todo el tiempo en la cama. No te desfases. Y algunos detalles, flores, bombones, esas cosas. Y procura coger parte de las vacaciones pasarlas con ella.

—Sí, la semana que viene saldremos. Y cuando vuelva a casa hablaremos de las vacaciones.

—Lo dicho tío, me encanta, y ahora déjame dormir un rato, que es sábado y quiero salir esta noche.

—¡Qué cara tienes! Venga hasta el lunes.

—Nos vemos.

Cuando iba de vuelta a casa, dio un rodeo y le compró un ramo de flores precioso. Se lo puso

en la espalda y cuando el abrió la puerta, entró con la perrita y ella le dijo:

—Voy a la cocina, tengo al fuego la cena.

La siguió y se puso tras ella pegado a su espalda.

—Luca, ¿no puedes esperar loco? —y la besaba en el cuello excitado.

—No, no puedo esperar a tenerte —y le puso las rosas delante.

—¡Luca!... ¡qué detalle! Son preciosas. Y se volvió hacia él besándolo.

—¡Ah qué facilona eres!...

Y ella le dio una palmada en el trasero.

—Me encantan, voy a traer un jarrón del salón y las pongo en agua. Mueve la cena mientras. —  
¡Qué bonitas! —decía toda contenta mientras él la observaba.

Era un pequeño detalle pero le hizo tanta ilusión... que su amigo tenía razón. Cuando volvió a la cocina, siguió detrás de ella, abarcando sus pechos.

—Luca, así no terminaré.

—Ummm es que me gustas tanto pequeña...

—Me queda poco, espera.

—Me quedo aquí —y tocaba sus caderas, metiendo la mano —y ella reía y se movía, Luca, me voy a quemar tonto. Ya está.

Yo ya estoy ardiendo y jugando, ella apagó el fuego y lo tapó y él la cogió en brazos a bocajarro y la llevó al sofá bajo la atenta mirada de la perrita, que se echó en su cama, mientras los miraba.

—Me encantan estos vestidillos tuyos. Y se lo quitó.

Y la ropa interior voló por los aires.

—Nena, eres tan preciosa —y se sacó el pantalón y la camiseta y la sentó en sus piernas en el sofá entrando en ella como un loco, besándose y acariciándose hasta estallar en su cuerpo.

Parecía una sirena y él creyó que sería fácil enamorarse de esa mujer, porque de Asli, no creyó estarlo nunca. Era tan distinta. Era suya.

Y cuando acabaron, se quedaron desnudos abrazados en el sofá, dormidos.

Cuando despertaron, Adela iba a vestirse, pero él no la dejó, se puso de lado y la penetró de esa manera y a ella le encantaba de todas formas con su bombero, porque la tenía loca y satisfecha.

Le gustaban sus besos, sus manos, sus caricias y tenía miedo, a que la dejara cualquier día. Podía ser una mujer entre su matrimonio y otras que tuviese después, por más que le decía Luca, que él no era de muchas mujeres. Pero mientras, ella disfrutaría de ese cuerpo y de ese hombre. Simplemente era perfecto.

Cuando acabaron, eran las siete de la tarde y Luca sacó a la perrita a una vuelta más corta, mientras ella se duchaba. Luca, llegó y se unió a ella y lo volvieron a hacer el amor en la ducha.

—Eres el hombre más sexual que conozco.

—Si no has conocido a otro tontita.

—Pero me cuentan en la consulta.

—¡Ah para que veas la suerte que tienes!

—La tengo.

—Ven que te seque...

—No empieces o no cenamos.

—Vamos a cenar pequeña. Luego tenemos tiempo.

—Contigo no necesito hacer ejercicio.

—Ni falta que te hace, estás perfecta así.

—Bajaron a cenar. Luca llevaba solo un pantalón de pijama, sin ropa interior.

—Descarado —le decía ella.

Y ella llevaba un camisón corto.

Pusieron la mesa y mientras, hablaban de las vacaciones.

—¿Me dirás cuando tomas las vacaciones?

—Sí, quizá el mismo lunes lo sepa. Lo que me hayan dejado, como he estado de baja, habrán cogido lo que les ha dado la gana, pero no me importa.

—¿Qué sueles hacer?

—Solo me he tomado tres años. Siempre voy al menos una semana a Nueva York o cuatro días y veo a mis hermanos y mis sobrinos. Luego me tomo unos días en algún sitio de playa.

—¿Y Tara qué haces con ella?

—La dejo en una residencia canina, un hotelito que hay. Pero no me tomo el mes entero, sino 15 días y dejo otros quince para Navidad, que hay menos trabajo.

—Podemos ir juntos este año si me cuadra.

—¿De verdad?

—Sí, cuando te las den, las planeamos.

—En Nueva York podemos quedarnos en un hotel en Manhattan y podemos ir a Florida, Los Ángeles o donde quieras.

—Siempre encuentro un paquete vacacional barato.

—Pues iremos donde quieras.

Y ella se levantó y lo abrazó

—¡Ojalá nos coincidan!

—Haremos lo posible nena.

—Eres un peligro para mi salud.

—Eres médica, sabes curarte bien —y ella se reía.

—Si tenemos el fin de semana algún día libre, vamos a salir a cenar y a bailar.

—¿Te ha dado algo nene?

—Sí, me has dado felicidad que necesitaba.

—Lo digo porque no salimos de la cama.

—Bueno, tendremos que pasar la calentura que me produces.

—No quiero que se pase.

—No se pasará pero saldremos por ahí de vez en cuando alguna noche.

—Me encantaría. Y empezó a darle besos por todos lados y a abrazarlo por detrás.

—Quieta loca, termina de cenar.

—Sí, pero esta noche tendrás postre, cuando nos acostemos.

Y él la miró con adoración, porque era adorable, única. Estaba loco por esa mujer.

Cuando pasaran algunos meses la llevaría a casa de sus padres a que la conocieran. Seguro que estarían encantados.

El lunes, Adela, se incorporó al trabajo con su nuevo coche. Era más grande que el otro. Luca, fue con ella, tres fines de semana atrás, pero le encantaba. Era más seguro y con lo que le dieron por el suyo, el resto lo pagó al contado. No quería deber nada. Le dio un pico a su cuenta, pero ganaba un buen sueldo y lo repondría en unos meses.

Ya estaba deseando y sus compañeros pasaron a verla y a darle la enhorabuena por casi lo poco que le había pasado.

Tuvo sus visitas, comió en el comedor como siempre con sus compañeros y se enteró de que le dejaron septiembre de vacaciones. Del 1 al 15. Bueno, ya lo tenía claro. A ella le daba igual una

fecha que otra.

El día se le pasó volando y a las cuatro volvió a Cambridge.

Sacó a su perrita y se trajo unas cuantas bolsas del supermercado y le dio de comer y le puso agua. Colocó la compra y le dio un poco a la casa, que no había podido el fin de semana. Hizo la cena, y cuando acabó rendida de recoger la colada, eran las ocho de la noche. Iba a darse una ducha, cuando la llamó Luca.

—¡Hola guapa!, ¿qué haces?

—Iba a ducharme.

—Ummm... ¡Qué tentador! voy a pasarlo mal esta semana que tengo de tarde y la que viene de noche. Es de locos.

—Bueno, aprovecharemos el fin de semana que no tengo guardia hasta dentro de dos semanas, y nos vendrá bien, coincidirá con la regla.

—Eso no me importa tonta. Prefiero verte y hablar contigo y abrazarnos. No tenemos por qué hacer nada, lo sabes.

—Gracias guapo.

—¿Qué vas a cenar?

—Un filete, puré y verduras y un yogurt de postre. Una tila y caeré rendida con Tara, he estado de compras y limpiando, haciendo la colada y estoy muerta para ser el primer día

—Te —acostumbrarás. ¿Dime, sabes algo de las vacaciones?

—Sí, del 1 al 15 de septiembre.

—Perfecto, voy a ver si coincido contigo y puedo dejar para Navidad algo. Ya nos contamos. Me tengo que ir, la sirena...

—Ten cuidado.

—Lo tendré, adiós guapa.

—Adiós.

—Se duchó, cenó y cayó muerta en la cama.

La semana pasó rápido, y el mes de julio también y el de agosto casi terminaba.

Salían a cenar al menos dos veces al mes, después iban a bailar. Y según los turnos, dormían juntos durante la semana, sobre todo si tenían turno de mañana ambos.

Luca se llevaba la ropa y desayunaban juntos. A veces, llevaba bolsas de comida a casa de Adela y esta le reñía, porque si pedían comida para llevar, siempre pagaba él o cuando salían también.

Le llevaba flores, alguna maceta, bombones, pulseritas y todo tipo de detalles que creía que le gustaban, ella también a él, si iba a comprarse ropa, le traía alguna camisa o camisetas o iban juntos al centro comercial.

Habían reservado un hotel en Manhattan para cuatro noches, porque al final Luca consiguió tomar esos mismos quince días de vacaciones en septiembre. Después decidieron ir a Canadá que tenían cerca, una semana a la playa del príncipe Eduardo, una isla pequeña, preciosa, y tranquila.

—Yo pago el hotel, dijo Luca.

—No, pagaremos todo a medias o no vendrás conmigo.

—Te has puesto seria.

—Sí, y me pondré más si no me haces caso.

—¡Está bien, capitana! Como tú digas.

—Ya compras bastante y yo gano más que tú.

—¿En serio ganas más que yo? Nunca hemos hablado de eso.

—Por supuesto. Los médicos especialistas ganamos un buen sueldo.

—Mira que tengo un buen sueldo con mis guardias.  
—Y yo, desde hace un año gano más.  
—¿Cuánto ganas listilla?  
—Con las guardias de una vez al mes, unos 20.000 dólares.  
—¿En serio?  
—Sí, en serio ¿y tú?  
—Con las guardias la mitad que tú, si llego a veces.  
—Pues por esa razón.  
—No puedo salir contigo, ganas el doble que yo.  
—Si fueses ingeniero quizá ganases el triple que yo, que era lo que Asli quería, pero yo te prefiero bombero ganando lo que ganas, tenemos unos buenos sueldos, no seas tonto.  
Pero lo vio serio  
—Pero Luca, cielo...  
Y se sentó en sus rodillas.  
—¡Mírame!  
Y la miró  
—¿No serás un hombre de esos?  
—Lo soy.  
—Pues te quedarás sin postres.  
—Eso no puedes hacérmelo.  
—Si te pones tonto sí que lo haré.  
—Dios, una mujer que gana el doble que yo —y ella se reía.  
—¡Qué tonto eres cuando quieres!  
—Pequeña, eres un buen partido.  
—Pues ya sabes, me tratas bien.  
—Te trato como una reina.  
—Lo sé y por eso el dinero, no tendrá importancia en esta relación, pero las vacaciones las pagamos a medias.  
—Si no me queda de otra...  
—No te queda.  
Ya quedaba apenas días para irse de vacaciones cuando en la central Jeffrey lo vio serio.  
—Vamos suelta eso que te envenena.  
—Gana el doble que nosotros.  
—¿Quién, Adela?  
—Gana 20.000 dólares  
—¿Sí? Joder qué suerte tienes...  
—No me gusta que gane el doble que yo, no me gusta que gane más que yo.  
—¿Y a ella le importa?  
—No, al contrario, prefiere a un bombero que a un ingeniero.  
—¡Qué gilipollas eres!  
—¿Por qué?  
—Porque haz el favor de dejar esa tontería. No has tenido una mujer así y te preocupas por el sueldo. Yo que tú, no la perdería por esa gilipollez. Anda, deja de darle vueltas a la cabeza.  
—Voy a presentársela a mis padres.  
—Mira, esa es una idea estupenda.

Se lo propuso a Adela y fueron una tarde a verlos.

—Estoy muy nerviosa Luca. Tus padres solo te han visto con ella.

—No seas tonta. Les gustarás, como a mí.

Y efectivamente, estuvieron tomando café y los padres de Luca estaban encantados. Les gustó Adela, cómo la miraba su hijo, cómo lo miraba ella, y nunca vieron tan feliz a su hijo.

Lástima que le fuera a durar tan poco la felicidad...

Cuando se fueron de casa de sus padres, el padre le dijo a solas:

—Cuida a esa mujer, esa es la tuya.

—Papá, tienes razón, es especial.

—Nos encanta.

—Gracias papá. Ya os llamaré cuando no esté ella y hablamos.

—Tus padres me han caído muy bien, son unas personas estupendas —le dijo Adela en el viaje de vuelta.

—Creo que ha sido mutuo. Eres única y mi padre se ha enamorado de ti.

—¡Qué bien!... con lo nerviosa que estaba.

—Para que veas. Ha sido muy positivo y estoy feliz

—Y yo también lo estoy por ti.

Las vacaciones fueron maravillosas, disfrutaron de cada minuto juntos. Luca conoció a los hermanos de Adela. Pasearon por Nueva York y descansaron en las playas de la isla canadiense. Hicieron el amor, pasearon y hablaron mucho, de sus vidas, de ellos.

Del futuro entre ellos, no. Apenas llevaban saliendo desde mayo, más de tres meses. Pero los unía todo y nada los separaba.

Hasta que volvieron de vacaciones...

## CAPÍTULO CUATRO

Habían dejado dos días de las vacaciones que en realidad eran cuatro porque tenían además sábado y domingo, para descansar en casa. Ella quería hacer una limpieza general en la casa, que la hacía todos los años, una compra, recoger a Tara de la residencia canina. Y le daría tiempo de estar también con Luca, dormir juntos esas noches.

Luca también iba a meter una señora para que le limpiara la casa, y comprar. Irían juntos. Tenían planes hasta que Luca, dejó a Adela en su casa, le bajó las maletas y llegó a su casa...

Notó algo extraño, y la vio tumbada en el sofá. Asli, su pesadilla durante doce años estaba allí, ocupando su casa. Y no sabía cómo había entrado.

Al oír la puerta Asli se incorporó en el sofá y se sentó.

—¡Hola mi amor!, ¿dónde has estado?

—De vacaciones, pero no soy tu amor, y ¿cómo has entrado en mi casa? —dejando las maletas en el suelo.

—Mi madre tenía una llave, vine, pero no estabas y tuve que ir a Boston a por la llave.

—No puedes estar en mi casa. ¿Estás embarazada?

—Sí, de cinco meses. Lo siento Luca —y empezó a llorar. —me ha dejado, embarazada. No tengo dónde ir. Tienes que ayudarme.

—¿Has probado en casa de tu madre?

—Me ha dicho que me viniera con mi marido.

—Creo que se confunde, estamos divorciados.

—No, no lo estamos, estamos casados.

—Firmé los papeles del divorcio Asli.

—Sí, pero yo no. Por eso no lo tienes.

Y era verdad, no se los habían mandado en sentencia firme. Y él saliendo con Adela y con el trabajo se había olvidado de ello.

Y sintió rabia.

Y se sintió estúpido y engañado por segunda vez en su vida.

—Maldita seas Asli, ¡te vas ahora mismo de mi casa!

—Por favor, por favor, no tengo dónde ir Luca. Siento haberte dejado, lo siento. No puedo irme. No tengo trabajo, estoy embarazada. Es un niño.

—Pero ¿estás loca?, no voy a criar a tu hijo.

—Te prometo que en cuanto dé a luz buscaré un trabajo y podemos arreglar lo nuestro. Fue un error irme, pero eres el amor de mi vida, de siempre.

—¿Después de doce años de no buscar trabajo?, no me lo creo y menos cuando tengas a tu hijo.

—No tienes por qué dormir conmigo, hasta que arreglemos las cosas, dormiré en una de las habitaciones, de hecho duermo en la de invitados del fondo.

—Quiero que te vayas ahora mismo de mi casa y lo digo en serio Asli. Tengo otra vida sin ti y soy muy feliz —y Asli sintió rabia, una rabia egoísta. Dejó de llorar.

—Esta es también mi casa, prueba a echarme y te las verás conmigo. Estoy embarazada, estamos casados y legalmente no puedes hacerlo.

—¡Maldita sea! no te quedarás con mi casa, ¡es mía!

—Es nuestra. Nos casamos en bienes gananciales. Me quedaré aquí. O llamaré a la policía y te denunciaré por infidelidad y maltrato. Ya sé que sales con una médica de Boston, pero eso se acabó.

—Pero, ¿estás loca?

—No, estoy casada contigo y embarazada de ti hasta que se demuestre lo contrario.

—Eso lo veremos. —Y salió dando un portazo.

Lo primero que hizo fue llamar a Jeffrey y contarle todo.

—Joder tío, ¿en serio? Tranquilízate, lo primero.

—Y tan en serio. Allí está, en mi casa, tan pancha.

—¿No tendrá tarjeta de tu cuenta?

—No afortunadamente me saqué una nueva cuenta cuando se fue y di de baja las tarjetas.

—Maldita mujer, no sé qué puedes hacer pero yo que tú iría a ver un abogado lo primero.

—Iré esta tarde, eso seguro. Ahora mismo busco uno con urgencia.

—¿Y Adela lo sabe?

—No, habrá ido a buscar a la perrita.

—Habla con ella.

—Iré a su casa, sí, e iremos juntos al abogado, no la quiero en mi casa ni en mi vida y con un hijo de otro tipo que la ha dejado tirada.

—Pero estás casado con ella, joder, joder... Es peor de lo que pensaba. Se ha guardado ese as en la manga tío, te tiene bien cogido.

—Maldita sea, joder. ¡Joder, joder!

—Venga tranquilízate, si quieres esta tarde tengo libre y puedo ir contigo al abogado, no vayas aún a casa de Adela, vamos a ver qué te dice el abogado primero.

—Sí, mejor.

—Salgo en media hora, vete para mi casa. Nos vemos en la puerta, comemos algo en la cafetería de abajo y buscamos un abogado.

—Está bien, te espero en la cafetería mejor, necesito una cerveza o veinte.

—Venga en menos de una hora estoy allí. Tranquilo.

Mientras Adela recogía feliz a Tara, que estaba encantada de verla y le daba lametones por toda la cara y ella la abrazaba fuerte, la puso en el coche con su cinturón detrás y se fueron a casa.

Tenía muchas cosas que hacer. Al menos quitaría las coladas y desharía el equipaje. Había quedado por la noche con Luca. El viernes empezaría a limpiar. La casa era pequeña y en un par de días lo tendría todo listo y el domingo vagaría todo el día en el sofá con Luca.

Era la mujer más feliz del mundo. Estaba enamorada de ese hombre. Lo sabía con seguridad. No sabía qué sentía él por ella, pero ella sí sabía lo que sentía por su Luca. Las vacaciones habían sido maravillosas, lo conoció más. Y cuanto más lo conocía más le gustaba. Lo adoraba. Era un buen hombre.

Luca sin embargo, tenía los nervios a flor de piel. ¿Cómo había podido ser tan tonto, habersele pasado lo del divorcio? No pensaba mantener a una vaga y a su hijo, ni por asomo. Ni tenerla en su casa, Adela no iba a estar de acuerdo. Lo dejaría y eso lo sabía y no quería perderla, estaba enamorado de ella. Lo supo en ese instante en que se dio cuenta de que podía perderla y no quería.

Fue andando a casa de Jeffrey, y entró en la cafetería, pidió una cerveza y mientras miraba la calle, recordó el nombre del abogado de Boston con el que se fue Asli.

Lo buscó en el móvil, en la red y marcó su número.



Estuvo hablando con él de Asli.

—Tengo a Asli embarazada de ti en mi casa y quiero saber qué piensas hacer al respecto.

—Yo no tengo nada que hacer, Luca —sabía cómo se llamaba—. Me gustaba Asli y le pedí venirse a vivir conmigo porque vuestro matrimonio estaba acabado, según ella y ha estado en mi casa hasta hace una semana en que la eché.

—¿Y mi divorcio? Lo firmé y según ella, lo llevabas tú.

—De eso no sé nada.

—¿Pero no vas a ocuparte de tu hijo?

—No es mío. Yo tengo dos hijos, estoy divorciado y tengo una vasectomía hecha, con lo cual, ella sabrá de quién es su hijo, mío desde luego no es, quiso endosármelo, por eso la eché de mi casa.

—Pero... tampoco es hijo mío y ha venido a mi casa, joder. Se ha instalado allí.

—Porque eres aún su marido y te voy a dar un consejo. Ten cuidado con esa tu... mujer. Esa ya no es la mujer que conociste. O no la conociste bien.

—Eso lo sé, ¿puedo consultarte algo?

—Gratis para ti.

—Ha venido a mi casa, se ha instalado mientras estaba de vacaciones y no quiere irse a pesar de que la casa es mía solamente. No puedo echarla.

—Mientras esté embarazada no, además estáis casados y si además es con bienes gananciales, la casa es tanto tuya como suya.

—Pero no es mío el hijo.

—No puedes, y debes demostrar que no es tuyo y hasta que no dé a luz, es su palabra contra la tuya.

—¡Joder maldita sea, es mi casa!

—Y tu mujer, que no se te olvide.

—¿Y qué puedo hacer?

—Irte de esa casa y pagarla, claro y mantenerla hasta que dé a luz y la prueba de ADN te diga que no es tu hijo. Una vez hecho eso, pedir el divorcio, no te lo aconsejo antes, pero se quedará con la casa, se la pagarás y le tendrás que pasarle una manutención. La que te corresponda.

—¿Para el niño también?

—No, solo a ella, depende de lo que ganes.

—Maldita sea, no me iré de mi casa.

—Pues entonces, tendrás que convivir con ella y mantenerlos.

—¡Joder, joder!

—Te digo algo, soy abogado y no me he casado con ella, por eso sí la he podido echar a la calle, pero tú, lo tienes complicado amigo. Búscate un buen abogado desde ya. Mi consejo, págale la casa y la manutención y divórciate.

—¿Cuánto me saldría la manutención?

—¿Cuánto ganas?

—10.000 dólares, si hago guardias.

—Habría que ver la nómina sin guardias, pero aproximadamente unos 2000 dólares.

—Pago mil de casa más los impuestos.

—Pues ya sabes, si te divorcias tras el parto, tres mil dólares. Más gastos. Tampoco es tanto. Es mi consejo.

—Está bien gracias.

—Suerte amigo. —Y Luca colgó indignado.

Y en eso llegó Jeffrey

—¿Con quién hablabas?

—Ya no necesito abogado, o sí, tengo que buscarme uno, pero ya tengo las cosas claras.

—¿Y eso?

—He hablado con el abogado de Boston con el que Asli se fue.

—¿En serio, el padre de su hijo?

—No lo es.

—¿Que no lo es?

—No, el tío está divorciado y tiene una vasectomía hecha. No es su hijo. Tiene dos de su primera mujer.

—¿Entonces de quién es?

—Ella lo sabrá, mío desde luego que tampoco.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que estoy casado con ella, que puede quedarse en mi casa hasta la prueba de ADN, tengo que pagar la casa y mantenerla. Y luego hacer una prueba de ADN que demuestre que no es mío y después pedir el divorcio, se quedara con mi casa y 2000 dólares mensuales, eso si no busca un mejor abogado, la casa y los impuestos para siempre, también tengo que pagarlos a menos que se case o se vaya y pueda vender mi casa.

—¡Maldita sea! ¡Qué mala suerte!

—Búscate un buen abogado para todo. Búscate ese.

—¿Cuál?

—¿Quién mejor que el que ha vivido con ella?

—¿Tú crees? No sé si querrá a lo mejor no es ético.

—Creo que es el mejor, si no, te sacaré la mitad de lo que ganas y la casa. Por preguntarle no pierdes nada, y si no quiere, que te diga uno que sea bueno. Entre ellos se conocen.

—No pienso irme de mi casa, Jeffrey, es mía. Mis padres me pagaron parte.

—No seas testarudo.

—No voy a pagarle una casa.

—Vamos a ver ¿cuánto te queda por pagar de la casa?

—50.000 dólares más o menos. Mis padres me dieron dinero y yo tenía algo.

—¿Tienes algo ahorrado?

—Unos 100.000 dólares.

—Paga la casa y se la regalas. Hazme caso. Luego son unos 2000 dólares más los gastos, quita internet y la mujer que te limpia, pero si se casa, ya no tienes que pagarle nada. Y la conocemos, se buscará otro y ahí es donde ya debes estar alerta.

—No, es mi casa. ¿Y si mete a otro?

—¿Te compensa perder a Adela? Porque la perderás.

—Ella lo comprenderá.

—No va a comprender que vivas con ella, yo no lo consentiría, y ella tampoco. ¿Qué tal si tarda en buscarse otro años o te acuestas con ella por lo que sea?

—Eso no pasará nunca.

—¿No ves que la casa no vas a poder quitársela? Regálasela, qué más de da. Te compras otra. Ella lo que pretende si te quedas en casa, es quedarse con 10000 en vez de con 2000, no le des esa satisfacción. Habla de nuevo con el abogado y que te lleve el tema, le comentas pagar la casa de una vez y todo. Ese abogado de Boston es tu mejor baza.

—¡Maldita sea Jeffrey! — Y se puso las manos en la cara.

—Venga, deja tu casa y vete a vivir con Adela. Deja a esa mujer, proponle a Adela ir a otra casa más lejos de ella o a Boston. Pero bajo ningún concepto te empeñes en esa casa, si casi no estás ahí, dásela, punto, ¿no tienes que pagar luz ni agua?

—Sí, esos son los gastos que tengo que pagar sí o sí.

—Venga, vamos a comer y luego te vas a casa de Adela y encontráis una solución, pero si te empeñas en quedarte en tu casa, vas a salir perdiendo, a Adela en primer lugar y tu felicidad y tu cuenta corriente. Puede denunciarte por maltrato si vives con ella, y eso son palabras mayores. No quiero verte en la cárcel, aunque tonta no es, si vas a la cárcel no verá un dólar. Venga, ya encontraremos una solución. ¿Quieres que vaya contigo a hablar con Adela?

—No, gracias, iré solo.

Mientras comían, Adela salió a la cafetería de enfrente de su casa, al otro lado de la calle, y tomó un plato combinado. Cuando llegó a casa, había una mujer embarazada en su puerta. Estaría de unos 4 ó 5 cinco meses, más bien lo segundo, era rubia, alta y guapa.

—¿Hola, me buscaba?

—¿Es usted la médica que sale con mi marido?

Y ella no abrió su puerta. No iba a invitar a esa mujer a su casa. Sabía quién era.

—Depende de quién sea su marido. No salgo con ningún abogado.

—Luca, bombero, ¿le suena?

—Si me suena, es mi problema.

—Es mi marido y no se quedará con él, ya lo sabe. Además estoy embarazada y es su hijo.

—Ya lo veo. Y ahora si me disculpa, tengo mucho que hacer.

—Te lo advierto, no te acerques a Luca.

—No me advierta nada ni vuelva jamás a mi puerta o a acercarse a mí o la denuncio por acoso, por muy embarazada que esté, ¿entendido?

Y Asli se dio la vuelta y se fue andando rápido a la casa de Luca.

Cuando Adela entró en casa, se tumbó en el sofá y tuvo ganas de llorar. Iba a echar la siesta, si Luca tenía algo que contarle, ya vendría. Ella por supuesto no iba a llamarlo. No sabía qué pasaba, se habrían acostado. Se sentía hundida, humillada, enfadada, nerviosa, rabiosa y quería darle un golpe a algo.

Iba a descansar e iría a la compra por la tarde, necesitaba limpiar y hacer algo útil para descargar los nervios que la atenazaban.

Sabía que la felicidad para ella duraba poco, no quería victimizarse ni pasarlo mal, pero ¿qué había sucedido? Se echaría en el sofá con una tila doble.

No quería pensar más de lo necesario hasta hablar con Luca, lo que había de cierto eran dos cosas, o que él la había engañado y vivía con su mujer y estaba casado o que ella mentía. Y cualquiera de las dos cosas no le gustaba nada.

Afortunadamente Luca no tardó en llamar a su casa. Le abrió seria la puerta y más serio estaba él, toda la alegría y felicidad que habían compartido esos meses atrás se esfumaba como el humo.

—Tenemos que hablar Adela.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes?

—Tu mujer ha estado aquí.

—No es mi mujer, bueno, lo es pero... ¡Maldita sea!

—¿Has tomado café?

—Sí, si tienes agua fresca...

—Voy.

Le puso el vaso de agua y esperó a que hablara y le contara. Y Luca le contó absolutamente todo, desde que entró en su casa, la comida con Jeffrey, la conversación con el abogado.

—Dime algo cielo...

—¿Quieres mi opinión?

—Sí, claro que la quiero, quiero saber qué piensas. Si tuviera claro qué hacer...

—¿Es que tienes dudas sobre lo que hacer?

—¡No quiero perder mi casa!

—Pues tendrás que vivir con ella entonces.

—No voy a vivir con ella.

—¡Déjale la casa Luca!, el abogado y Jeffrey tienen razón. No te aferres si no la quieres. El dinero es solo dinero. Si alguna vez encuentra otro hombre que se case con ella, te librarás de todo, incluso puedes recuperar tu casa, ella solo estará viviendo allí. Si se va de nuevo, la vendes, así te ahorrarás que vuelva. Y se te acabaron los problemas. Y también estoy de acuerdo en que ese abogado que estuvo con ella te represente, o algún conocido que sea bueno.

—¡Dios, qué tonto he sido con la casa!

—Bueno, eso ahora no tiene importancia, lo más importante es que aún estás casado.

—No quiero que me dejes por ese motivo que desconocía.

—No voy a dejarte, claro que según qué decisión tomes. No voy a ponerte entre la espada y la pared, pero desde luego si vives con ella, esto se acaba Luca. Yo no lo soportaría. Lo siento.

—Lo sé, pero...

—No puedes tenerlo todo, las cosas se te han presentado de esta manera. No tienes más soluciones. Y eso significa que vas a perder dinero, con ella, con los abogados, pero se trata de perder lo menos posible.

—¡Qué imbécil he sido, Dios!

—Puedes venirte a mi casa, no pagarás nada, además si siempre estamos aquí juntos, si quieres, no te obligo. Si decides dejar tu casa, puedes venirte a la mía. Eso sí, no quiero problemas a diario con ella. Sabe dónde vivo. De otra forma, no me quedará más remedio que cambiarme, pero esta casa y este barrio me encantan, aunque si tenemos que hacerlo, podemos irnos más lejos.

—¡Está bien preciosa! iré a por mis cosas y llamaré al abogado a ver si mañana puedo pasar a verlo.

—Tú, decides Luca, ya lo sabes.

—Yo solo quiero estar contigo. No voy a perderte.

Luca salió de casa y volvió al cabo de una hora con su coche y varias maletas y bolsas. Se llevó todo de casa, todas sus cosas personales excepto los muebles.

Eso no le gustó nada a Asli, que se quedó llorando y rogándole. Luca, solo le pidió la cuenta para ingresarle lo que el abogado estipulara.

—Te pagaré la casa, podrás vivir aquí, aunque seguirá siendo mía si te vas. Y te daré lo que el abogado estipule y en cuanto tengas a tu hijo haremos las pruebas y pediré el divorcio, y esta vez sí tendré los documentos, ¡ah!, y cuando tengas a tu hijo, ajustará la pensión, porque ese niño no es mío.

—Por favor Luca, ¿vas a dejarme por una mujer que conoces hace dos meses?

—Sí, como tú hiciste, salvo que no volveré.

—¡Te arrepentirás!

—No lo creo Asli. No soy como tú que has venido no porque te arrepientas, sino porque no

tienes dónde ir. Si te acercas a la casa de ella, te denunciará por acoso. Procura no molestarla o tendrás dos denuncias.

Cuando terminaron de acomodar las cosas de Luca, era ya de noche y pidieron una pizza para cenar. Había llamado de nuevo a Mat, el abogado con el que se fue Asli y accedió a llevarle el caso. Le dio cita para el día siguiente viernes a las doce de la mañana.

—No te preocupes tanto Luca, es dinero al fin y al cabo, ya verás, según me dices cómo es, en cuanto tenga al niño, se buscará otro hombre que la mantenga.

—¿Y si lo mete en casa?

—Se lo preguntaremos al abogado, pero si lo mete, ¡qué más te da! Alquilaremos una más grande o compraré una. Últimamente pienso en comprarme una casa y no perder dinero en alquilar. Ya lo solucionaremos. Anda ven que te de un masaje. Has pasado un día muy estresante, pero afortunadamente tienes abogado. Ha accedido a llevar el caso.

—Me costará una pasta.

—Si necesitas dinero...

—No, tengo ahorrado, además quizá quite lo que me queda de hipoteca.

—Está bien. ¿Quieres que vaya contigo mañana al abogado?

—No, prefiero ir solo. No te preocupes.

—¡Está bien! aprovecharé para limpiar, yo también estoy algo nerviosa.

—¿Por tenerme aquí?

—No, por eso nunca, porque tengas que tener estas preocupaciones, después de lo buena persona que eres y lo bien que te portaste con ella.

—Preciosa, siento meterte en este lío.

—Ya saldremos. No te preocupes. Anda voy a quitar la mesa y tomamos una tila, nada de café. Descansamos un poco y nos vamos a la cama, quiero madrugar para hacer lo máximo posible. Hoy ya hice la compra. El domingo nos vamos a dedicar a pasear y descansar todo el día.

Esa noche durmieron abrazados, pero no hicieron el amor. No importaba. Sabía lo que significaba su casa para Luca y lo sentía. Tenerlo con ella, era perfecto, tenerlo cerca de la otra, no era tan perfecto. Pero lo importante en esos momentos era Luca.

Ella se ponía en su lugar y sentía lo dolido que estaba y lo impotente que se sentía. Adela se levantó temprano y lo dejó dormido, limpió el patio entero y el porche delantero, junto con la puerta. Saco a dar un paseo a Tara y a la vuelta, se había levantado Luca. Era temprano aún y desayunaron en casa.

—Voy a irme antes a Boston Adela.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a pasar por casa de mis padres y quiero ir al banco lo primero y quitar la hipoteca de la casa y quitar la señora de la limpieza. Que limpie ella.

—Está bien, no te preocupes.

—Quizá venga para la cena, mi madre no me dejará venirme sin comer.

—Bueno, cuando vengas tendré algo preparado y mientras cenamos, me contarás todo.

—Sí, cielo.

—Vamos, no quiero verte triste, ni serio, todo lo solucionaremos juntos.

—Eres una mujer maravillosa, lo sabes.

—Sí, lo sé y tengo suerte de tenerte.

—Y yo a ti pequeña —y la besó hasta que le faltó la respiración.

—Me voy nena,

—Llámame si quieres, si no, hablamos a la vuelta.

La besó de nuevo en los labios y salió con una carpeta de documentos.

Adela aprovechó para limpiar toda la parte de arriba, terminar de colocar bien la ropa. Afortunadamente tenía una habitación pequeña para toda la ropa que ambos tenían. Allí metió la ropa de trabajo de Luca y sus cosas, y en la suya, la ropa informal y enseres de baño de ambos.

Limpió toda la parte de arriba y las escaleras, necesitaba descargar nervios y ni quería pensar en ese problema que seguro le afectaría.

Tomó un tentempié y limpió la parte baja excepto la cocina, que aunque pequeña, quería limpiarla a fondo y la dejaría para el día siguiente, sábado. Así que sacó de nuevo a Tara a su paseo de la tarde e hizo unos filetes de pollo a la plancha guisantes y puré. Se dio una ducha y se tumbó en el sofá. Eran las ocho de la noche y Luca aún no había regresado, ni la había llamado por teléfono.

Sin embargo Luca, lo primero que hizo esa mañana, fue ir a la agencia de limpieza y quitar a la señora que tenía un día a la semana, si Asli se quedaba no le iba a pagar nada extra. Luego quitó su hipoteca en el banco. Ya era la casa suya entera, pero eso lo entristeció porque era de ella.

Ahora le quedaban poco más de 50.000 dólares en su cuenta. Esperaba que el abogado no le cobrara mucho.

Llamó a su padre y le contó el tema y quedó en pasar por la tarde a verlos y contarles qué le había dicho el abogado. Su padre se quedó enfadado con esa mujer. Nunca le había gustado y sabía que le daría problemas. Y ahí estaban los problemas, fastidiando a su hijo más tarde o más temprano.

A las doce estaba en el despacho del abogado. No había problema en llevarle el tema.

Estuvo estudiando qué cantidad mensual podía pasarle de momento hasta el divorcio, que serían aproximadamente cinco meses.

Tenía que pagar, luz, agua, impuestos, y eso lo enrabetaba, pero el abogado le dijo que no podía ahora cortarle el agua, la luz, nada, porque ya estaba en casa y era suya y él tenía que pagar.

Calculó darle 1000 dólares mensuales y pagarle los gastos, luego reajustarían cuentas en el divorcio. Tenía que pedirle las facturas al banco y allí le pasó la mitad de octubre, 500 dólares a través de una transferencia por el móvil. Los gastos de todas formas iban a la cuenta suya.

De momento solo pagaría eso, hasta la prueba de ADN, que era más cara y seguro tendrían juicio, pero si Asli, no tenía dinero que era lo más probable, podían llegar a un acuerdo de 1500 dólares o 2000 como mucho, más los gastos. Esos siempre. Y él le cobraría por todo unos 25.000 dólares. No le quedaba de otra. Intentarían que fuese 1500 dólares, así entre gastos y demás, pagaría unos 2500 como máximo al mes. Una vez pasado todo. La prueba de ADN le costaría unos 3000 dólares. Todo era sumar y sumar.

—De todas formas tengo buenas noticias, —le dijo el abogado —le pagué un seguro de salud por un año, de eso te vas a librar, porque intentaremos un divorcio rápido. Yo me pondré en contacto con ella.

—Gracias, es que no quiero ni hablar con ella.

—Déjame eso a mí.

Le pasó al abogado otros 10.000 dólares para empezar, que completarían los 25.000 durante el proceso y dijo que era lo menos que había cobrado, pero lo hacía por Asli y sus mentiras.

Cuando se despidió del abogado, este llamó a Asli:

—¡Hola Mat cariño!

—Nada de cariño Asli, no te llamo por eso, te llamo porque soy el abogado de Luca. Te pongo

en antecedentes, podrás quedarte en su casa. Te pasará 1000 dólares al mes hasta que des a luz y se haga la prueba de ADN. Él la pagará. Después pedirá el divorcio y reajustaremos lo que tenga que pasarte. Podrás seguir en la casa. Tendrás agua y luz e impuestos pagados. No puedes acercarte a él ni a ella. ¿Te queda claro?

—¿Y cuánto tendrá que pagarme al mes?

—Unos 1500. Claro que si quieres un juicio, tendrás que buscarte un buen abogado.

—¿Y no me pagará nada para el pequeño?

—Hasta la prueba no, si es suyo, te reembolsará lo que te deba, pero sabes bien que no es suyo, así que no va a adelantártelo para que no se lo puedas pagar después. Tendrás que acomodarte a ese sueldo. ¡Ah! y no hay mujer de la limpieza, ni internet ni nada que no sea luz o agua o impuestos sobre la casa. El resto, no tiene que pagártelo.

—Pero, pero...

—Bueno Asli, ya sabes mi número, si tienes abogado, que se ponga en contacto conmigo.

—Sabes que no tengo dinero Mat.

—Ese no es mi problema, te dejo que me llaman por teléfono.

¡Maldito Luca! Ella no tenía para vivir con 1000 dólares. No podría comprar nada para su hijo, no sabía cocinar, ni quería limpiar.

Luca estuvo toda la tarde con sus padres y ellos le dijeron que era lo mejor, lo que le habían aconsejado todos, que se olvidara de la casa, que volvería a ser suya cualquier día. Y si no, no pasaba nada. Que fuese feliz con Adela y se olvidara de todo hasta el divorcio.

Y le preguntaron si tenía dinero.

Afortunadamente aún le quedaban más de treinta mil dólares, no era mucho, pero se conformaba, podría seguir ahorrando aunque le tuviera que pagar a esa mujer y compartir gastos con Adela, porque no iba a quedarse en su casa sin pagar nada.

Cuando volvió a casa de Adela, se abrazaron y mientras cenaban, le contó todo lo del abogado. Y después de mucho discutir quedaron en poner un fondo a primeros de Octubre para la casa.

—Eres tonto, si yo pago el alquiler y tú ahora tienes muchos gastos, no me importa darte de comer.

—Pero a mí, sí.

—Está bien, contigo ahorraremos. ¿Estás mejor?

—Económicamente me han dado hoy un buen palo. —Y Adela se reía.

—Los abogados no son baratos.

—Más cara me sale ella.

—Bueno, no pienses en ella. Ahora estamos bien. Y lo mejor es que estamos juntos.

Y estuvieron bien un par de semanas, él estaba más contento. Pagaba los gastos de su casa, ponían el fondo común y aún podía ahorrar casi 5000 dólares.

—¿Ves como no todo es negro? es un buen sueldo el que ahorras nene.

—Tiene razón. Además no tenemos grandes gastos.

Pero la felicidad esta vez, le duró esas dos semanas. Tuvo una llamada de Asli, un viernes, nada más llegar del trabajo y ducharse.

Asli, que estaba mareada y tumbada en el suelo y no tenía a nadie y tuvo que salir a última hora de la noche. Tuvo que quedarse hasta casi irse al trabajo el sábado, ya que tenía guardia el fin de semana. Pasó por casa de Adela y le contó que tuvo que quedarse porque estuvo toda la noche mareada.

Y así empezó, todas las semanas tenía algo y a veces dos veces por semana y qué casualidad que siempre era de noche y cuando no tenía guardia Luca, o el fin de semana que estaba libre.

Empezó a convertirse en insufrible, los fines de semana, si no, cuando le daba el sábado para que la llevara la hospital porque tenía un amago de esto, de lo otro y Adela, mejor que nadie sabía que era mentira, que no tenía nada.

Adela aguantó esto tres meses, hasta mediados de Diciembre, porque Luca, parecía no darse cuenta de que venía del trabajo y se iba con Asli. Y su relación no era la misma, no tenía esa alegría del principio, ni hacían el amor como antes y lo echaba de menos. Estaba enfadado, pero iba. Y no estaban solos ni media hora sin que esa mujer los molestase.

—No vayas, le decía Adela, no tiene nada, solo quiere molestarnos, —pero iba. Sabía que era una buena persona y ayudaba a los demás, pero ella necesitaba un descanso. No podía consentir eso, ni podía llevarlo, porque Luca, pasaba más tiempo con Asli que con ella, le hacía la comida, porque estaba mareada, le limpiaba porque estaba enferma, le hacía la compra porque no podía cargar y se quedaba a dormir en su casa porque le daba miedo, y entró en una vorágine que minó su relación en tres meses.

Ya no salían los fines de semana, ni casi cenaban. Se quedaba con la mesa puesta. No sabía cómo Luca, no se daba cuenta. Estaba en una encrucijada de ayuda a Asli. Y eso no lo podía consentir Adela.

—Siéntate Luca. Tenemos que hablar —le dijo una tarde de mediados de Diciembre, poco antes de tomar lo que le quedaba de vacaciones de ese año.

—Dime preciosa.

—O dejas de ir a su casa y la bloqueas del teléfono, o tendremos que tomar una solución, esto ya no es lo mismo. Estoy loca por ti, pero no puedo llevar esto, lo siento.

—Solo la ayudo como a cualquier persona.

—Eso no es cierto y lo sabes.

—¿Quieres que la deje sola si está enferma?

—Sí, eso quiero, que aprendas a decirle que no, porque no está enferma ni te necesita, se aprovecha de ti.

—¿No crees que estás siendo egoísta Adela?

—Eso no te lo voy a consentir Luca. ¿Llevo tres meses siendo egoísta? Ni loca. Me voy a mudar a Boston en las vacaciones.

—¿En serio?

—Sí, si quieres venirte conmigo, te lo piensas. Voy a dejar esta casa y me voy a comprar una en Boston, cerca de mi trabajo. Me gusta Cambridge pero ya es hora de tener una casa propia y dado que tú estás muy ocupado, a lo mejor quieres quedarte con esta casa o mudarte conmigo o volver a la tuya y ahorrar más.

—¿Estás de coña no?, es por Asli.

—Es por nosotros. Por nuestra relación. Asli me importa un comino por si no lo sabes. Me importas tú, pero parece ser que ahora mismo solo está ella en tu horizonte.

—Es solo hasta que dé a luz y me divorcie.

—Y luego te llamará porque el chico esto, el chico lo otro, y allí estará el bueno de Luca ayudando. Lo siento, pero no.

—¿Quieres que me vaya?

—Quiero que tomes una decisión.

—No me pongas en una encrucijada, bastantes problemas tengo ya Adela —y ella tuvo ganas de llorar.



—Sí, quiero que te vayas de mi casa.

—¿Me lo dices en serio?

—Te lo digo muy en serio. No puedo soportar esto, por mucho que me gustes. Ni tengo por qué. Sé que lo pasaré muy mal sin ti. Y te echaré mucho de menos, pero es que no tienes tiempo para esta relación o lo que sea para ti. Y quiero un hombre para mí a tiempo completo.

—¿No puedes hacer un esfuerzo por Dios Adela?

—No, no puedo, te lo iba avisando, ni quiero, ¿es que no te das cuenta de que no tiene nada y pasas en su casa, los fines de semana y las noches?

—No...

—Sí, y lo sabes, le limpias, le cocinas. Haces lo que hacías antes.

—No me acuesto con ella.

—No quiero estar a tu lado si eso sucede.

—Está bien, estoy cansado, hartito.

—Por eso es mejor que te vayas. Necesitamos espacio. Necesito distancia.

Y él subió a por todas sus cosas, tardó más de una hora en llevarse todo.

—Si me necesitas, puedes llamarme.

—No lo creo Luca. Eres tú el que ya no me necesita.

Y se metió en su coche y arrancó. No le importaba dónde iba, pero tenía una ligera idea.

Ya había conseguido esa mujer lo que quería. Bien, pues ya estaba todo dicho. Había elegido.

Desde luego, no podía quedarse allí, así que iba a comprarse la casa que siempre quiso en Boston, se ahorraría a diario dos viajes y pondría espacio de por medio entre ellos.

Luca paró el coche en su casa, y le dio al volante una y otra vez. Llamó a Jeffrey y le contó qué había pasado.

—Eres un imbécil y perdona que te lo diga. Has caído de nuevo y Adela tiene razón. Yo te hubiese echado a la primera semana. ¿No ves que lo que tiene es cuento?

—La he visto enferma...

—Y te lo crees. Has perdido a la mejor mujer del mundo.

—Estoy cansado, hartito de que una me pida y otra me exija.

—Muy bien ¿y dónde vas a quedarte?, ¿dónde te piden?

—Es mi casa.

—Vale tío. Tú mismo. Te dejas, ahora estoy enfadado contigo. Eres un capullo —y le colgó.

Iba a llamar a Adela, pero prefirió pasarse por su casa.

—Hola Jeffrey —y se dieron dos besos, ¿Qué haces aquí? Te ha llamado Luca...

—Sí, no puedo mentirte.

—Pasa, ¿quieres un café?

—Sí, ¿tienes tarta?

—Claro, te traigo un trozo y otro para mí, lo necesito. ¡Siéntate! ahora lo llevo.

—Necesito azúcar.

—¿Y eso? —le dijo Adela.

—Luca es un capullo.

—Es demasiado bueno, Jeffrey.

—Pues eso, es un capullo, ¿cómo ha podido?... ¡Venga cuéntame!

—¡Pero está loco! —le dijo Jeffrey cuando Adela se lo contó todo lo de esos meses.

—Lo amo, nunca nos hemos dicho esto, lo quiero, es el hombre de mi vida, pero esto no puedo consentirlo porque me siento mal, una cornuda incesantemente humillada, por la noche, los fines

de semana...

—¿Estás bien?

—Sí, voy a cambiarme a Boston. Quiero comprarme allí una casa. No por esto, es que trabajo allí y ya lo tenía pensado de antes, pero conocía a Luca y me quedé aquí. Pero desde que estoy fija en el hospital y soy especialista, me propuse dejar de alquilar y comprarme una casa, así que buscaré la semana que viene. Tengo quince días de vacaciones y espero encontrar mi casa. Comprenderás que no pueda quedarme aquí y menos tan cerca de ellos.

—¿No puedes esperar hasta el divorcio?

—Jerry, cuando tenga el pequeño, lo llamaré más, es un enganche que no puede soltar. Y no voy a estar ahí hasta que se acueste con ella. Compréndelo.

—Tienes razón —yo creo que te ama, pero quizá sea el momento de que te eche de menos.

—¿Sabes Jeffrey? creo que soy esa mujer transición. Ha pasado con ella doce años. Lo entiendo, pero no comprendo que quiera seguir siendo infeliz y en esa aventura, no voy a acompañarlo ni a apoyarlo. No me interesa compartirlo, porque él no se da cuenta o sí, ya es mayorcito, Asli, lo utiliza y lo conoce y se aprovecha. Me duele mucho, mucho Jeffrey —y lloró amargamente —lo siento, no quiero llorar delante de ti, perdona.

—Vamos, no es malo llorar, si no lloras ahora ¿cuándo?

—Tienes razón.

—Cuando digo que es un capullo. Se ha ido a su casa, por si quieres saberlo.

—Sabía que se iba a ir allí. Creo que nunca dejó de quererla en el fondo.

—No pienses eso.

—Del amor al odio hay un paso.

—No la quiere y de eso doy fe.

—Bueno, yo quiero seguir con mi vida y él no ha querido venirse conmigo a Boston y poner distancia de por medio, prefiere estar ahí para ella. Ha elegido, y no lo aguanto.

—Hace bien. Considéralo como una experiencia más en tu vida.

Cuando Jeffrey se fue, ella se quedó llorando en el sofá abrazada a Tara.

Pero al día siguiente irían a Boston las dos, a buscar una casa. No se iban a quedar allí llorando.

Se levantó muy temprano y limpió la cocina que le quedaba. Se duchó y sacó a Tara al paseo, luego, fue a desayunar fuera y cogió su coche y tomó la autopista a Boston.

Había localizado un par de inmobiliarias y allí irían.

A la inmobiliaria no le importó que entrara con la perrita, era tan pequeña que la metió en el bolso grande que llevaba.

Era preciosa y al final, ella sí era fiel y el amor de su vida. E iban a comenzar una vida nueva las dos juntas. Solas. No quería hombres ni en pintura. Estaba enamorada. Y decepcionada. Pero Luca, era así y ella no iba a cambiarlo, ni pensaba hacerlo.

Sabía que más tarde o más temprano volvería con su mujer. Estar con ella, le llevaría a eso.

Y así, ella no pintaba nada de nuevo en su vida. Si quería ser infeliz y cornudo allá él.

Cuando Luca entró en su casa, Asli, sintió haber ganado la batalla. Que sus llamadas constantes habían tenido su fruto.

—No digas nada, ni hables. Dormiré en la otra habitación. Haz como si no estuviese. Haremos vidas separadas. —Y empezó a meter sus cosas en casa.

Y ella calló, pero había ganado de momento.

## CAPÍTULO CINCO

—Muy bien, ¿qué desea encontrar? —le dijo la agente de la inmobiliaria una vez que se presentaron y la hicieron sentarse.

—Trabajo en el hospital Mass, así que quiero algo que no esté al lado, ni muy lejos tampoco. Vivo en Cambridge y quiero cambiarme para no tener que ir y volver todos los días.

—Apartamento, casa, villa...

—¿Qué tienen?, aunque no quiero apartamento, por la perrita, más que nada. Estoy acostumbrada a las casas.

—Pues hay una villa preciosa y pequeña a tres kilómetros del hospital con un gran jardín. Son una serie de villas nuevas, pero distintas algunas, dos o tres modelos, y con distintas superficies, con suficiente separación entre ellas para tener intimidad. ¡Mire! —Y le enseñó el catálogo.

—Esta es preciosa —señalando una— la de los setos me encanta, me encanta la fachada.

—Es de las más pequeñas la que ve, hay otras tres iguales a esta, pero con más habitaciones, pero esta sería ideal para una persona sola, tiene un precioso porche, dos columnas y dos ventanas a cada lado de la puerta, en el frontal y arriba dos a cada lado y una grande en el centro

—Sí, debe ser luminosa. Me gusta el color y la forma.

—Muy luminosa. Las contraventanas son preciosas, salón con chimenea, comedor y cocina abiertos, un despacho a este lado y una sala al otro. Un cuarto de lavado, aseo y arriba tres dormitorios, el principal amplio con dos vestidores y un cuarto de baño completo con una gran bañera de patas, otros dos dormitorios y un baño doble completo más en el pasillo para los dos dormitorios.

—Perfecto. Es ideal para mí.

—Tiene 166 metros cuadrados, más el jardín trasero y el pequeño jardín delantero.

—¿Y el precio?

—667.000 dólares. Casi 700.000 con los impuestos.

—Creo que me darán la hipoteca.

—¿Cuánto gana?

—Unos 20.000 dólares.

—Claro que se la darán. Incluso puede pedir para los muebles

—Para eso tengo. Voy a ver cuánto pago si la pongo a 15 años, no quiero ni pagar muchos años ni mucho dinero, quiero ahorrar también.

—Si lo pone a 12 años, que está muy bien, paga unos 4.800 dólares mensuales.

—Eso estaría muy bien.

—¿Quiere ver otras?

—No quiero ver esa. Me encantan los setos de la entrada. Quiero verla. Tengo el presentimiento de que será mi casa. —Y la agente sonreía.

—Pues vamos. De todas formas me llevo un par de llaves más, hay otras en la zona.

—¡Está bien!

—Vamos en mi coche, si no le importa y luego volvemos.

—Estupendo.

Se enamoró de la casa nada más verla, era tan luminosa, tan preciosa, el suelo oscuro de madera como las escaleras amplias sin ser empinadas. Tara correteaba por el jardín. Todo. No había nada que le gustase.

—Me encanta. Voy a quedármela.

—¿No quiere ver otras?

—No, la zona es maravillosa.

—Tiene una guardería cerca, colegios institutos, el hospital lo tiene a quince minutos en coche o veinte.

—Perfecto. Estoy emocionada.

—Y los vecinos son estupendos.

—Me encanta.

—¿Entonces la compra?

—Sí.

—Podemos gestionarla con el banco, si ha traído su contrato y una nómina.

—La he traído.

—Pues vamos a la oficina. Ahora tendrá que amueblarla, si quiere pedir un poco más al banco para amueblarla, podría ajustar los 5.000, y podría ponerle muebles maravillosos.

—Eso haremos. Doscientos dólares al mes no me suponen nada y quiero quedarme el dinero que tengo ahorrado por si acaso.

Cuando llegó por la noche a casa en Cambridge, había comido en Boston, en una cafetería con terraza cerrada, y se llevó la cena y una villa pequeña, preciosa, rodeada de setos verdes intensos, con cuatro arbolitos delanteros y otros cuantos en el jardín. Estaba recién pintada en tonos grises, su color favorito así como la cocina y los baños.

Ya tenía casa. La casa de sus sueños y era feliz. Había pagado los impuestos y empezaría a pagar la hipoteca en enero a primeros, en unos días.

Como tenía quince días de vacaciones aprovechó para amueblar su casa, terminar toda la documentación, dar al banco su nueva dirección y a todo lo que tenía, y amueblar su preciosa casa. Y cambiarse y dejar su pequeña casa de Cambridge. Le dio pena dejarla. Allí había sido feliz unos años.

Las Navidades las pasaría en su nueva casa. Había comprado hasta un pequeño árbol de navidad y con el dinero de más que le concedió el banco puso unos muebles preciosos y de buena calidad. Al menos estaba feliz. Luca la llamó casi al acostarse la primera noche que estrenaba su casa. Y Adela se sorprendió. Faltaban dos días para Navidad.

—¡Hola nena!

—¡Hola Luca!, ¿qué pasa?

—Quería oírte, oír tu voz preciosa.

—Vamos Luca, quiero acabar esta relación, te lo dije.

—No quiero perderte.

—¿Y te has ido a tu casa con ella para eso?, no me hagas reír...

—Sabes el motivo, pero en cuanto tenga a su hijo, estaré de nuevo contigo.

—Me he comprado una casa. Ahora vivo en Boston.

—¿En serio?, ¿Desde cuándo?

—Desde hoy. He tenido las vacaciones ocupadas con la compra y el traslado. Es una villa preciosa y pequeña, maravillosa

—¿Te has ido a Boston?

—Sí, no puedo quedarme ahí, además lo tenía pensado antes de estar contigo. Lo sabías desde antes. Me ahorro viajes de ida y vuelta y será mejor para los dos. No creo que cambies y además, te lo digo en serio, cuando tenga a su hijo, te necesitara más. Y no puedo con eso, Luca.

—Pero Adela por favor. Te quiero nena...

—No lo creo. Yo sí que te amo, pero no me siento correspondida en la misma manera.

—¡Por dios nena!

—Lo siento Luca. Lo nuestro se acaba.

—¿Me amas?

—Sí, te amo, pero no puedo, lo siento.

—Te buscaré en cuanto me divorcie.

—Sigue con tu vida Luca, lo tuyo es ayudar y ella te va a necesitar. Lo sé. Eso es lo que pasará. Suerte. Ha sido muy bonito mientras duró.

—No me dejes.

—No te dejes, me dejas tú a mí, Luca. Has elegido, pero Aún puedes venirte a Boston.

—Nena, no puedo.

—¿Por qué?

—Tengo aquí mi trabajo.

—Eso no es excusa. Yo lo tenía en Boston e iba y venía. Está a un paso.

Y Luca se quedó callado.

—Suerte Luca —y colgó antes de ponerse a llorar como una niña.

Lo había perdido, había elegido a su mujer y a un hijo que no era suyo, y no la había elegido a ella.

Debía seguir con su vida. No debía permitirse llorar por su primer amor. Todo el mundo tenía un primer amor y generalmente la gente no terminaba con el primero. Lo que pasa es que ella lo encontró con más edad.

Después de mucho pensarlo y llorar un buen rato, se relajó. Tenía más que muchas personas, una perrita, una casa, un trabajo y un buen sueldo, pero no tenía el amor de Luca, si Luca la quisiera de verdad, estaría ahora mismo a su lado en la cama y no lo estaba.

Su casa era maravillosa. Tenía de todo. Aunque no tuviese regalos de Navidad, le gustaba que estuviese adornada, nada especial, unas velas, el árbol y unas cuantas figuras, le gustaba sentir la Navidad.

En esos días no la llamó Luca, pero sí Jeffrey. Lo invitó un sábado a su casa. Y le dijo que la invitaba a comer y luego que ella lo invitara a su casa a un café.

Y aceptó. Al menos le agradaba que alguien fuese a su casa.

A Jeffrey le encantó la casa, era maravillosa. Y el lugar. Se la enseñó y después salieron con la perrita a dar un paseo, tras el paseo, la dejaron en su camita y fueron a comer.

La llevo a un lugar que él conocía y le gustaba y ponían buena carne asada.

—¿No me has preguntado nada? ¿No tienes curiosidad Adela?

—Creo que no sé si me dolerían las respuestas.

—¿No te ha llamado?

—No, desde el mismo día que empecé a vivir en la casa, le dije que podía venirse conmigo y no quiso.

—Ya ha tenido el niño Asli.

—¿Pero no le quedaba más tiempo?

—Pues no, lo tuvo la semana pasada. La ayuda.

—Eso lo esperaba.

—Quiere al pequeño, pero no a ella.

—¡Ay Jeffrey, no me hagas reír! Terminarán juntos.

—No la quiere. No hace sino pensar en ti.

—¿Se va a divorciar? —le preguntó ella.

—Sí, en cuanto tenga la prueba. Ya se la ha hecho.

—Sigo sin creer que deje esa atadura. De todas formas no lo quiero en mi vida si va a estar dispuesto a acudir a ella cada vez que lo llame para lo que sea, lo siento.

—¿De verdad?

—Sí, he dado por finalizada la relación. Sé que no va a poder desengancharse de esa mujer y yo quiero tener una vida sin compartirla, lo siento.

—Me parece bien. No sé qué tiene pensado hacer una vez se divorcie. Creo que va a alquilar una casa y se irá a vivir solo.

—Ese no es mi problema, no voy a salir con él aunque se divorcie. Si se divorcia, pero sigue igual, nada habrá cambiado, ¿no crees?

—Tienes razón, toda la razón. Dejemos de hablar de Luca y vamos a comer.

—Sí, haremos eso. Creo que se me ha pasado un poco. He estado muy ocupada con la casa y el trabajo, eso me hará olvidarlo.

—¿Y tú, qué no sales con nadie?

—Mi amigo te conoció antes, tengo mala suerte, —y ella se reía.

Lo pasó muy bien con Jeffrey, después de comer fueron a su casa y tomaron café y hablaron de la central de la familia de él que ella no conocía. Y pasó una tarde estupenda. Jeffrey era una persona optimista, alto y guapo, pero no era Luca.

Y por unos segundos pensó si Luca le merecía la pena si era como era. Estaba atado a Asli de por vida y ella no encajaba en su vida.

Cuando pasó la Navidad, dejó de tomar las pastillas anticonceptivas porque estaba más nerviosa de lo normal y no le ayudaban en nada. Descansaría un año y luego tomaría otras con menos efectos hormonales.

Se acostumbró a su casa, a su nuevo barrio a estar pendiente de su casa, de su perrita y volvió a su vida tranquila. Se le pasaron los nervios un poco porque tenía un trabajo importante, a veces cesáreas y no podía permitirse problemas innecesarios.

Ahorró bastante a pesar de pagar la casa. Hablaba de vez en cuando por teléfono con Jeffrey y éste le decía algo de Luca.

Un fin de semana fue a Nueva York y les llevó los regalos de navidad atrasados a sus hermanos y sobrinos y volvió esos dos días renovada. Siempre que iban comían los tres juntos con su cuñado y sus sobrinos fuera y lo pasaban bien, se ponían al día y ella les contó lo de Luca y su hermano Dani, le dijo que debía dejar ese tema por muy buen hombre que fuese. Y eso iba a hacer, caso a su hermano, aunque ella ya tenía la decisión tomada.

En marzo, la llamó Luca cuando ella se estaba olvidando de esos problemas pasados.

—¡Hola Adela!

—¡Hola Luca!, ¿Qué tal, cómo te va la vida?

—Quiero que sepas algo, no te he olvidado, me he divorciado, le he dejado la casa y nunca me he acostado con ella.

—Bueno, todo a la vez... Me parece que es una cuestión que debes llevar en tu vida como quieras.

—Quiero verte Adela, te echo de menos.

—Para qué Luca, creo que nos dijimos todo. No voy a volver a empezar de nuevo contigo, estoy tranquila ahora y no puedo. Te dije que te vinieras conmigo y no quisiste. Has hecho tu elección. Lo siento.

—He alquilado tu casa.

—¿En serio?

—Sí, estoy viviendo en ella, aún tiene tu olor.

—Bueno, me alegra que la vida te vaya bien, Luca. Esto me hace daño, que lo sepas.

—Lo siento, pero quiero que volvamos a lo que tuvimos nena. Ahora soy libre.

—¿Sigues yendo a ayudarla?

—A veces con el pequeño.

—Lo siento Luca, no creas que soy mala persona, o egoísta, pero no quiero un hombre así, entiéndelo.

—¿No me amas?

—Intento olvidarte Luca. No puedes pasar página con ella y mientras eso no ocurra, por favor, no me llames.

—Yo no puedo pequeña. Deseaba que pasase el tiempo para divorciarme. Me he cambiado de casa. He hecho todo para que podamos estar juntos.

—Ese no es el tema, le pasas más dinero del que te corresponde, vas cuando te llama. Ese es el problema Luca. Mientras no bloques su teléfono y dejes de contestarle y hablarle, no me llames. Tiene familia y le pasas y le pagas gastos.

—Pero nena...

—Sigues estando en su vida cada vez que te llama, ¿no lo entiendes? y yo no puedo permitírmelo. Tiene que ser una decisión tuya. No quiero ser la mala de la película de la que no actúo. Esto me cansa ya Luca. Te lo digo en serio. Tendré que dejar de responder a tus llamadas.

—¿Y qué tendría que hacer para estar contigo?

—No acudir cuando te llame, decirle no, olvidarte de ella, de su hijo, no verla, eliminarla de tu teléfono. Bloquearla. No pasarle más dinero del que le corresponde y venirte conmigo a casa. Eso es. Ya lo sabes. No quiero enfadarme, pero si quieres sinceridad, ahí la tienes. Y tú, vas y alquilas una casa al lado de la de ella. Lo siento Luca. Creo que debemos olvidarnos definitivamente de lo nuestro. Ninguna mujer va a aguantar tu ritmo de vida, yo, al menos no. Búscate una santa —yo soy buena, pero santa no.

—Por favor nena, te quiero. ¿No puedes ser paciente?

—No, tengo una vida, lo siento Luca. Creo que será mejor que lo olvidemos, tú no vas a dejarla y yo no voy a amarte en esas condiciones.

—Pero si la he dejado...

—No, no la has dejado.

—Joder Adela, te amo.

—Lo siento, además tengo casa en Boston y no pienso mudarme. Y si estamos juntos no voy a dejarte salir en mitad de la noche si su hijo coge un resfriado, que tome un taxi al médico.

—Por Dios, es un niño indefenso.

—Luca, tengo que dejarte, por favor, no me llames. Sabes las condiciones. Ahora soy exigente y si no, déjame seguir mi vida.

—No quiero que conozcas a otros hombres.

—Ahora lo entiendes —Y le colgó.

—¡Maldita sea, joder!

—¿Con quién hablas? —Le dijo Jeffrey que estaba en la central.

—Con Adela.

Y me ha puesto condiciones, ahora que me he divorciado y me he cambiado de casa.

—Me parece bien que te ponga condiciones

—Es un niño indefenso.

—Y tú un capullo. La perderás. ¿Cómo se te ocurre alquilar su propia casa al lado de tu ex, para ir corriendo cada vez que te llame? ¿No le habrás dado más dinero del que te corresponde? —y Luca, se calló.

—¿Le has dado?, no me lo puedo creer. Deja a Adela en paz tío. Te lo digo en serio.

—No puedo, la amo.

—No lo has entendido.

—Pero si no la quiero, no me he acostado con Asli.

—Pero no es eso, es que siempre estás en su casa, en cuanto levanta el teléfono, Luca.

—Por el pequeño.

—No es tuyo. Me voy, me pones de los nervios.

El tiempo pasaba y a veces, una vez al mes, Luca le mandaba un mensaje de que no la había olvidado. Pero ella no le contestaba. Ni tampoco a sus llamadas.

Al final, pensó que era lo mejor que podía pasarle. Añadir un niño a la ecuación con Luca, iba a ser estresante. Y no estaba dispuesta a seguir por ese camino. El camino se acabó ahí. No había nada que hacer más en él. Había agotado toda su paciencia y su amor por Luca. Se había convertido en un hombre débil. Ella no manejaba a su antojo.

Iba a dejar que pasara un tiempo y se daría la oportunidad de conocer a otras personas. Luca y Asli, tenían su historia y no quería saber nada de ellos, nada. Consideró a Luca una relación en su vida importante, pero el final, no le gustó nada. Fue un cobarde que no luchó por ella y no se lo merecía, por muy buena persona que fuese y quisiera ayudar a la gente.

Y dio por concluida esa etapa de su vida. Era joven, tenía casi 26 años y ganas de vivir. La vida se sonreía a pesar de amarlo, lo olvidaría, como todo el mundo. Ella no era distinta a amar a alguien que no le correspondía de la manera que quería.

Un fin de semana que no tenía guardia, se fue a Nueva York de nuevo. Dejó a Tara en un hotelito de perros dos noches y fue a ver a sus hermanos. En Navidad, necesitaba verlos.

Se quedó en el mismo hotel en el que se quedó con Luca el verano anterior y la vez anterior tras las Navidades. Era difícil olvidarlo.

Una noche comiendo en casa de su hermana, les contó toda la historia.

—Hermana —le dijo su hermano —tienes que dejarlo de verdad. Haces bien en no contestarle, qué piensas ¿mantener esa historia un año? No lo mereces y sufrirás más. Si estás enamorada de él, lo olvidas, pero ya. Esa no es tu historia. Ha hecho su elección, y no has sido tú. Así que te quiero ver contenta, las fotos de tu casa son preciosas. Iré a verte algún fin de semana, pero sal, conoce a otros chicos, si eres joven. Esa historia no me gusta, no me gusta ella y no me gusta él, por mucho que tú digas que es bueno. Ya te lo dije cuando viniste después de Navidad, y te lo dijo Dani también y estoy de acuerdo en que no puedes perder tu tiempo, esfuerzos y energías en algo que no te compensa.

—Tienes mucha razón Sofía.

—Cuando lo conocí el año pasado, lo vi enamorado de ti, pero el resto de la historia no me ha gustado. ¿Me harás caso?

—Te haré caso. En realidad, la tienes.



—Yo, opino igual que Dani —dijo su hermana Sofía. Ya lo sabes. Eres joven y no necesitas problemas. Tienes todo lo que quieres. Así, que debes quererte y ser feliz. Déjalo.

Esos días que pasó en Nueva York, y las conversaciones con sus hermanos, le hicieron ver que tenían razón.

## CAPÍTULO SEIS

Y pronto tendría de nuevo las vacaciones y esta vez, encontraría un hotel que admitieran perros, no quería dejar a Tara sola. Era una mimosa de cuidado.

Pasaron los meses y llevaba una vida tranquila. Le encantaba estar en casa y pasear a su perra, su trabajo.

Nada supo más de Luca. Jeffrey la llamaba a veces, pero ella le dijo que no le contara nada de Luca. Y Jeffrey la respetó.

No había salido sola, pero en cuanto viniera de vacaciones, saldría alguna noche del fin de semana. Sus compañeros le habían hablado de locales de moda en el centro, restaurantes donde podría conocer a gente y donde tomar una copa. Y ella los anotó.

Mientras, le tocó agosto de vacaciones y pensó tomárselos enteros ese año. Lo necesitaba, después del año agobiante que había tenido.

Un día, al salir del hospital, pasó por una agencia de viajes y aunque ella siempre sacaba las vacaciones por internet, le llamó la atención un paisaje con montañas y valles en Montana. Un rancho donde hacer actividades o descansar, con cabañas en plena naturaleza. Eran preciosas y el paisaje inigualable.

Le llamó la atención y entró. Cuando le tocó el turno, se informó de las cabañas de dónde estaban situadas, al norte de Montana, con un clima cálido y fresco por las noches a pesar de ser agosto.

La cabaña individual era preciosa, un dormitorio, una cocina salón y dormitorio, y un baño y un porche.

Se podía comer en el salón grande, que hacía de restaurante. Era un complejo, con actividades, tienda, un bar cafetería y bailes por la noche. Podía llevar a su perra y había vuelos y transporte o podía ir por su cuenta, eran casi dos días si iba en coche, por lo que podía dormir una noche o dos en la carretera, dependiendo de la velocidad.

Había excursiones, montar a caballo, rodeos, e incluso un día había una excursión a ver las cataratas del Niágara. Era un rancho maravilloso vacacional y le encantó ese tipo de viaje. Y podría llevar a Tara y lo pasarían bien. A la perrita le encantaba viajar.

Al final calculó seis días de viaje y tres de descanso en casa y saldría el primer día de vacaciones temprano. Le dieron la ruta por autopista, todos los datos y reservó una cabaña de un dormitorio durante 22 días con comida incluida, que pasaría relajantes y tranquila. Se lo merecía.

Apenas quedaba menos de un mes. Y en los días siguientes preparó sus planos, incluso los moteles donde podía quedarse a dormir por el viaje, y si admitían perros pequeños.

Un sábado por la mañana fue a comprarse ropa, en la agencia le dijeron que en el complejo había una tienda que vendía desde sombreros a botas y todo el estilo vaquero y eso se lo compraría allí. Pero necesitaba llevar ropa nueva, comida para la perrita, y otras cosas más y algunos libros de lectura, para las noches en que no fuese a bailar o en los atardeceres.

Estaba tan ilusionada...

Tres días antes de irse de vacaciones, llamaron a la puerta. Debía ser Jeffrey, porque era el único que había estado en su casa.

Miró antes de abrir y era Luca, con un niño en brazos. Ya sabía qué niño era.

—¡Hola Luca! ¿Qué haces aquí?

—¡Hola Adela!, ¿puedo pasar?

—Pasa, ¿es el niño de Asli? —le preguntó ella.

—Sí, quiero hablar contigo.

—Muy bien, pasa, ¿quieres café, té o algo? Lo vio un tanto agobiado, pero guapo como siempre. Una pena que por su cabezonería terminaran así. No la amaba lo suficiente por mucho que le dijera, si no, como le dijo su hermano en Nueva York, hubiese luchado por ella.

—Un café me vendría bien.

—Pasa y siéntate en la sala, aquí estaremos más cómodos.

—Tu casa es preciosa —mirando alrededor.

—Sí que lo es, me encanta. ¿Cómo se te ha ocurrido venir después de tantos meses Luca? Puedo tener mi vida, salir con alguien y vienes sin llamar.

—Perdona, pero es que tengo algo que contarte, nena.

—No me llames así, por favor.

—Está bien.

—Toma el café, ¿quieres tarta?

—No gracias.

—Vale. Pues tú dirás.

Y se sentó frente a él en el otro sofá de la sala.

—¡Estás muy guapa! —mirándola como siempre la miró.

—Gracias, pero no creo que eso sea lo que has venido a decirme Luca.

—Sabes que me divorcié y vivo en tu casa.

—Me lo dijiste, sí.

—Pues hace dos meses Asli, me dejó el niño con una nota y se fue a Las Vegas, no sé dónde está, ni con quién tampoco.

—¿Y qué tengo que ver en eso yo Luca? ¿Has hablado con el abogado?

—Pues que he vendido la casa, por si vuelve. Solo le paso el dinero que me corresponde hasta que se case.

—Muy bien, me parece perfecto.

—He estado cuidando al niño, no puedo dejarlo en los servicios sociales.

—Serás un buen padre para ese niño, lo sé, te irá muy bien. Siempre estás dispuesto a ayudar.

—Quiero que vuelvas conmigo, te quiero, podemos criarlo juntos. Es un niño que no tiene culpa de nada.

—¡Ay no Luca!, te voy a dar un consejo, busca al padre, que te lo diga Asli cuando hables con ella, o la denuncias por abandono y le llevas a su hijo a Las Vegas, o a sus padres. Tiene familia.

—No me puedo creer que me digas eso Adela...

—Siento que no me conozcas. No voy a permitirme criar o ayudarte a educar a un hijo, pero no porque no sea mío, si me hubieses elegido y en un futuro hubiésemos querido tener hijos, no me importaría adoptar, pero el problema es otro, es porque es de ella y volverá cuando la deje con quien se haya ido. Y no soportaré que le alquiles una casa, tus idas y venidas y sus enfermedades imaginarias. Te lo dije Luca. No quiero que nadie me joda la vida. Estoy harta. ¿No te enteras? Va a estar en tu vida jodiéndote siempre y no voy a estar a tu lado para recogerte los pedazos. No voy a sufrir por tus debilidades con ella.

—¿Me lo dices en serio?

—¿Y tan en serio? Ya lo sabías desde hace tiempo. No estamos saliendo desde hace meses.

Pero creo que no te lo has tomado en serio.

—Pensé que si lo adoptamos...

—Si yo adoptara a ese niño, le tendría que pagar con mi casa y no pienso dar un dólar a esa mujer. Ese es tu problema. Y ahora si te has tomado el café, te has equivocado de mujer. Por lo que tuvimos, busca a su padre y se lo das a ella o a su familia que lo cuidará bien, o no te la quitarás de encima jamás, es más, a lo mejor tienes así una docena de hijos que no son tuyos.

—Y se sintió insultado. Tomó al niño, salió por la puerta y pegó un portazo.

Bien.

Mejor.

Que no Luca, que no te enteras y tienes ya 30 años, ¡joder!

Cuando Luca, habló horas más tarde con Jeffrey de lo que le había dicho Adela...

—Lo sabía, yo hubiese hecho lo mismo, quieres que te cuide el niño, contrata una mujer. Ella no es su madre. Tiene una vida fabulosa, una casa preciosa, una perra encantadora y un sueldazo y te ha aguantado lo que no está escrito. Creo que has matado su amor.

—¿Qué hago, Dios?

—Creo que perderla, la has perdido, así que te ha dado un buen consejo. Llama a tu abogado a ver si recuerda a alguien que pudiera ser el padre y le das a su hijo, o se lo das a ella.

—Si se lo doy a ella, lo dará a los Servicios Sociales.

—¿Y qué? será adoptado por una buena familia.

—Yo no...

—Está bien, pues encuentra otra mujer y deja a Adela en paz de una puta vez, que ella no quiere nada que te ate a Asli, por si no lo has entendido ya, es que eres más capullo de lo que pensaba.

—¡Estoy harto de mujeres!

—Bien, pues quédate con tu hombrecito. Y búscale una buena guardería.

Cuando Luca, se fue, Asli, no se lo podía creer, o Luca tenía una cara que se la pisaba bajo esa máscara de buen hombre o era tan buen hombre que era ingenuo y quiso pensar lo segundo, pero entonces a ella, no le interesaba. Estaba segura de que Asli volvería una y otra vez, aunque él no lo viera o no quisiera verlo. Pero ella quería salir de esa relación tóxica que tenían ambos. Así que:

FUERA.

FIN DE LA HISTORIA.

Al principio, le había dado un poco de pena, pero ahora... o Luca, era tonto, o era tonto.

Era tonto y ella no lo había visto hasta que se dieron las circunstancias.

Lo importante ahora era olvidarse, hacer la maleta. Dejar todo preparado para dentro de tres días. Le quedaban dos días para las vacaciones y adelante Montana... Necesitaba un descanso y olvidar esa historia sin fin. Y ahora sí que estaba claro.

Al tercer día, estaba entusiasmada, animada, contenta por primera vez en la vida, metió sus maletas en el coche, la de Tara también llevaba una mochilita, su perrita, atrás con su cinturón de seguridad, y en el asiento del copiloto llevaba su bolso abajo y todos los planos y la ruta en el asiento de al lado.

Dejo la casa recogida, las luces y el agua cortada, y la nevera vacía y a las cinco de la mañana tomaron rumbo a Montana. Tara iba dormida y ella escuchaba las noticias de la radio. A las diez pararon en una cafetería de carretera, desayunó, sacó un ratito a Tara que diera un paseo y llenó el depósito de gasolina.

Ese día hicieron otra parada para comer y tomar café y ella le echo en sus platos a la perra. Y la última parada la hicieron en el motel que tenía reservado, sacó las maletas y todo, por seguridad y durmieron a plomo.

Estaba cansadísima, había pedido una pizza para cenar, puso la televisión un rato, pero tenía las piernas muertas.

Al día siguiente siguió con la misma ruta y pararon en otro motel y el tercer día, llegó muy tarde, pensó parar en otro motel, pero le quedaban cinco horas y prefirió seguir hasta el rancho. Tenía la habitación reservada.

Llegó a las doce de la noche y aquello estaba movido, las luces encendidas, se oía música...

Paró en recepción y le dieron las llaves de su habitación. Y una carta con los horarios de la comida y otra con las actividades del mes. Buscó su cabaña y aparcó a la derecha, dónde estaba señalizado el aparcamiento de cada cabaña.

Abrió y sacó todo el equipaje y Tara correteaba como loca. Y una vez dentro, las luces encendidas, miró la cabaña, aunque estaba más que muerta ese día. Pero la cabaña era maravillosa, como un apartamento con todo lo necesario, al día siguiente lo miraría mejor. Se dio una ducha y se fueron a la cama y cayó rendida.

Al día siguiente se despertó a las once de la mañana. ¡Madre mía, sí que había dormido! Sacó a Tara, la dejó en la cabaña con sus cosas y fue a comer a la cafetería. Era tarde y casi quedaba una hora para comer en el salón, pero no podía esperar. Tenía un hambre mortal.

Entró y había algunas personas tomando café. Adela se sentó en uno de los asientos de piel y pidió a la camarera un desayuno completo.

—¿No ha desayunado esta mañana?

—Anoche llegué muy tarde, y no puse el despertador, estoy de vacaciones. Y la camarera le sonrió.

Entró en la cafetería un vaquero sexy, alto y rubio, con ojos azules, y un sombrero negro, impresionante. ¿Por qué le gustaba a ella ese tipo de hombre?

Sonrió con una sonrisa preciosa a la camarera y pidió un desayuno completo como ella. Miró la cafetería y la vio.

Se acercó a su lado y ella se sintió nerviosa.

—¡Hola forastera!

—¡Hola!

—¿Me puedo sentar?

—Como quieras...

—¿Qué tal?, soy Connor, —extendiéndole su mano demasiado suave para ser un vaquero y lo saludó —hijo de los dueños de este rancho vacacional. Como tú, no he tenido tiempo de desayunar esta mañana.

—Soy Adela y vengo de Boston. Llegue muy tarde anoche, he venido en coche y estaba muerta. Espero descansar aquí.

—¿De Boston? Eso es una buena tirada.

—Sí, dos días y medio, pero ha sido maravilloso recorrer los paisajes de los diversos estados. He venido con mi perrita.

—¡Madre mía! cuanto viaje, ¿vas a estar muchos días?

—22. Pienso pasar aquí las vacaciones —y en eso la camarera les puso el desayuno.

—Madre mía, esto sí es un desayuno —y Connor sonrió.

—Tu nombre es raro...

—Es español. Soy española, pero me vine con mis hermanos cuando era apenas adolescente,

con 16 años.

—Ya decía yo, es bonito. ¿Vas a apuntarte a algunas excursiones?

—Sí, a algunas. Primero desharé el equipaje y daré una vuelta, hoy de descanso y me compraré en la tienda unas botas y un sombrero —y Connor sonrió.

—Resérvame el primer baile esta noche —y Adela sonrió.

—¿No tienes novia ni estás casado?

—No, mujer, si no, no te lo pediría.

—Vale, no quiero que me echen un toro por aquí. —Y Connor se reía.

—¿A qué te dedicas en Boston?

—Soy ginecóloga en uno de los hospitales, el Mass y tú ¿qué haces?

—Echar una mano en mis vacaciones de verano a mis padres y hermanos. Me he cogido agosto. Y lo prefiero. Aquí me descargo del estrés.

—¿No vives en el rancho?, pareces un auténtico vaquero.

—Lo soy, he vivido siempre en vacaciones, pero no, me gusta el rancho y vengo siempre que puedo.

—¿Dónde vives entonces?

—En Nueva York.

—Muy cerca de Boston. Allí viven mis dos hermanos y mi cuñado.

—Cuatro horas y media. Entonces conocerás la ciudad.

—Sí voy al menos un par de veces al año, o cuando estoy depre.

—Mujer, no te deprimas. Aquí te quitarás todos los problemas.

—A eso he venido. Sí, ¿a qué te dedicas cuando no eres un vaquero? ¡Qué bueno está esto por Dios!

—Soy arquitecto y trabajamos mucho en Boston, casi por igual que en Nueva York.

—Nadie lo diría con esa ropa.

—Pues con traje estoy mejor.

—¡Qué vanidoso! —Le dijo bromeando.

—Es broma, pero no me queda más remedio, así que cuando vengo, disfruto de esto.

—Lo que he visto es precioso.

—Espero que te lo pases bien y vuelvas más de un verano. La playa está bien, pero esto es naturaleza viva.

—Lo sé, cuando lo vi en la agencia en el escaparate, me enamoré del rancho vacacional.

—Tienes que montar a caballo y las excursiones a caballo las llevo yo. Y las excursiones a pie, también. No me falles.

—No te fallaré. —Le dijo riendo.

Era tan guapo como extrovertido.

—¿Tienes novio?

—No, no tengo.

—¡Ah!, estupendo, ¿qué edad tienes?

—¡Qué preguntón eres!

—Sí, tengo ese defecto. El resto son virtudes. —Y ella se reía.

—26 ¿y tú?

—32, ¡qué joven, eres!

—Sí.

—Y con una cerrera ya.

—Y dos años de especialista. Era una chica lista.

—Me gustan las chicas listas. Bueno, tengo que dejarte, pero hablaremos esta noche. Te espero en el baile. Estás invitada a una copa.

—Gracias.

—El desayuno está pagado.

—Pero no puedo...

—Hasta luego guapa. —Y la dejó con la palabra en la boca.

Pero qué tipo más bueno, guapo, simpático y si ayudaba a sus padres en verano en vez de irse a otros lugares, era una buena persona. Debía ir con cuidado con las buenas personas.

No tenía novia, pero un tipazo así en Nueva York debía tener mujeres tras él a montones.

Un vaquero, lo que toda mujer sueña.

Basta de problemas, iba a ir a comprarse algo a la tienda y pasearía con Tara por los alrededores, después de deshacer la maleta.

A Connor, le gustó esa chica pequeña con ese pelo largo moreno y esos ojos color miel preciosos, grandes y exóticos.

Era inteligente y denotaba carácter, risueña y con una sonrisa preciosa. Le gustó. Había tenido una pequeña conversación con ella, pero esa noche bailarían con Adela. Quería conocerla.

Sin prisas Connor. —Se dijo.

Adela salió de la cafetería y se dirigió a la tienda. Había gente paseando. El rancho estaba animado y había grupos que iban o a montar a caballo o salir de excursión, porque veía filas. No había visto en las actividades lo que había ese día. De todas formas, se iba a quedar en la cabaña.

Se compró un sombrero vaquero, un par de pantalones vaqueros también que le gustaron, aunque ya traía ella en su maleta, unas botas, un chaleco de flecos y unas cuantas camisetas. Y en la tienda, botellas y algunas cosas de comida por si se perdía alguna comida.

Colocó toda la ropa y dejó en la mesa de la cabaña el cartelito de las actividades.

Tomó una mochila con su cartera y bolsitas para la perrita, y salió con ella de paseo. La perrilla iba loca de ver tanto campo.

Dio una vuelta al complejo, a las cuadras, la explanada que había con macetones que debía ser la pista de baile, porque había una altura donde debía tocar la orquesta, un bar al aire libre, una piscina más lejos en la que se estaban bañando algunos clientes y en la que se daría un baño antes de cenar. Y un local grande, que sería el comedor.

Aquello era como un hotel, precioso, con unas vistas incomparables y un clima estupendo.

Después de recorrer el complejo que tenía de todo, se fue a la cabaña y sacó al porche las cosas de Tara y se sentó con uno de los libros que se había comprado. Lo dejó en la mesa de madera junto con el móvil y se sentó en el balancín.

Tara se quiso poner en su regazo.

—Mimosilla... ¡Ven aquí!

La cogió, se balancearon mientras la perra se dormía ella cerró los ojos también y se quedaron dormidas.

No supo la hora que era, salvo que estaba en la gloria. Pensó en Luca, pero lo veía tan lejano de ella, tan distinto a cuando estuvo con él. Se enamoró de él, pero todo cambió a la vuelta de Asli.

Debía dejar de pensar en eso que le hacía daño y que estaba segura no volvería con él, porque lo conocía. Ella volvería y volverían a tener lo mismo hasta que se acostase con ella o conociera a otra que estuviese dispuesta, ella no lo estaba.

Y así mirando el horizonte se quedó dormida.

Cuando despertó, sintió una sensación de felicidad y a alguien observándola. Abrió mucho los ojos y Tara se despertó.

—¡Dios, qué susto me has dado Connor!

—¡Estás muy guapa cuando duermes!

—¿Qué haces ahí sentado en el escalón del porche?

—Observándote. No te he visto en el comedor y te he traído un sándwich de pavo y una cerveza. Me he traído otro para mí. No sufras, llevo solo cinco minutos, pero se te va a juntar la comida con la cena.

—¡Ay gracias! —y tomó el bocadillo y la cerveza y una servilleta que le dio.

—Me he quedado dormida. Además como desayuné tarde... Quiero probar esa piscina antes de la cena.

—¿Esa es tu perrita?

—Sí.

—¡Pero si es una cachorrilla pequeña!...

—Sí, a veces la meto en un bolso y vamos a todos sitios.

—¡Es preciosa!

—Y mimosa. ¿Ya has terminado tu jornada laboral?

—Ya. Ten en cuenta que mi familia no me deja hacer mucho, estoy de vacaciones, pero las excursiones y los paseos a caballo se los hago. Y algunas cosillas más por las mañanas.

—Me apuntaré cada día a una actividad.

—Hay varias excursiones distintas.

—Las haré, a eso he venido.

—Llévate a la perrilla y si se cansa la metes en la mochila.

—Sí, eso haré.

—Bueno cuéntame...

—¿Qué quieres que te cuentes?

—Cómo eres ginecóloga especialista desde hace casi tres años, tan joven.

—Iba un año adelantada. Por eso y me encantaba, sí que tomaba asignaturas del curso siguiente aparte del que llevaba.

—Qué mujer, con lo pequeña que eres, tener ese cerebritito...

—Sí —y se reía. —Me encanta la medicina.

—¿Te gusta vivir en Boston?

—Es frío en invierno, pero me encanta el frío. Antes vivía en Cambridge, pero en diciembre me compré una villa pequeña, y preciosa.

—¿Dónde? nosotros hicimos un complejo de villas en Boston hace dos años.

—Y cuando le dijo dónde era...

—Esas villas las diseñe yo. Todo el complejo.

—¿En serio?

—Sí. En serio.

—Pues la verdad tengo que decirte que tienes buen gusto. Son preciosas y asequibles.

—¿Cuál es la tuya?

—De las pequeñas, 166 metros cuadrados, no está mal. Bueno... Espera, te la enseño, tengo fotos en el móvil.

—¡Ah! esa es preciosa, la recuerdo. Igual que la mía pero más pequeña.

—Pues esta es la mía. Estoy encantada viviendo allí.

—Pues no es muy pequeña para una sola persona. Tiene tres dormitorios y dos salas abajo



—Sí, exacto.

—Te falta piscina.

—No importa, Tengo una de quita y pon.

—El patio es amplio. Me gusta que hayas elegido esa. Para ti sola es una gran casa.

—Y a mí. ¿Y qué más hacéis?

—Bibliotecas, reformamos hoteles, oficinas, de todo.

—¿Y tienes dos oficinas?

—Sí, una en Boston y otra en Nueva York. En esta última es más grande, allí tenemos la central.

—¿De verdad no tienes novia?

—No, ¿quieres serlo?

—¡Qué tonto! no es por eso. Es que eres joven, tienes un buen trabajo, eres guapo...

—Gracias, pero lo mismo podía decir de ti —dando un trago a la cerveza.

—Bueno, tuve una relación el año pasado de unos cinco meses.

—¿Y qué pasó?

—Es una larga historia.

—Me gustan las historias.

—Si quieres te la cuento, pero otro día. No quiero estropear nada esta tarde. Me molesta hablar de ello.

—¿Estuviste enamorada?

—Y desamorada. Digamos que me hice una idea de un hombre que luego no era lo que pensaba.

—¿Infel?

—No, nada de eso, demasiado bueno. Te lo contaré otro día.

—¡Está bien! Me gustaría conocer esa historia.

—Te la contaré. ¿Y tú?

—Nada serio. En la universidad tuve algo serio, pero después, viajo mucho. Paso meses o semanas en Boston, o en Nueva York, y a veces viajamos a Filadelfia o depende. Eso es complicado para tener una relación.

—Bueno depende.

—Sí, ya quiero tener hijos, no quiero ser un padre viejo. Así que si tengo suerte encontraré una buena mujer.

—Hay buenas chicas por ahí.

—No creas que tantas. Soy muy exigente.

—No me extraña.

—No en ese sentido —y se rio.

—¿Y dónde vives?, en Boston o en Nueva York

—Tengo un apartamento en Nueva York y una villa en Boston —y la miró fijamente.

—No me digas...

—Sí, es una de las villas de tu urbanización. Te acabo de decir que la tuya es igual que la mía, pero más pequeña. La mía es más grande.

—No me he dado cuenta perdona. Pero ¿Cómo?, bueno, no te he visto, porque no conozco apenas a nadie, saludo a algunos vecinos, pero no conozco a todo el mundo en la urbanización.

—La mía es más grande, pero poco más. Tiene piscina, es algo más amplia abajo, pero igual con más metros y arriba, como la hice para mí, cuatro dormitorios con vestidor y baño todos. Y me hice un pequeño sótano abajo como gimnasio.

—¡Anda! Debe ser enorme.

—Te invitaré a verla cuando volvamos y esté en Boston. Estoy muy cerca.

—¡Somos vecinos!

—Sí, así que me tendrás que invitar a comer por la casa preciosa que te he diseñado.

—Sí, pero la estoy pagando...

Y Connor se rio con ganas

—Te invitaré. ¿Has probado la cocina española?

—No, la verdad.

—Pues te haré comida española cuando te invite.

—Vaya, vaya, eres mi vecina. ¡Qué casualidad! Además sabes cocinar.

—Sí, es una casualidad. Sé hacer de comer porque tengo que comer, hombre.

—No todas las mujeres saben,

—Ni todos los hombres.

—Cierto, pero yo sí sé hacer mis pinitos en la cocina.

—¡Qué buen partido eres!

—Iré a verte en octubre, en septiembre tengo trabajo en Nueva York el mes entero. ¿Me das tu teléfono?

—Claro. Y se intercambiaron los teléfonos.

—Gracias por la comida.

—De nada mujer. ¿Vas a bañarte en la piscina?

—Sí, iré en una hora, que luego me dé tiempo de arreglarme para ese gran baile.

—No te lo pierdas, ni la copa.

—¿Va la gente muy arreglada?, quiero decir como en los hoteles.

—No mujer, esto es un rancho, vaqueros y botas, blusa o camiseta con mucho escote —y ella reía.

—Eres gracioso.

—Eso dice mi madre. Te los presentaré esta noche, a mis hermanos y a mi madre.

—¿Es normal que los conozca?

—Claro, todos los clientes los conocen.

—Bueno, me encantará conocerlos.

—¿Te importa que te acompañe a la piscina?

—No, no me importa, si has acabado tu trabajo. No quiero que por mi culpa no trabajes.

—Trabajo hasta medio día, porque me levanto a las cinco de la mañana para las excursiones a pie y luego a caballo una hora.

—¡Ah bueno!, pues quedamos en la piscina en una hora o así.

—Vale guapa. Te dejo entonces, voy a preparar las actividades de mañana y nos vemos.

—Hasta luego Connor.

Había vuelto. Eso quería decir que se había fijado en ella y era su vecino, ¡Dios, esperaba que no tuviese una ex o una novia despechada! La historia no podía volver a repetirse,

Joder qué guapo era y hacía muchos meses que no hacía el amor. Y desde luego llegado el caso, no iba a decir que no. Y menos a un tipo así.

Al cabo de una hora estaba en la piscina con un bikini blanco sexy, un vestido playero y unas chanclas. Había dejado a la perrita en su cama, luego la sacaría por la noche antes de irse a tomar una copa y a cenar.

Se sentó en una tumbona y se quitó el vestido, las chancas y se fue al grifo antes de meterse.

—Vamos española. Le dijo en un castellano perfecto, metido en el agua.

—¿Sabes español?

—Sí, afortunadamente para ti. Si no queremos que nadie se entere de lo que hablamos, probamos a hablar el idioma.

—Vale, me parece buena idea.

—Venga cobardica, tírate —y ella se tiró a la piscina a su lado.

—Te echo una carrera...

—Que estoy muerta Connor.

—Vamos —y fue nadando por toda la piscina tras Connor hasta pararse en el borde.

—¡Oh Dios!, estoy muerta. No podría ganarte. Eres más alto que yo.

—Eso sí.

—El agua está magnífica.

—Dentro de una hora empezará hacer fresco, espero que hayas traído una rebeca, chaqueta o algo similar.

—Sí, vi el tiempo.

—Las noches son frescas. —La cogió a pulso y la tiró al agua más allá.

—¡Ay Connor! —Y este se rio.

—Venga española demuestra lo que vales.

—Te voy a dar un tortazo. —Le dijo en español y Connor se reía y se divertía con ella. Se acercó a ella y la miró hacia abajo.

—Me gusta ese bikini blanco.

—¿Estás ligando conmigo?

—¿Tendría éxito?

—Prueba.

—Es un buen principio. Me caes bien.

Cuando se cansaron de nadar, salieron y ella se puso la toalla por encima y se sentó en la tumbona, Connor se sentó a su lado.

—¿Cómo viniste aquí a Estados Unidos?

—Mis padres murieron y mi hermano mayor Dani, siempre quiso ser policía en Nueva York, veía muchas series, —sonrió. Así que nos vinimos, vendió la casa familiar, alquilamos un piso pequeño en Brooklyn. Mi hermana Sofía no quiso estudiar y ahora trabaja en Manhattan en una joyería importante, está casada y tiene dos niños. Y mi hermano cumplió su sueño. Se compró un apartamento y es policía de Brooklyn. Mi hermana vive en Manhattan y yo terminé el instituto y obtuve una beca para estudiar en Harvard. Y allí estuve todos los años desde los 17, interna y luego me contrataron en el hospital en Boston. Sin embargo me gustaba Cambridge y alquilé una pequeña casita, e iba y venía todos los días. Hace dos años me hicieron fija en el hospital y pensé venirme a Boston cuando tuve un accidente. Y se lo contó.

—Vaya, por un gato.

—Sí, y ahí conocí a Luca. Pero traía más mochilas a sus espaldas de las que yo podía soportar.

—¿Y eso?

—¿Quieres saberlo de verdad?

—Sí, quiero, tenemos tiempo.

Y le contó toda la historia obviando las relaciones sexuales, no tenía por qué saber que fue virgen con Luca.

—Yo no puedo llevar esa mochila. No sé si es que soy mala persona, pero al no elegirme, me decepcioné. Y terminamos. Y hace tres días estuvo en mi casa, lo había dejado con el niño y quería volver y que yo lo cuidase y adoptarlo entre los dos.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no. A mí, no me importaría cuidar o adoptar un niño de otra persona, pero no de ella, sabiendo que cualquier día puede venir y allí está él. No es mi historia esa. Es la suya.

—Creo que no eres mala, lo que no eres es tonta.

—Gracias.

—Quiero ser feliz, no quiero sufrir. Y creo que tengo derecho a ello. Aunque sepa que hay sufrimientos, pero no voy a dejar a mi hombre salir en medio de la noche para ir por un simple resfriado a casa de su ex, lo siento.

—Yo no lo haría. Me pongo en tu lugar y siendo objetivo, es lo mejor que hiciste, no mereces un tipo así, por muy bueno que sea.

—Sí, es una buena persona, pero su enganche por ella... Cualquiera día le trae otro hijo. Así que ya no es el hombre que conocí ni del que me enamoré, sino una persona que pasó por mi vida y nada más. En el fondo me da pena que ella lo utilice.

—Pues sí. Ahora te relajas y vives. Verás que vas con las pilas cargadas.

—Bueno, de eso hace ya casi un año.

—¿Y no has tenido más chicos?

—No, quería descansar un poco, volver renovada y salir de nuevo y conocer a gente nueva.

—Es lo mejor que puedes hacer.

—¿Cuánto hace de tu última conquista?

—¡Qué pilla! Pues hace unos tres meses. Fue una chica que conocí en Filadelfia. Cuando me enteré de que estaba casada, adiós, Leslie.

—¿Cómo es la gente!

—Sí, así es.

—Bueno, creo que me voy a ir a sacar a la perrita y me ducharé para la cena y el baile.

—Nos vemos. En la comida te presento a mi familia.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Tres hermanos y una hermana.

—¡Dios mío!

—Soy el más pequeño de todos, el mimado.

—¡Qué cara, el niño mimado!

—Soy un trabajador nato. Te diré antes de irte, dónde tengo mis oficinas y cuando vaya a Boston te las enseño.

—Me parece bien. Puedo darte cita para la ginecóloga.

—Ay no déjalo, —y se reía. —¡Qué mala eres!

—Anda, nos vemos luego.

—¡Adiós pequeña española!

—¡Adiós vaquero grande!

—¡Cachonda! —le dijo en español.

—¡Ey! esa palabra es española y tiene dos significados.

—¿Dos?

—Sí, ¿cuál es el otro?

—Ya te lo diré un día.

—¡Joder, Adela! —Y ella cerró la puerta riéndose.

## CAPÍTULO SIETE

Adela entró al salón comedor por primera vez. Era precioso y estilo ranchero. Las mesas bien adornadas y tenía un self service. Así que era bien sencillo. Tomó una bandeja y allí fue metiendo los platos que le parecieron apetecibles, con una ensalada delante. No iba a mirar la dieta en vacaciones. Tenía todo una pinta magnífica.

Cuando iba con su bandeja, Connor la vio y la llamó para que se sentara en una mesa donde había un grupo de personas que seguramente serán su familia.

—¡Hola!, saludó a los que estaban sentados alrededor de la mesa y él la dejó a su lado un asiento para que se sentara. Puso en la mesa su bandeja y Connor la fue presentando a su familia, su madre, su padre, sus hermanos, cuñadas y su hermana.

—A todos les fue dando la mano.

—¡Encantada Adela!

—Lo mismo digo —fue diciendo conforme los saludaba.

—Los niños andan por ahí en otra mesa —le dijo la hermana de Connor

—Es el último cliente que ha entrado, dijo Connor.

—¿De dónde vienes? —le preguntó el padre.

—De Boston.

—¡Anda!, mi hijo trabaja allí también.

—Sí, me lo ha dicho, mi casa la diseñó él y además, sin saberlo, vive cerca en otra villa de la misma urbanización. Su casa es igual que la mía salvo que más grande, o eso dice.

—¿En serio? —dijo la madre, —estupendo, ¿por eso has venido?

—No, señora —vi el rancho en una agencia de viajes y me encantó, es precioso. He conocido a su hijo aquí.

—Ya verás cuando vayas a las excursiones. Te encantarán.

—Ya me he apuntado mañana por la mañana para ir a la primera. Otro día iré a montar a caballo, al rodeo, a los juegos.

—Estupendo —dijo la madre.

—Y quiero ir también a ver las cataratas. Si me dejan con la perrita que tengo. Espero que al ser tan pequeñita me dejen llevarla.

—Seguro que sí, sale de aquí el autobús —dijo uno de sus hermanos.

—No importa, si no me dejan, voy un día en mi coche.

—También puedes hacerlo. Pero lo pasarás mejor si vas con gente que sola.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó la hermana de Connor mientras comían.

—Soy ginecóloga en un hospital de Boston.

—Vaya nunca lo había imaginado.

—Pues lo soy.

—Es que te veo tan joven...

—Ya no soy tan joven, tengo 3 años de experiencia ya.

—¿Tienes hermanos? —le preguntaba la familia que querían saberlo todo.

—Sí dos pero están en Nueva York, a veces voy a verlos. Ellos tienes menos tiempo de venir a

visitarme a Boston. Mi hermana está casada y tiene dos hijos y mi hermano es policía.

—Te están haciendo un cuestionario en toda regla —Le dijo Connor al oído.

—Ya veo, pero no me importa contestar, son en cantadores.

—Menos mal, por un momento pensé que estabas incómoda.

—No, para nada, como siempre estoy sola, el estar acompañada, me encanta.

—Gracias. ¿Te gusta la comida?

—Está buenísima, pero creo que me he echado demasiada cantidad.

—Come, estás delgada...

—Comeré, ya que está tan bueno. —y él la miró sonriendo.

—Eres la primera invitada que siento en nuestra mesa.

—¡Connor! ¿Y eso por qué?

—Porque todo el mundo viene en pareja, excepto algunos hombres y no jóvenes y tú estás solita.

—Vengo a estar solita.

—Venga, no seas tonta, no te voy a dejar sola. ¿Entonces vienes mañana a la excursión?

—Sí, me he apuntado cuando venía a cenar.

—Salimos a las seis, lleva agua y una mochila, la comida la llevamos nosotros y desayunaremos en el campo, te traes a Tara y si se cansa, la metes en la mochila.

—Sí, esa no se va a quedar todo el tiempo sola. Quiero que disfrute del campo.

—Quedamos en la explanada, no te duermas.

—Pondré la alarma del móvil, no te preocupes.

Mientras ellos hablaban, su familia departía y a veces los miraban y cuchicheaban. Ella pensó que creían que salían juntos o algo así.

—¿Tu familia cree que hay algo entre nosotros? —le dijo despacio acercándose a él.

—Imagino. —Sin darle importancia.

—¿Lo has hecho por eso?

—Lo he hecho por ti, de todas formas, por más que les diga, van a pensar lo que quieran.

—Muy bien. Eres tremendo.

—Cuando acabaron de comer, Connor la invito a dar un paseo, antes de tomar una copa y de que empezara el baile. Se despidió de la familia de Connor.

—Llevas vaqueros... —Le dijo Connor.

—Y botas, mira son nuevas, me las compré en la tienda. —Y él sonreía.

—Una vaquera auténtica. No llevas demasiado escote.

—Un poco solo, ¿creías que iba a hacerte caso? —y se reía. ¿Mañana, zapatillas o botas?

—Botas mejor, por la hierba que pueda haber seca. No querrás tener arañazos en las piernas.

—¡Está bien, te haré caso!

—Si te metes los vaqueros en las botas mejor.

—Perfecto.

—Eres muy guapa, y me gusta ese pelo largo que tienes.

—Gracias, a mí me gustan tus ojos azules. Me hubiese gustado tenerlos verdes o azules como mi madre. Sin embargo, todos tenemos los ojos marrones de mi padre.

—Los tuyos son más bonitos.

—No creo.

—¿Nos vamos a pelear por lo guapos que somos? —y Adela se echó a reír.

—¡Qué cosas tienes!

—Es que eres preciosa.

—¿Estás ligando de nuevo conmigo?

—Sí. Eso es.

—¿Porque no hay nadie soltera de momento?

—Aunque las hubiera, me hubiese fijado en ti. Tienes algo especial.

—¿Es por mi altura?

—Posiblemente —le dijo bromeando. —A algunos hombres altos, nos gustan bajitas.

—A todas las mujeres nos gustan los hombres altos.

—Ya tenemos algo en común. Volvamos, que se oye la música. Vamos a tomar una copa y a bailar.

—Venga.

Lo pasó fenomenal con Connor. Era tan guapo y tan alto como divertido y además inteligente. Se tomaron dos copas y bailaron juntos. Ella sentía su cuerpo duro y fuerte y sintió su excitación dura contra su vientre. Y se sintió húmeda tras muchos meses de abstinencia sexual y ese vaquero era tan sexy...

—¡Qué bien hueles!

—Tú también —y se puso roja —gracias que él no se dio cuenta. Era de noche, pero Connor, sintió su timidez y ya le gustaría quitársela.

Cuando todo acabó, se quedaron casi los últimos y Connor, la acompañó a la cabaña. Ella abrió la puerta y Tara salió como una loca.

—Bueno, Connor, ha sido un día magnífico y una noche maravillosa. Gracias por acompañarme.

—De nada, te espero mañana temprano y a ti también cachorra, —le dijo a la perrita.

Y antes de irse, bajó a sus labios y la besó. Fue un roce, pero fue caliente e intenso.

—Buenas noches chiquita.

—Buenas noches Connor.

¿Qué había pasado?, le había dado un beso en los labios el primer día de vacaciones y aún le quedaban veintiuno. ¡Cómo le gustó ese beso caliente y húmedo! y eso que no había sentido su boca, solo sus labios, pero presentía que era un hombre que hacía las cosas cada una a su tiempo. Y estaba deseando esperar ese tiempo porque había química entre ellos, al menos por su parte. Era inevitable.

Mientras se quitaba la ropa pensó en si haría el amor con Connor. Le gustaría, pero tendría que protegerse. Hacía cuatro meses que había dejado de tomar las pastillas anticonceptivas y de todas formas, se protegería por si acaso.

Quiso descansar un año de pastillas, porque últimamente se ponía nerviosa con lo que había tenido con Luca y las dejó. Más adelante si tenía un compañero de nuevo, empezaría tomar unas nuevas que tenían menos contraindicaciones. Su cuerpo se lo agradecía. Y además era joven.

Quería probar otro cuerpo, otro hombre. Después de tener sexo con Luca, lo necesitaba. Sentir un cuerpo sobre el suyo, o bajo el suyo... no le diría que no, era libre. Pero se conocía y hasta que Connor no se lo propusiera ella, no era mojigata pero tampoco era una chica que fuera tras los hombres. No era lanzada.

Por la mañana estaba allí con su mochila, la perrita y vestida, llevaba una rebeca, ya que hacía fresco por la mañana. Estaba amaneciendo y los colores anaranjados, amarillos y azules hacían en el cielo un arco colorido que invitaba a admirarlo.

Había un grupo de gente, de al menos 20 personas, y era cierto que la mayoría eran parejas y

dos o tres señores de unos cincuenta años, amigos todos. Hizo buen tándem con ellos y todos querían ayudarla.

Connor, movía la cabeza. Dio las instrucciones necesarias y empezaron a andar por un sendero hacía arriba. Adela llevaba la mochila delante para ver a Tara que de vez en cuando cerraba los ojos. ¡Qué cara tenía! Iba a gusto y calentita, le puso en la mochila una mantita pequeña e iba metida dentro, solo asomaba la cabeza y el hociquito.

Connor iba delante y ella se adelantó al cabo de media hora y se puso a su lado.

—Te han salido pretendientes... —le dijo guasón.

—Unos cuantos de cincuenta, suelo gustar a los mayores. —y Connor se reía.

—Qué, ¿que te parece el paisaje?

—Maravilloso, me encanta la excursión.

—Mira que tenemos unas tres horas...

—No me importa. Me vendrá bien. Voy a sacar fotos.

Al cabo de hora y media de andar, pararon en una especie de paraje donde hicieron el desayuno y comieron. Adela conoció a unas cuantas parejas y lo pasaron de maravilla.

—¿Qué tal vas? —le preguntó Connor

—Estupendamente. Me encanta —y sonrió.

—Espero que no te arrepientas de estas vacaciones.

—Ni loca. Esto es lo que buscaba.

—Pues venga, que nos quedan al menos otras dos horas para llegar a la cima.

—¿Pues no era hora y media?

—Depende del ritmo del grupo.

—Somos los más lentos...

—Hay otros más lentos, pero no tenemos prisa. Estaremos en el rancho para la hora del almuerzo.

—Ella había sacado a Tara un ratito mientras comían y comió de todo. Todo el mundo estaba encantado con la perrita tan pequeña y correteó contenta. Era la mascota del grupo.

La subió de nuevo a la mochila y reanudaron la marcha.

Cuando llegaron a lo más alto del rancho, el paraje era una maravilla de la naturaleza. Los pinares quedaban dentro del rancho, al menos una parte y olían tan bien...

Allí descansaron media hora, tomaron agua, y zumos y se oteaba un paisaje de 360 grados, perfecto. Adela hizo un montón de fotos con el móvil y Connor, le hizo algunas con la perrita, sola, desde diversos ángulos e incluso se hizo un par de ellas con él. Y todo el grupo. Todo el mundo quería echarse fotos con Connor y ella no iba a ser distinta.

Era una persona divertida y maravillosa y fueron riendo todo el camino. También contó la historia de su familia, cómo convirtieron el rancho de ganado de sus abuelos y padres en un rancho de recreo que él mismo diseñó en cuanto terminó arquitectura. Fue su primer trabajo. Y la gente se reía cuando le dijeron que no había cobrado un dólar y encima venía a trabajar gratis en vacaciones.

Había gente de Nueva York, del centro del país e incluso de los Ángeles, algunos canadienses y estaban encantados.

Cuando volvieron al rancho, fue a darse una ducha, se puso unas mallas cortas y unas zapatillas, un top de tirantes y dejó a Tara dormida en su camita.

Entró en el comedor, pero no vio a Connor, y cuando acabó se fue a la cabaña, cerró la ventana del dormitorio y puso el aire acondicionado, se echó una buena siesta, y como el día anterior, sacó a Tara y se fue a la piscina. Tampoco lo vio. Y lo echó de menos. Era extraño.



Quería verlo. Estaba como una adolescente que quería ver a un chico que le gustaba. En realidad le gustaba ese hombre aunque fuese mayor que ella. También Luca le llevaba cinco años, cinco o seis no era nada. Y a ella le gustaban los hombres con unos años más de los que ella tenía.

Pero es que le gustaba Connor en menos de un día. En cuanto lo vio con esos ojos azules y ese pelo rubio, esa barba de tres días y esa sonrisa maravillosamente sexy. ¡Oh Dios!... Fue un flechazo, química pura.

Era como todas, le gustaban los tíos buenos, pero es que Connor tenía más cualidades. Y otras que le gustaría descubrir.

Después de darse unos largos en la piscina, se tumbó en la tumbona con los ojos cerrados.

Así estuvo un rato hasta que sintió una presencia. Abrió los ojos y lo vio frente a ella. Puso las manos sobre los ojos para verlo bien.

—¿No piensas meterte en el agua? —le dijo Connor que la estaba observando. Llevaba puesto un bikini amarillo —a esa mujer le gustaba los bikinis sexy y coloridos. Pero tenía un cuerpecito de escándalo que ya le gustaría a él probar.

—Hace cinco minutos que he salido.

—Venga vamos al agua.

—Está bien y tiró de su mano y la empujó a la piscina.

—¡Ay!... maldito, te vas a enterar —y Connor se reía. Al menos no se enfadaba. Era una mujer natural y sencilla.

—Cuando sacó la cabeza del agua Connor estaba a su lado.

—¿Qué piensas hacerme eh? —acercándose a ella demasiado, tanto que sentía el calor de su sexo bajo el agua fría.

—Matarte y hacerte cachitos —y se reía a carcajadas.

—Tenemos una asesina en serie en el rancho.

—No te fíes.

—Lo tendré en cuenta y la cogió de la cintura de nuevo y la tiró más adelante.

Y ella se reía. Y cuando estuvo a su altura le dio en el hombro.

—Ay, bruja malvada, venga una carrera.

—Claro, siempre quieres echarla conmigo porque te gusta ganar.

—Reconozco ser competitivo, depende del premio.

—Aquí no ganamos nada.

—Nunca se sabe. ¿Cenamos juntos esta noche?

—¿Es una cita?

—Sí, sin familia, un paseo como ayer y baile. ¿Qué más puede pedir una chica de Boston?

—Tengo una lista inmensa de peticiones.

—Dime algunas, a lo mejor puedo cumplir alguna petición de tu lista.

—Eres un guasón Connor. Un ligón.

—Se quedó serio mirándola.

—No, no lo soy.

—Te has puesto serio. Siento si te he molestado.

—Sí, no me gusta que me encajen en ese concepto.

—Lo siento, estaba bromeando.

—Sí que lo vas a sentir, —y la tiro de nuevo al agua.

—Connor... ¡ay!... ¿crees que soy una muñeca de trapo?

—No, solo una muñeca que me gusta bastante. —Y ella se puso roja.

—Te has puesto colorada, mujer.

—Sí, un poco, no estoy acostumbrada a que me digan los hombres nada.

—¿Y tu antiguo novio?

—Hace casi un año, hombre.

—Me gusta que te pongas roja por mí.

—¡Qué tonto!

—¿Entonces cenamos?

—Sí, no tengo más opciones que eso o cenar sola.

—Vaya, es porque no hay opciones.

—Hay una, cenar sola, pero prefiero cenar con un vaquero sexy.

—¿Sexy? —y se reía.

—Sí, ríete de mí encima.

—No, creo que encima de ti, no me reiría tanto. Anda salgamos o nos vamos a quedar arrugados. Tengo que irme, pero te espero en el comedor a las ocho.

—Está bien. —Dijo ella sorprendida por esas últimas palabras.

—¡Adiós guapa!

Esa noche cenaron solos en una mesa. Connor, la esperaba sentado en el comedor cuando ella llegó, con las botas y un vestido precioso, negro con un poco de vuelo en la falda y estrecho en el cuerpo que marcaba sus pechos. Y Connor, la vio preciosa. Levantó la mano para saludarla, ya que el comedor estaba lleno y ella, al verlo, sonrió y fue a su encuentro. Se sentó frente a él.

—¡Hola Connor! ¿Mesa para dos?

—Claro mujer, no vamos a dentarnos en una de seis. Así es más romántico.

—¿Eres un romántico?

—Soy sexual y romántico, sí, pero, no un blandengue, soy un vaquero duro.

—¡Qué payaso eres!

—Y tú, ¿eres romántica?

—Soy romántica y me gusta, sí.

—De esas que quieren que les lleven flores y bombones y les paguen la cuenta —y ella se rio.

—No, lo de la cuenta... me gusta a medias o unas veces uno y otras otro. No tengo tanta cara como para eso y tengo mi propio dinero. Me puedo permitir una cena de vez en cuando. Además no me gusta deber nada a nadie.

—¿Eres feminista?

—Tampoco. Soy yo, simplemente. Hay cosas que me agradan y otras que prefiero compartir. Soy bastante generosa. Y esta cena la tengo pagada listillo.

Y Connor se reía.

—Cierto. Pero me debes una comida española y yo te invitaré a cenar fuera cuando volvamos. Bueno, si seguimos en contacto, ya sabes que tengo un mes asfixiante cuando llegue a Nueva York.

—¿Cuándo te vas?

—El 29.

—Has venido en avión.

—Sí, no como tú, viajera.

—Era por ver los paisajes de los demás estados y por Tara. Y he disfrutado mucho, aunque es cansado.

—Me vas a dejar una semana solo, como no lleguen algunas chicas guapas...

—Seguro que te le las arreglarás.

—Vamos a por la comida. Se levantaron y tomaron las bandejas con la comida y la bebida y se volvieron a sentar.

—Oye Adela.  
—Dime...  
—¿Solo te has enamorado una vez?  
—Sí, solo una, nada de chicos en el instituto o la universidad. No sé por qué pero no los hubo  
—¿Nada de nada?  
—Nada de nada.  
—¿Fuiste virgen con el bombero? —acercándose a ella desde el otro lado sorprendido.  
—Deje de ser virgen con el bombero, sí.  
—Joder, por un año... —y se reía Adela.  
—¿Quieres acostarte con una virgen?  
—No, quiero acostarme contigo y no te pongas roja. Sabes que hay química entre nosotros, no somos unos niños.  
—No, no lo somos. Y sé que hay química.  
—Por eso me jode.  
—¿El qué?  
—Haber llegado un poco tarde. Me hubiese gustado ser tu primer hombre, en serio.  
—Eso no es importante. Estuve enamorada de él, es una excelente persona, un buen hombre, guapo, y demás, pero comprendí que me gustan con más arrojo, que luchen por mí.  
—¿Tú luchaste por él?  
—No, lo reconozco, eso era una lucha perdida. Si un hombre no te elige a ti... Ten en cuenta que ellos llevaban doce años y diez casados. Eso es un enganche y un muro infranqueable. Una batalla perdida.  
—Supongo que sí o no.  
—Bueno, el caso es que me enamore y me desenamore, aunque fuese el primero. Ya no siento lo mismo, pienso que fue un hombre que pasó por mi vida y fui feliz mientras duró y no quiero seguir con él y sus problemas insolucionables.  
—¿Eran buenas las relaciones sexuales?  
—Connor, eso no te lo voy a contar.  
—¡Joder Adela!, ¿y si tenemos nosotros? Un hombre también tiene miedo de no estar a la altura y no quiero que me comparen.  
—No hemos tenido relaciones aún para eso.  
—Pero quiero tenerlas contigo, esta noche  
—Connor...  
—No me gustan los juegos Adela, te lo digo en serio. Me gustaste en el momento en que te vi. Tengo 32 años y me gustas mucho, al menos dime si me deseas como yo a ti.  
—Sí —bajando la cabeza.  
—Pues eso me pasa.  
—Pues yo también tengo miedo, que lo sepas. Si eres el segundo, me siento como la primera vez.  
—Uf, madre mía, Adelita. Tengo 32 años y me haces sentir como un adolescente inseguro y nunca lo he sido en ese aspecto. Pienso en ti y me pones nervioso.  
—Pues no pienses. Vamos a cenar, y luego a dar un paseo. Tengo la cara ardiendo mientras pienso en tener sexo contigo.  
—Ay Adelita, ¿qué vamos a hacer?  
—Ya veremos, vamos a comer.  
—Esta noche no bailamos, eso seguro.

—Eres un impulsivo.

—Te aseguro que no, impaciente puede, pero impulsivo no, pero eres la primera mujer, que me pone así, duro y nervioso a la vez. ¿Cómo te pongo yo?

—No quieras saberlo.

—Quiero saberlo.

—Soy tímida hablando de estas cosas. Tú eres muy natural.

—Porque me parece que te conozco de toda la vida y conecto contigo.

—Eso sí que me pasa contigo, pero es que hace dos días que vine.

—¿Y qué culpa tengo yo de sentir esto?

—La misma que yo.

—Eso es un flechazo en toda regla. Me has mandado a cupido, bruja.

—Yo no he hecho nada.

—Termina ya el postre.

—Dame tiempo impaciente.

—No tardes.

Cuando acabaron, salieron a dar un paseo en la oscuridad del rancho y él la tomó de la mano y entrelazó sus dedos.

—¿Es frío o estás temblando? —le preguntó Connor.

—Creo que son nervios.

—Vamos a solucionar eso —y se dirigieron a la cabaña de Adela.

Abrió la puerta y entraron y al cerrarla, él la tomó en sus brazos y la besó, en los labios y despacio, tan lento que a ella le parecía una eternidad y deseaba más y metió su lengua en la boca de Adela danzando en un juego de lenguas, y la arrimó a su dureza levantándola, para que sintiera lo que le hacía, acariciaba su pelo y la dejó en el suelo y con sus manos levantó el vestido y llegó a su sexo desnudo, húmedo y hambriento.

—Nena... Uff —y lo tocó moviéndolo lo suficiente como para desabrocharse los pantalones y sacar su miembro duro y grande.

Tomó la mano de Adela y la llevó a su pene, duro y listo y ella tocó su piel de terciopelo. Ese vaquero estaba bien dotado y ella sentía dolor en su sexo por tenerlo dentro. Connor se puso un preservativo y la subió a horcajadas, apartó el tanga que llevaba y entró en ella apoyándose en la pared, al lado de la puerta y entró en ella, primero despacio, mordiendo sus pezones por encima de la tela del vestido, y luego embistió más rápido, gimiendo poderoso por tenerla y ella gemía por tenerlo, hasta que estallaron en un orgasmo sin fin.

Cuando acabaron, mientras recobraban las respiraciones, puso su frente en la de Adela y la besó y miró cómo estaba azorada, guapa y supo que lo que sintieron era mutuo. La bajó despacio.

—Ahora vengo —y fue al baño.

—Cuando volvió, ella estaba sentada en el sofá.

—Ven guapa —aún no hemos acabado y tenemos que hablar.

Y se la llevó al dormitorio de la cabaña, la desvistió despacio...

—Quiero verte desnuda.

—No soy, una...

—Shh —eres preciosa para mí. Ha sido maravilloso.

—Lo ha sido.

—¿Sin comparaciones?

—Ni por un segundo —y Connor sonrió con esa sonrisa preciosa que a ella la enamoraba.

—Me da vergüenza estar desnuda delante de ti.

—No seas tonta. Me encantan tus pechos y esos pezones duros y grandes. Y tu sexo.

Y él se desvistió y ella vio ese cuerpo de escándalo que tenía.

—Eres guapo y tienes un cuerpo perfecto

—Tienes la capacidad de ponerme rojo a mí también.

—¿Seguro?

—Me gustas.

—Y tú a mi chiquita.

Y se tumbaron en la cama y él la abrazó y acarició un rato hasta que estaba duro de nuevo, lamió sus pezones, y ella se moría, su cuerpo cálida y templado, ardiente y que la ponía la carne de gallina. Sí que tenía experiencia y lo supo cuando la tocaba donde ella era arcilla y arena fina. Y sus gemidos volvían loco a Connor.

—Si gimes así, me vuelves loco Adela.

—Es que no te aguanto. Y se puso otro preservativo y se colocó encima de ella, que abrió sus piernas para acogerlo en su interior y llegar a sentir lo que había sentido en el salón.

—Dios Connor, oh Dios, mientras la penetraba una y otra vez y cuando Connor sintió que llegaba al orgasmo, siguió para que ella lo tuviera y continuó hasta lograr arrancarle un segundo orgasmo que la dejó temblando y en ese segundo orgasmo él la acompañó.

Se retiró a un lado y fue al baño y volvió de nuevo. La atrajo a su lado al echarse en la cama y ella puso un pie encima de los suyos y la cabeza en su hombro acariciando su pecho

—Es la primera vez que tengo dos orgasmos seguidos —recobrando el aire en sus pulmones.

—Es que soy bueno —y ella le dio un beso en el pecho y Connor se sintió satisfecho. —Me gusta que haya sido conmigo. Al menos en algo he sido el primero.

—Y a mí. Eres muy bueno sexualmente.

—¿Mejor que el primero?

—Eres buenísimo.

—¡Mala!

—Es que somos dos aquí en esta cama.

—Tienes razón chiquita.

—No te preocupes tanto por eso, ha sido maravilloso y excitante, erótico...

—¿Ha sido?, no hemos acabado.

—Me lo temía.

—Ahora ¿qué voy a hacer? me tendré que venir todas las noches a tu cabaña y levantarme temprano, voy a terminar muerto pequeña, no dormiré nada.

—¡Échate una siesta al mediodía!

—Sí, eso tendré que hacerlo sin remedio. Tengo que cumplirte.

—¡Qué cosas tienes! —riendo.

—¿Qué piensas chiquita?

—No quiero pensar, quiero sentir. Estoy feliz aquí contigo. Me siento completa, en serio. Creo que eres un hombre con mucha experiencia sexual. Y me siento bien contigo.

—No creas nena, no tanta.

—Entonces eres muy bueno.

—¿Te lo parezco?

—Lo eres y lo sabes. Has estado con más mujeres y seguro que eran muy buenas y yo, apenas tengo experiencia de unos meses.

—Eso no me importa guapa. Al contrario, me gusta que no hayas estado con muchos hombres. Eso denota que eres exigente, que seleccionas y que me gusta cómo eres, que no te acuestas con

cualquiera.

—Y tú, ¿cómo seleccionas?

—Pues también soy exigente, pero nunca he encontrado a nadie como tú, porque a pesar de ser como eres, eres demasiado joven, ingenua, y más inexperta y eso me encanta.

—Porque vas a enseñarme, machista.

—Podría, claro que no me tengo por vanidoso, pero tengo más experiencia, pero el tema es que me encantas y me respondes. Y quiero que aprendas conmigo.

—¿Quieres decir que esto no se acaba aquí?

—No me gustaría. ¿Y a ti?

—Tampoco, pero pensé que tú querías terminar aquí esto, pero ¿no es una locura Connor? acabamos de conocernos, apenas hemos hecho el amor dos veces y estamos pensando en el futuro. Menos mal que a corto plazo.

—Yo, soy así. Al menos contigo. Si nos va bien aquí, podemos vernos cuando volvamos, claro que un mes estaremos separados, pero hablamos o si me escapo un fin de semana voy a verte y me temo que lo haré. Me seduces demasiado.

—¿No me mientes?

—Nunca lo haría, si quisiera solo una noche contigo o dos, te lo diría sin complejos, pero no es eso.

—Para mí tampoco.

—Eso me encanta. Al menos estamos de acuerdo. Me gusta tu piel...Acariciando su cuerpo desnudo.

—Y a mí la tuya y bajó al sexo de Connor y lo tocó y se puso tieso en un segundo.

—¿Qué haces Adelita?

—Coger experiencia.

—Loca, si me haces eso me matarás.

—No quiero que te mueras salvo de placer. Eres muy joven y quiero hacer el amor contigo muchas veces.

Y ella lamió su miembro con la lengua en toda su longitud y lo sintió estremecerse.

—Ay Adelita, nena, por Dios y ella seguía lamiendo y chupándolo y lo metió en la boca y le daba mordisquitos y Connor, se volvía loco y gemía y cuando iba a correrse, se incorporó para apartarla, pero ella no quiso.

—Dios nena... estás loca, es una locura —recobrando la respiración.

Adela lo limpió, fue como una gata por su cuerpo rozándose y llegó a su boca y lo besó. Se sentía libre, sexual con ese vaquero.

—No eres lo que pensaba, pequeña.

—¿No, y eso?

—Porque me gusta demasiado lo que me has hecho.

—¿De verdad?

—De verdad preciosa. Y se quedó encima de Connor.

—¿Pero mucho?

—Quédate así un ratito. No pesas nada y me gusta sentirte entera. Y le acarició la espalda y el trasero, saboreando su piel encima de la suya. Esa joven, le iba a traer problemas, pero problemas a su libido y de los buenos.

—¡Qué pelo más bonito tienes y qué bien hueles!

—A mí me parece muy atractiva tu barba, no pica.

—Ummm... —Y metió la cabeza en su cuello. Y ella se echó a reír.

—Ay Connor, me haces cosquillas.

—Sí te voy a hacer cosquillas pero no ahí y bajó a su sexo, lo lamió y lo chupó y le arrancó un orgasmo brutal. Su barba, le hacía caricias sensuales y su lengua era una lengua experta que sabía dónde acariciar.

Cuando estalló...

—Oh Dios Connor, madre mía, oh Dios .y sin darle tregua se puso un preservativo y se hundió en ella...

Me rindo —dijo un rato después.

—¿Cómo que te rindes preciosa?

—Me vas a dejar muerta y mañana estoy apuntada a la excursión a caballo.

—Irás, con energías en cuanto desayunes a las ocho, esta excursión es más corta. Una hora solo.

—Menos mal.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la mañana, loco.

—Vaya, tendré que irme a dormir o poner la alarma.

—Pon la alarma.

—¿En serio me quedo?

—Sí, me gustaría que te quedaras, pero vamos a dormir.

—Sí, porque me levanto a las seis. Tú puedes quedarte una hora más.

—Ummm... Y se abrazó a Connor rendida y cansada.

—¡Qué chiquita eres! —la abrazó y se quedaron dormidos.

Cuando se despertó, no había oído a Connor, pero desde luego se levantó con renovadas energías. Se dio una ducha y sacó a Tara un buen rato, porque no iba a llevarla a esa excursión, luego la sacaría de nuevo. Fue a desayunar, pero no estaba Connor, seguro que ya había desayunado y estaba preparando los caballos.

Se había puesto unos vaqueros y una camiseta de manga corta, las botas y se había hecho una coleta alta en el pelo como el día anterior para la excursión.

Sólo se pintó un poco sin maquillaje. La llamaron el grupo de hombres de cincuenta y estuvo desayunando con ellos en la mesa, contestando a las preguntas, lo pasó bien.

Ellos también iban ese día a la excursión a caballo. Al día siguiente había un pequeño rodeo al que pensaba apuntarse y descansar en la piscina el sábado y domingo.

Y el lunes estaba la excursión a las cataratas, y tenía que preguntar si podía llevar a la perrita.

El martes había juegos de echar el lazo y montar. Y pensaba hacer todas las actividades excepto sábados y domingo, para leer y bañarse en la piscina, aunque fuese el resto de los días por la tarde. Y si hacía gimnasia por las noches con Connor, iba a ir a Boston, a descansar en vez de a trabajar.

## CAPÍTULO OCHO

El sexo con Connor, había sido inigualable, incluso si lo comparaba con Luca, más pasional incluso. Era como encajar en un cuerpo y encajaba en el de ese vaquero. Pero no quería pensar cuando se fuera, ya con Luca hizo planes y había aprendido la lección, así que con Connor iba a vivir y a disfrutar, aunque era tan guapo, tan espectacular que seguro se enamoraba, porque era una enamoradiza sin remedio.

Cuando la abrazaba con cariño, ella se derretía en sus brazos y sus besos eran... Su boca y su sexo y había conseguido con él dos orgasmos y eso lo desconocía en su cuerpo, pero era la generosidad y el aguante de Connor lo que hacía maravillas en su cuerpo y él quería de momento que le hiciera maravillas.

¡Oh Dios!, tenía en su cama el olor de Connor. Seguía siendo un adolescente. No tenía nada que ver Adela ginecóloga con Adela en los amores. Ojalá Connor no fuese un hombre de paso.

Por su parte cuando la alarma de su móvil sonó, Connor, la vio allí tumbada con su pelo largo como una pequeña diosa. Era preciosa y sus pechos turgentes y maravillosos. Era una muñeca pequeña y frágil y sintió un instinto protector, aunque sabía que era una mujer fuerte que traía niños al mundo y daba buenas y malas noticias y para ello debía tener un tesón importante a su edad.

Era tan joven... le gustaba todo en ella y encajaba en su sexo como un puzzle. No era como las demás mujeres que conocía. Era tierna e independiente, ingenua y juguetona, sexual y buena. Amable y por otro lado tenía carácter y eso le encantaba, y su cuerpo, lo volvía loco.

Cuando le hizo sexo oral, creía morir en su boca. Lo tenía loco y la tendría todas las noches hasta que se fuera y después, ya vería. Pero de momento iba a ser suya ese tiempo que pasara en el rancho. No quería que las cosas cambiaran. Deseaba verla a todas horas y estar con ella y pensaba en ella y eso no le había pasado en sus 32 años. Y sonreía feliz.

A las ocho estaba el grupo de la excursión a caballo y allí estaba ella guapa como nadie. Se puso roja cuando lo vio y le encantó.

—¡Hola preciosa! —le dijo en español al pasar a su lado.

—¡Hola guapo! ¿Qué tal la noche?

—Perfecta chiquita. —Y le sonrió.

Y siguió dando instrucciones en inglés. Había un par de vaqueros para ayudar a montar a la gente y les decía cómo debían ir.

Iban a dar un paseo a un arroyo, y era una tierra sin altibajos, para no tener problemas. Media hora de ida y media de vuelta. Podían descansar en el arroyo. Había gente que no estaba acostumbrada y luego le dolerían las piernas, por eso hacían un par de excursiones semanales de a caballo cortas.

Él la montó a ella y ayudó a otras personas, entre Connor y el vaquero. Se posicionó como le había dicho y se relajó, tomó las riendas y cuando todos estaban listos Connor iba delante y dos vaqueros uno en el centro de la reata y otro detrás. Iban despacio, un caballo detrás de otro y el



paseo fue excitante.

En el arroyo estuvieron más de quince minutos comentando el paseo y él se acercó a ella

—¿Qué tal, te duelen las piernas?

—Y el culo —y Connor se reía.

—Te daré esta tarde un masajito.

—Creía que era solo una noche.

—Pues te equivocas, me tendrás hasta que te vayas.

—¿Eso iba incluido en el precio?

—Eso es gratis, no pienso cobrarte por lo que te haga ni pienso pagarte por lo que me hagas pequeña. —Y ella se reía feliz.

—Estás muy guapa esta mañana. Nada como una noche de sexo para verte reluciente.

—Es que he tenido un buen vaquero en la cama.

—No me digas...

—Como lo oyes.

—Loca —voy a ver el grupo.

—Vale.

Y fue preguntando y departiendo con el resto cómo se encontraban y las mujeres se reían porque les decía que luego necesitarían un masaje.

Volvieron a subir a los caballos y emprendieron la vuelta por otro sendero distinto, entre pinos y bosque bajo. Les comentaba que en invierno había nieve y era precioso el paisaje, pero hacían otro tipo de actividades, claro.

Los días pasaban y al final, la dejaron ir a las cataratas con la perrita, lástima que Connor no fue a esa excursión, se encargó su hermana, con la que hizo buena amistad.

Pasaron el día entero y tomaron la cena tarde a la vuelta.

El resto de sus vacaciones, sobre todo los fines de semana, paseaba a Tara, piscina y lectura. Pasaba esos dos días de vagueo, y el resto se apuntaba a todas las actividades de día, aunque en algunas no estaba Connor, sino sus hermanos o el padre.

Llegaba gente nueva y otros se iban.

Por la tarde se iba a la piscina y por la noche a veces iba al baile y otras se iba al porche y Tara y ella se sentaban en el balancín y leía bajo la lámpara del porche hasta que llegaba su vaquero y la metía dentro.

Todas las noches excepto la primera hizo el amor con Connor y pasó con él mucho tiempo en la piscina, excursiones, baile, disfrutaron de paseos nocturnos y de sus cuerpos por la noche.

Se acostumbró tanto a su cuerpo, a sus besos y a su piel, que cuando solo quedaba una noche para irse, se sintió melancólica y triste y vaya si lo iba a echar de menos después de 21 días durmiendo juntos.

—Vamos pequeña, si yo me voy en una semana.

—Sí, pero te echaré de menos. Han sido unos días maravillosos.

—Te llamaré por las noches. ¿Cuánto tardas en llegar?

—Paso dos noches en la carretera y llego el siguiente muy tarde.

—Vale te llamaré todas las noches cuando estés en la cama. Iré directo a Nueva York y veré el trabajo. Si me escapo voy un fin de semana, sino tardaré un mes o así preciosa. Pero no salgas con nadie

—No podría de momento. Tengo que olvidarme de ti antes.

—No te olvides, tengo planes para nosotros.

—¿Sí?

—Sí, no quiero verte con otro.

—Eso lo dices esta noche. Pero nos iremos sin promesas. Sin promesas porque no sé qué será de esto Connor.

—Ya veremos. No me daré por vencido, tu cuerpo me puede. Y tú también.

—Pero es bueno estar lejos y pensar qué ha sido esto.

—Esto ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, chiquita.

—Pero cuando volvamos las cosas pueden ser distintas y no me quiero hacer ilusiones. Eres tan perfecto...

—Tu miedo a sufrir.

—Sí, mi miedo a sufrir.

—¡Ven aquí más cerquita!

—Si me pongo más cerquita, me meto dentro...

—Eso quiero que te metas dentro o viceversa.

—¡Tonto!

Durante esos días habían hecho el amor de todas las formas posibles en todos los rincones de la cabaña y aunque era pequeña, habían aprovechado.

Allí tenía sus maletas preparadas para salir temprano. En cuanto se levantara Connor, ella también y se iría tal como había venido.

—Por Dios nena, voy a echarte de menos.

—Y yo a ti. —Y echó unas lágrimas.

—Vamos cielo, no llores, por Dios, no quiero verte llorar. Las chicas guapas no lloran.

—Lo siento.

—Venga y besaba sus lágrimas. Y la abrazaba.

La mañana siguiente, le ayudó a meter todo el equipaje en el coche y a Tara en el asiento de atrás.

—¡Adiós bonita! Eres la perra más buena del mundo y la más guapa y a Adela, la abrazó dentro de la cabaña y la besó hasta que le faltaron las respiraciones.

—Te llamo esta noche, guapa.

—Vale.

—Ten cuidado, son muchas horas conduciendo.

—Lo tendré.

—Adiós chiquita.

—Adiós guapo.

—Deja yo llevo la llave a recepción, no te preocupes.

—Gracias.

Y salió del rancho, tomó el camino de vuelta que le trajo al sitio de vacaciones más excitantes que había pasado en la vida. Ahora volvería a su vida y su trabajo. Cuando llegara tendría cinco días para limpiar, y comprar comida y descansar al menos un par de ellos.

Limpiaría la piscina y en septiembre empezaría de nuevo. Tenía una agenda cargada de trabajo y unos cuantos partos y seguro tendría horas extras y una posible cesárea de gemelos.

Las dos noches que durmió en los moteles, la llamó Connor, y hablaban al menos casi una hora. Y a ella le encanto. Se veían y hablaban a través del móvil.

Y el último día no le contestó porque llegó muy tarde, pero le mandó un mensaje en cuanto entró por la casa y bajó a Tara del coche y el equipaje. Cerró el garaje y una vez dentro, le mandó el mensaje, diciéndole que no había podido cogerle el teléfono porque estaba llegando a casa.

Eran la una de la noche cuando llegó.

Seguro ya estaba dormido. Así que lo primero que hicieron fue ir directamente a la cama.

Sí que la llamó por la tarde del día siguiente después de comer porque sabía que le quedaban uno días de vacaciones.

—Es que iba conduciendo, era de noche y estaba deseando llegar, por eso no te lo cogí anoche encanto.

—No pasa nada guapa. Ponte que te vea.

—Estoy limpiando. No estoy muy guapa.

—Me da igual. Limpiar es muy erótico, si te agachas.

—¡Qué loco!

—¡Ah una mujercita de su casa!, me encantan esas mallas y esas caderas.

—¡Qué pena no estar contigo allí!

—Ya me voy pronto, en tres días, ¿qué vas a hacer hasta el uno de septiembre?

—Limpiar, bañar a Tara y llevarla al veterinario, comprar, limpiar la piscina y coladas y comprar comida y ropa, que hace fresco ya. Y al menos un día o dos descansar a pierna suelta. Me gusta hacer una buena limpieza al año por lo menos.

—¡Qué bien! ¿No tienes una chica para la limpieza?

—No, me gusta limpiar a mi manera y eso es ejercicio. Yo me lo hago todo.

—No todo.

—Guasón...

—Hablamos esta noche preciosa. —que me llaman. Encima que hago las cosas gratis...

—Sí. Anda ve.

En dos días tenía la casa y las coladas listas, la compra y el tercero llevó al veterinario a Tara y la bañaron allí. Y por la tarde, se fue a tomar un café al centro comercial y se compró unos nuevos zapatos para el trabajo, botas, lencería sexy, pero si seguía viendo a Connor, y ropa formal para ir al trabajo de chaqueta y falda o pantalón, ya de manga larga, maquillaje y perfume.

Se gastó una buena pasta en ropa y por la tarde la colocó.

Se tomó una tortilla de jamón y se sentó en el porche con una Rebequita con Tara, luego se fueron dentro porque la llamaría Connor. A esa hora estaba ya en la cama.

—¿Qué tal preciosa? —le dijo cuando la llamó.

—En la cama, estoy muerta. Pero me quedan dos días de no hacer nada, paseo, piscina y lectura.

—Ummm, si estuviese ahí contigo por las noches tendrías una actividad más.

—Eso sí, contigo no engordo ni queriendo.

Estuvieron un buen rato hablando. Él le mandó besos.

Cuando terminó de hablar, se dio cuenta de que aún no le había venido la regla, le venía el 23 y llevaba cinco días de retraso y eso no era normal en ella, al menos mientras tomaba pastillas. Ahora no las tomaba y sí estaba preocupada, porque no lo había hecho nunca con preservativos, salvo con Connor y no eran efectivos al cien por cien, y a veces se habían pasado de pasionales, sobre todo en la ducha.

—¡Dios!, y si se quedaba embarazada de Connor. Con Luca, sabía que no habría problemas en una situación como esa, porque además llevaba meses saliendo con él, pero a Connor no lo conocía tanto, no había vivido con él y desconocía cómo era fuera del rancho y tuvo miedo.

Y se dijo que si se quedaba embarazada, al menos tenía casa, trabajo fijo y si Connor no quería estar con ella, podía ver a su hijo cuando quisiera.

¡Dios qué preocupaciones tenía con los hombres! Esperaba que fuese un retraso por las

vacaciones, porque no quería que ningún hombre se sintiera atado por un hijo. Y ella desde luego, si alguna vez de quedaba embarazada, no pensaba abortar.

Todas las noches hablaba con Connor. Empezó a trabajar y Connor volvió a Nueva York y la regla seguía sin venirle y no le iba a decir nada de momento hasta estar segura y verlo. ¿Y si se decepcionaba otra vez? ¡Joder!

Connor, tenía trabajo para un mes en Nueva York y para otro en Filadelfia. Menos mal que tenían un proyecto en Boston y ese le llevaría un par de meses y podría estar con Adela, claro si lo esperaba.

Cuando llevaba dos días en Nueva York, la llamó por la noche.

—¡Hola preciosa española!

—¡Hola vaquero sexy!, ¿llegaste bien?

—Sí, no quise despertarte anoche. ¿Cómo va el trabajo?

—He tenido una cesárea de gemelos esta mañana.

—Vaya, y yo que pensaba que eras frágil y si tuviese que hacer eso, me desmayaría —y ella se reía.

—Lo tuyo es más bonito, guapo.

—Bueno, si se me cae un techo no.

—Eres demasiado inteligente como para eso.

—¿Me echas de menos?

—Sí, la verdad, te echo de menos.

—Tengo tanto trabajo..., que hasta los fines de semana tengo que trabajar en casa, si puedo aprovechar uno, me paso a verte aunque sea una noche solamente.

—Puedo ir a Nueva York yo también. Tengo que ver a mis hermanos.

—¿Pero te quedas en sus casas?

—No, siempre que voy me quedo en un hotel en Manhattan.

—Te quedarás conmigo, vivo en Manhattan y aunque trabajo, por las noches no lo haré y puedo hacerte una mujer.

—Esa frase me hace gracias. Ya soy una mujer vaquero.

—Eres una jovencita.

—¡Qué payasillo eres!

—Me encantaría, ¿cuándo vienes?

—Espera y no corras, tengo que mirar la agenda.

—Este mes, que el que viene voy a Filadelfia un mes, pero después tengo dos meses en Boston y entonces tendremos tiempo para que te canses de mí.

—¿En serio? Lo dudo mucho.

—Sí, contigo todas las noches y te haré adelgazar cinco kilos así, que puedes comer todo lo que quieras.

—¡Qué exagerado! ¿No te acostarás con otras mientras tanto?

—¿Pues no pasa nada no? —le dijo bromeando.

—Sí que pasa, —se puso seria. ¿Cómo crees?

—Anda tonta, ¿cómo voy a acostarme con otra, si pienso en ti a todas horas? Eres mi chiquita.

—Me habías asustado, no soy de relaciones abiertas.

—No, yo cuando te coja te voy a matar. Busca en tu agenda, ¿y Tara?

—La dejo en un hotelito ese fin de semana

—¿O sea que no tendremos público?

—¡Que malo eres!, es muy buena y no dice nada.

—Eso es cierto. Nena si puedes venir al menos una vez, o dos...

—Ya veré, al menos una, si ya ha pasado casi un fin de semana, a ver si me acerco, el siguiente.

—Te paso la dirección por WhatsApp y le pides al portero la llave, pero llegaré de noche y que te deje entrar al parking, hay plazas libres, ya se lo dejaré dicho. Si yo llego antes, te lo dirá.

—No te preocupes. Llegaré el viernes de noche. Y el sábado y domingo te dejaré trabajar y me iré a casa de mis hermanos, así no te molestaré. Iré por la noche.

—Puedes estar el tiempo que quieras, la casa es tuya, cuando termine el trabajo salimos a tomar algo cerca o pedimos. No tienes por qué irte todo el tiempo, me gusta tenerte.

—Sí, y me voy el domingo después de almorzar, para recoger a Tara y ducharme.

—Nos ducharemos juntos. Te espero.

—Está bien, veré la agenda y te digo.

—Buenas noches encanto.

—Buenas noches.

El día siguiente, se hizo una ecografía, porque la regla no daba señales de vida.

Y efectivamente, sí que estaba embarazada de cuatro semanas, casi desde que se acostó con él en la cabaña los primeros días.

¿Y ahora qué?

Hablaría con sus hermanos. Primero quería ir a verlo en dos semanas si podía, no tenía nada en la agenda y se lo contaría a su hermana y a su hermano si comían juntos. Estaba contenta, estaba feliz, por estar embarazada, pero estaba muerta de miedo por lo que pudiera decirle Connor, a lo mejor no quería hijos, no quería relaciones comprometidas, no estaban siquiera saliendo.

Era una locura. Debía de dejar de preocuparse tanto y hacerse una analítica. Estaba perfectamente. No tenía vómitos, ni mareos, ni debilidad, pero si más sueño del normal.

A las dos semanas fue a Nueva York. Por un lado estaba nerviosa y por otros deseando de verlo. Él la había invitado, todas las noches y la había llamado sin falta. Pero aun así, iba embarazada de seis semanas y no sabía qué iba a hacer o esperar, cuanto menos encontrarse.

Cuando llegó a Manhattan era tarde, las diez y media de la noche. Ya el portero le indicó el número de parking y una vez aparcado, tomó el ascensor con su maleta y subió al piso número 21. Los nervios la atenazaban y corrían por todo su cuerpo.

Cuando llegó a la puerta, llamó. Sabía que estaba allí porque el portero se lo dijo. Llevaba un vestido de licra, porque casi toda la ropa que se compró de otoño y algo de invierno, lo era para que el vientre le cupiera.

Aún no se le notaba nada. Un vestido blanco y negro con una chaqueta negra y botas altas. El pelo suelto, recogido atrás con unas horquillas y se había retocado un poco el maquillaje en el parking.

Cuando Connor, le abrió la puerta la miró. Era más bella de lo que la recordaba.

—Entra preciosa —y ella entró. Estaba guapísimo con unos pantalones finos grises y una camisa de igual color. Ya no parecía el vaquero rubio, sino un hombre de negocios tan sexy como su vaquero.

—He perdido a mi vaquero —le dijo

—Connor cerró la puerta y la cogió en brazos y la alzó a su miembro duro y ella lo sintió, la besó hasta cansarse

—Mi chiquita, te he echado tanto de menos... ¿qué haces temblando?

—Estaba nerviosa, no sabía que encontrarme.

—Venga, no seas tonta y la abrazó de nuevo. ¡Dios qué guapa estás! y este vestidillo pegado...

y le subió el vestido, tocó su trasero desnudo.

—Ummm, ¡qué malvada eres!, no llevas nada y así...

—Y la subió a horcajadas y se abrió el pantalón, sacando su miembro duro como junco y se puso en preservativo, mientras la besaba entro en ella desesperado.

—¡Oh nena! No podía aguantar más y la embistió una y otra vez y ella se movía al unísono besándolo y aferrándose a su cuello, siguiéndolo hasta quedarse saciados, de momento.

—¡Oh Dios Connor!, no me has dejado ni pasar de la puerta. —Y Connor se reía.

—Es que estás tan buena... estaba desenado tenerte. Voy al baño, ahora vengo y ella se recompuso el vestido mientras.

Cuando volvió al salón, la besó de nuevo.

—Ven, te voy a enseñar el apartamento.

—Esto es enorme y precioso, Connor, es más grande que mi villa. ¿Es tuyo?

—Sí, mío, la casa y este apartamento.

—Eres un ricachón. Me interesas —y Connor se reía.

—Tú tienes una casa.

—Y una hipoteca ya por diez años y pico, pero no me quejo. Es una maravilla.

Y la llevó por el apartamento enorme, con un gran salón decorado en tonos azules y grises, cocina y comedor abiertos y un despacho enorme, tres dormitorios todos con baño y vestidor y no le faltaba detalle con un gusto exquisito y todo de calidad.

—Esta cama es extra grande, me perderé aquí.

—Soy grande y así me gustan las camas, pero no te preocupes, te agarraré fuerte. ¿Has cenado?

—No, dejé a Tara y vine directamente, solo tomé un descafeinado.

—Venga, he pedido sushi, te gustará.

—¿Puedo darme antes una ducha?

—Por supuesto,

—No tardo nada.

—Creo que te voy a acompañar y me pongo de paso el pijama—. Y ella lo miró y tenía una sonrisa pícaro que ella conocía bien. Y sabía que iban a hacer el amor en el baño.

—Mientras cenaban...

—Connor, no quiero interrumpirte en el trabajo. Mañana iré a ver a mis hermanos y vengo por la noche para la cena, así puedes trabajar.

—Gracias, guapa. La próxima veremos Nueva York. Este trabajo me tiene pillado, pero es imprescindible que lo acabe.

—Ya la tengo vista, con estar un rato contigo de noche, me conformo. Sé que ahora tienes trabajo.

—Tenemos un proyecto que tengo que acabar, y siento no estar más contigo chiquita. Y me mata ir a Filadelfia un mes que no te veré. Un mes y medio, no sé qué haré sin tu cuerpo.

—Bueno casi hemos estado más de medio mes sin vernos.

—Sí, pero una vez que he probado tu cuerpo...

—Exagerado. Espero que seas bueno y no te acuestes con otras, eso me dolería.

—Y a mí que lo hicieras con otros.

—Ya sé que no tenemos una relación ni compromisos, pero eso no lo pasaría, Connor.

—Yo tampoco. Estamos muy bien así. Sé que las relaciones a distancia son difíciles y más la nuestra que es inusual. Daremos tiempo, quiero tenerte a diario pero no quiero equivocarme, tampoco quiero hacerte sufrir y quiero dar tiempo a esto. Por esa razón no te he pedido una relación —y ella se sintió algo triste.

—Vamos ¿estás triste? No quiero decepcionarte pequeña. Quiero que todo vaya seguro.

Pero ella pensó si no se había equivocado al ir a verlo. No es que esperara que le dijera que la mataba pero sí que tuvieran un compromiso, salieran juntos, eso sí, creía que le diría.

No quería decepcionarse y ya se sintió así. Ese era su sino. Era un tanto radical y ya tenía decidido no decirle de momento lo del embarazo, también dejaría que todo fuera sobre seguro y seguro que aunque estaba loca por ese hombre y la trataba bien y fue sincero y quizá tuviese razón, ella era más romántica y sentimental y no iría a verlo más, salvo cuando fuese a visitar a sus hermanos. No haría esfuerzos por ningún hombre, jamás. Estaba arrepentida de haber ido, o no. Estaba hecha un lío. Pero a partir de ahora si Connor quería verla, tendría que ir a verla a su casa.

—¿Te has quedado callada?

—Sí, un poco.

—Vamos suéltalo pequeña, no quiero que te guardes nada.

—No es nada, de verdad.

—Sí que lo es, venga dímelo —y se acercó a ella, —lo que sea, seamos sinceros.

—Está bien, creía que podíamos tener una relación, salir juntos. No un compromiso ni casarnos, pero sí que esperara algo más, pero no te preocupes, son ilusiones mías.

—Lo siento Adela, no es..., Si siempre estoy pensando en ti.

—Y yo en ti.

—Pero tengo miedo a que esto no salga bien, con estar separados, no quiero decepcionarte.

—¿Y cómo quieres llevar esto?, aparte de que no nos acostemos con otros, que eso, si estamos lejos, no hay garantía de que cualquier noche... Seguro que tienes fiestas o sales. ¿Pretendes que me quede en casa?

—Jamás, no pretendo eso.

—Entonces ¿qué nos queda?, acostarnos de vez en cuando...

—Hablamos a diario y estoy deseando verte y deseando terminar en Filadelfia para estar dos meses contigo.

—No sé si he hecho bien en venir. —Dijo con lágrimas en los ojos.

—Pero pequeña, ¿Qué te pasa?

—Lo siento estoy muy vulnerable, perdona, voy al baño.

Y él se quedó allí desesperado, sabiendo que ella esperaba más de él y se sintió estúpido porque ella no era de esas mujeres y sabía que era la última vez que iría en su busca. En algo la conocía. Ahora ya no podía arreglar eso, y tampoco cambiarlo.

Él tenía su ritmo para llevar las cosas y no le gustaba la presión ni las prisas en las relaciones.

Mientras, Adela lloró en el baño. Tenía ganas de irse, de allí a su casa con su perrita que era la única que la entendía, pero ahora no podía, y tampoco podía salir de allí así. Sería comportarse como una niña y ya era adulta.

Lo que sí haría, era irse el domingo por la mañana. Y quedarse con él. Disfrutaría de esas dos noches con Connor y se acabó. Si la buscaba, le diría lo del embarazo. Tenía que hablar con sus hermanos.

—Salió del baño. Y siguió comiendo.

—¿Estás mejor?

—Sí, no te preocupes. Ha sido una tontería infantil.

—No, lo que es importante para ti, me importa, nena. Quiero que confíes en mí.

—Confío en ti.

—Pues venga termina y tomamos café.

—¿Tienes trabajo esta noche?

—No, he acabado por hoy. Soy todo tuyo.

Pero todo suyo era sexo y caricias. No debía darle tantas vueltas a la cabeza. Tenía un nudo en la garganta de decepción, pero quizá fuese lo mejor, Connor tenía razón, la distancia no sabía dónde los iba a llevar y no podía tener ninguna queja, pues la llamaba a diario, todas las noches, era cariñoso y amable, divertido, pero no podía evitar lo que sentía y ahora se arrepentía de haberle dicho nada. Lo olvidaría ella también.

—¿Estás bien?

—Sí. Estoy algo cansada esta semana, he tenido dos operaciones, dos partos y las consultas y el viaje me ha rematado.

—Pues venga, siéntate en el sofá, yo recojo y descansamos que mi semana ha sido también larga.

Y se sentó en el gran sofá que tenía en el salón, tenía tres, alrededor de una mesa preciosa y frente a un fuego y estanterías a ambos lados, con libros de arquitectura y también de literatura en otro lado.

Sí que estaba cansada, de todo. Su vida en menos de dos años había dado un giro con dos hombres distintos, diferentes. Y en ese momento pensó si merecía la pena salir con los hombres. Se sintió pesimista, agotada, con ganas de seguir llorando, pero no lo haría, podía ni quería dar pena a Connor. Se quedaría con Connor ese fin de semana, al que deseaba y del que se había enamorado con total seguridad y con más pasión que de Luca y más intensamente.

Luca, quiso una relación con ella en el momento y a eso estaba acostumbrada y pensó que con Connor sería igual, pero Connor era distinto, no tenía prisas y quizá fuese mejor así. Desde luego, le iba a explotar la cabeza y no le hacía nada bien al bebé que llevaba. Ya era una adulta. Y se reñía así misma. Pero era como era.

Esa primera noche que pasó con Connor, fue amoroso, cariñoso y pasional como siempre y satisfecha sexualmente la dejó, la tuvo abrazada toda la noche.

Desayunaron y ella se fue a casa de su hermana. Había que dado con ella y los pequeños e iban a salir a pasear al parque, al centro comercial y a comer fuera. Se despido de Connor hasta la noche y este se fue al despacho a trabajar, pero supo que algo había pasado. Sabía que ella era una romántica y la conocía bien, más de lo que pensaba y sabía que se había decepcionado. Y lo sentía mucho porque estaba loco por ella.

Cuando salió con su hermana después de darles los regalos a los chicos y estar un rato en casa, salieron las dos y quedaron con su cuñado y su hermano a las dos para comer en una cafetería de manhattan.

Ella le contó a su hermana Vero, lo que le había pasado con Connor, como lo conoció, que estaba embarazada.

—¿Qué estás embarazada? —y te ha dicho que no vais a tener una relación...

—No, no le he dicho lo del embarazo. Y no es exactamente eso, en realidad la tenemos, sin ponerle nombre porque me llama todas las noches y somos fieles, pero Connor lleva su ritmo.

—¡Ay Dios!, pero tienes que decírselo Adela.

—No voy a hacerlo Sofía, ayer tuve ganas de irme y de llorar. Esperaba que me dijera que saliéramos juntos. No sé soy un poco tonta y romántica.

—Pero si te llama, no os acostáis con otros y demás, eso es salir juntos, no necesitas esas palabras. Saliste con Luca y mira qué pasó.

—Es diferente a Luca. No sé, pero me decepcioné y tenía ganas de llorar.

—Eso es por el embarazo mujer, te sientes vulnerable. Deja a su ritmo y no fuerces nada. Tienes un hombre guapo y sexy que te llama a diario. Es que eres muy joven y has salido solo con



dos chicos y eran hombres, no jóvenes. Y creo que Connor lleva razón y perdona hermana. Otra cosa es que sepa lo del embarazo. ¿Cuándo se lo piensas decir, porque se lo tendrás que decir, no?

—Sí, claro que se lo diré, creo que esperaré a que venga de Filadelfia. Estaré de cuatro meses ya y se me notará, no tendré más remedio que decírselo tanto si seguimos como si no.

—Bien, pero lo harás.

—No se lo digas a Dani aún.

—¿Por qué?

—No quiero preocuparlo. Ya se lo diré cuando lo sepa el padre.

—Está bien, no se lo diremos y no seas tonta. Amas a ese hombre, disfruta y déjate de compromisos, que mira con Lucas. Y si no quiere compromisos al final, o no os sale bien, has vivido una aventura de nuevo y tendrás un bebé precioso. Puedes mantenerlo, pero creo que no te dejará sola. Ya verás mujer. No te preocupes tanto por todo. Ese hombre es familiar, si se va al rancho a ayudar a su familia en vacaciones, imagina a su propio hijo.

—No sé estoy un poco asustada. Te juro que quise irme anoche. Y fue de lo más cariñoso.

—Eso es lo que te pasa, que estás asustada y embarazada y cuando estás embarazada, las hormonas se revolucionan. Bueno, qué te digo, si eres ginecóloga...

Y Adela se reñía.

—Venga, no quiero verte triste y no quiero que Connor te vea triste, sé cómo eres tú, alegre y divertida y no lo preocupes. Tiene trabajo, también.

—Tienes razón.

A mediodía estuvo comiendo con su cuñado y con su hermano, los niños y su hermana y su hermano le hizo la correspondiente lista de preguntas.

Lo pasó muy bien, luego de quedaron las hermanas solas y su cuñado se llevó a los niños a echar la siesta y ellas fueron de compras y a tomar un café y casi al anochecer dejó a su hermana en casa y tomó un taxi a casa de Connor.

—¡Hola preciosa!, —y la abrazó y besó, ¿qué tal lo has pasado?

—Muy bien, por la mañana con mi hermana y los peque en el parque y hemos comido todos juntos con mi hermano y por la tarde mi hermana y yo hemos tomado café tarta y hemos gastado.

—Eso me parece bien. ¿Te has comprado algo sexy?

—Sí, estate quieto y no mires curioso.

—¿Estás mejor hoy chiquita? anoche me preocupaste.

—Bueno, estaba cansada, la verdad. Y hoy un poco agotada, necesito una ducha, ¿quieres que haga algo de cena?

—Pensaba pedir hamburguesas, pizza, chino, lo que te apetezca.

—Una pizza.

—La pido después de la ducha, vaya a ser que venga y nos pille.

Y como el día anterior lo hicieron en la ducha, mientras la enjabonaba con una lentitud pasmosa, acariciando todo su cuerpo.

—Tengo que aprovecharme esta noche nena, que hasta que nos veamos de nuevo, tendré esto muerto.

—Bueno, mientras, procuraré que lo tengas vivo antes de irme.

Y lo vivió con su boca, y con su sexo, antes de la pizza y después de la pizza y volvieron a ser los que fueron en la cabaña, divertidos e incansables.

—Nena...

—Ummm...

—Me tienes loco. ¿A qué hora te vas mañana?

—Tengo que recoger a Tara, descansar cuando llegue y cinco horas de viaje... Sobre las dos.

—Se me ha hecho corto, no he podido estar contigo todo lo que hubiese querido.

—No importa, así veía a mi familia también.

—Quiero que me esperes hasta que venga de Filadelfia, tarde lo que tarde, pasaré un par de días por aquí y luego me voy a Boston. Prométeme que me esperarás.

—Te lo prometo, si me llamas todas las noches, así cómo voy a olvidarte.

La mañana siguiente se ducharon y él quiso salir con ella a desayunar antes de ponerse a trabajar. La llevaba abrazada por la calle y ella era feliz.

Se metió un rato en el despacho y ella miró la nevera e hizo una tortilla de patatas y una ensalada para el mediodía, antes de irse.

Cuando acabó, y dejó recogida la cocina, fue al despacho y lo abrazó por detrás dándole besitos en el cuello.

—Bruja, ya verás si me haces eso... Y ella lo tocaba hasta llegar a su pene y lo rozaba por encima del pantalón.

—¿Estás loca eh?

—Ummm sí, esto está listo.

—Sí, está listo —y retiró la silla, se bajó el pantalón y la sentó encima de él y la penetró hasta quedarse rendidos.

—Vas a matarme, y eso que no hemos estado todo el tiempo juntos, nena.

Cuando se vistieron de nuevo...

—Huele bien, ¿qué has hecho?

—Una ensalada y una tortilla de patatas, tengo que alimentarme antes de llegar a casa.

—¿Qué hora es?

—Las doce y media. Me echo un rato en el sofá mientras sigues. Comemos a la una y media.

—Vale descansa una horita y comemos antes de que te vayas. Ya quisiera que te quedaras más tiempo.

—No puedo vaquero.

—¡Maldita sea!, este proyecto me tiene loco.

—Venga te dejo hacer. Ya tendremos tiempo.

Y se fue al sofá y puso la alarma del móvil por si se quedaba dormida. Y se quedó. Estaba cansada y el sueño del embarazo podía con ella. Al menos se sentía más contenta. Le había venido bien hablar con su hermana. No debía preocuparse tanto. Lo que tuviera que pasar que pasase.

Se despidió como siempre, con algunas lágrimas en los ojos.

—Eres una llorona, preciosa. Venga, pronto estaremos juntos y llámame tú hoy cuando llegues a casa y te instales.

—Vale.

Bajó con ella al parking y la besó hasta no poder respirar.

—Ten cuidado en la carretera chiquita.

—Lo tendré, siempre voy tranquila.

—Nos vemos, guapa.

—Hasta que nos veamos vaquero.

Y lo último que vio de él fue una bonita sonrisa.

Estaba tan bueno y sexy, igual vestido de vaquero que informal, tenía un cuerpo que la mataba.

¡Dios!, por el camino soltó un poco la angustia que llevaba del primer día y lloró, pero debía dejar de hacerlo ya.

## CAPÍTULO NUEVE

Los días seguían su curso, su embarazo seguía su curso, y pasó septiembre y tenía ya dos meses de embarazo y Connor fue a Filadelfia

La seguía llamando como siempre todas las noche sin falta, le decía cosas hermosas, que la echaba de menos que tenía ganas de verla, y se conocieron bastante hablando de todas las cosas. Nunca se aburrían.

A finales de octubre, por la tarde llamaron a casa. Era raro, porque ella nunca recibía visitas.

Cuando miró por la mirilla, era Luca, solo, y le abrió la puerta.

—¡Hola Luca!, cuánto tiempo sin saber de ti, pasa.

—¡Hola Adela! he venido a Boston a ver a mis padres y me dije que pasaría a verte, si no te molesto, claro.

—Para nada. ¿Quieres un café?

—Sí, me apetece.

—¿Un trozo de tarta?

—Vale.

Ella puso el café y la tarta en la mesa del salón y se sentaron en el sofá.

—¡Estás guapa!

—Gracias, lo mismo digo, ¿cómo te va la vida?

—Me defiendo.

—¿Y el pequeño de Asli?

—Con su madre.

—¿Y eso?

—Ha vuelto de nuevo.

—¿A tu casa?

—No tiene otro lugar. Está embarazada de nuevo.

—¿Es tuyo, Luca?

—Creo que sí, no estoy seguro.

—¿Cómo que crees... no estás seguro?

—Me acosté con ella cuando volvió. Bebí un poco...

—Bueno Lucas, yo sabía que terminaríais juntos al final. Ella te conoce muy bien.

—Pero no la quiero Adela. He cometido tantos errores...

—Pero has permitido todo eso tú solo Luca.

—Haré la prueba cuando nazca y si no es mío, la dejaré definitivamente. Esto es lo último.

—¿Y si es tuyo Luca?

—Si es mío... No sé qué voy a hacer, suicidarme tal vez.

—Vamos Luca, ¿de verdad no la quieres?

—Como a una hermana.

—Nunca te dejará, te lo dije, tendrá idas y venidas y o te acostumbras o puedes buscarle un rico y casarla —Y se rieron ambos.

—Si es mío intentaré que funcione, pero si se va de nuevo, me voy a casa de mis padres, allí no

irá. Y ya veré qué hago, creo que pediré un traslado y que nunca sepa dónde estoy.

—Vaya...

—¿Y tú cómo estás?

—Embarazada también.

—¿Estás embarazada? —dijo con un toque de tristeza.

—Sí, estoy saliendo con un arquitecto. Estoy de dos meses y medio, casi tres.

—¿Vive contigo?

—No ahora está en Filadelfia haciendo un trabajo, viaja bastante.

—Me alegro mucho, una pena, podía haber sido de los dos.

—Sí, pero tú elegiste Luca, y todo cambió.

—Aun te quiero. Nunca voy a olvidarte nena.

—Lo siento Luca y siento todo lo que te pasa, pero ahora estoy enamorada de otro hombre y embarazada.

—¿Vas a casarte con él?

—No lo sé. No hemos hablado de ello todavía.

—Bueno, debo irme ya, me alegro de haber hablado contigo... Y se levantó del sofá.

Volvió a sonar la puerta.

—Nunca viene nadie y hoy tengo dos visitas... Y se acercó a abrir la puerta.

—Connor, por Dios y él la besó interminablemente.

—¿Qué pasa chiquita? —Y vio a Luca dentro.

—Pasa Connor y te presento. Mira este es Luca.

—Luca, Connor.

—Encantado, y Connor se quedó muy serio.

—Bueno, me voy ya Adela. Me ha gustado verte.

—Adiós Luca y suerte.

Y cuando se fue, cerró la puerta.

Y ella se abrazó a Connor...

—¿Qué pasa vaquero?

—¿Lo estás viendo?

—No, ha venido hace media hora, no lo he visto en meses —vamos no pensarás que salgo con él ni nada. Siéntate y te cuento y no te pongas serio.

Y le contó lo de su mujer de nuevo.

—Aun así ¿a qué viene?

—A decirme que me quiere, que no me ha olvidado.

—¿No lo dirás en serio?

—Sí, eso me ha dicho. Me da pena en el fondo, otra vez embarazada y ahora no está seguro de que se de él.

—No me gusta haberlo encontrado en tu casa.

—No lo iba a echar a la calle, ha venido a hacerme una visita Connor. ¿Estás celoso?

—Muchísimo.

—¿Y qué haces aquí?

—Faltaban unos permisos para la obra que estamos haciendo. Tardarán tres días y he salido corriendo a verte. ¿Qué te parece? —y lo tiró en el sofá y se echó encima de él.

—¡Qué bruta, pequeña!

—Me parece perfecto que hayas venido —y metió sus pequeñas manos entre sus pantalones.

—Para loca, que estoy enfadado y celoso.

—Ya te quitaré yo esos celos. —Él empezó a reír.

Y le quitó el jersey y besó sus pechos, los lamió y mordisqueó y ella le quitaba los pantalones y se quitó los suyos y metió el pene de Connor en ella.

—Eh nena que no me he protegido...

—Ya es tarde para eso, y siguió entrando y saliendo de él.

—Por dios chiquita, que sin nada nunca lo he hecho nunca. Oh Dios...

—Pues esta va a ser la primera.

—Dios, Adela, nena, joder que no aguanto nada así. Y ella lo besaba y explotaron juntos en un orgasmo distinto para él que llenó su interior con su lluvia blanca.

—Nena como te quedas embarazada verás... —Mientras descansaban en el sofá.

—Ya lo estoy, si no ¿por qué iba a hacerlo sin nada?

—¿Estás embarazada? —pegó un salto en el sofá, ¿de quién?

—Del vecino, de quién va a ser...

—¿De cuánto estás?

—De primeros de agosto.

—¿En el rancho?

—Sí, me parece que te pasaste de movimientos y aquí estoy, de casi tres meses.

—¿Y lo sabías en Nueva York?

—Lo sabía y no me dijiste nada...

—Porque dijiste lo de las relaciones y no pude.

—¿Por eso estabas triste esa noche?

—Por el pequeño, no, estoy más vulnerable. Las hormonas.

—No se te nota casi nada aún.

—Ya se me notará en noviembre.

—¿Sabes qué es?

—A los cuatro meses lo podemos saber. Pero Connor tenemos que hablar en serio.

—Lo sé.

—Verás no quiero que nada cambie, no quiero cambiarte, ni presionarte, ni obligarte ni nada de nada. Tengo un buen sueldo y tengo una casa y dormitorios suficientes. No te voy a decir no cuando quieras verlo. No soy de esas.

—¿Todo eso lo has pensado tú sola?

—Sí, yo sola, tu no quieres relaciones, llevas tu ritmo. Y no quiero que te sientas atado por un hijo. Yo lo quiero.

—Pero si estoy loco por ti, desde que te vi en el rancho...

—Y yo también, pero un niño es una cosa y amarse y quererse otra. Una relación otra y...

—¡Quieres callarte un poco y dejarme hablar!

—¡Está bien!, perdona, he cogido carrerilla.

—Vamos a tener un hijo, juntos.

—Sí, eso te estoy diciendo.

—Y estamos locos el uno por el otro.

—Sí, yo estoy loca por ti, pero...

—Pues nos casaremos.

—¿Por el pequeño?

—Por el pequeño, por nosotros y por todo. Tus ideas no me gustan nada.

—¿Ah no?

—No, prefiero la idea de casarme, Aunque tenga que viajar, sé dónde tengo que volver.

—Pero si tienes casas donde volver.

—No es lo mismo.

—Pero tienes dos casas y yo una.

—Mañana vamos a mi casa, y elegirás cuál te gusta más.

—Pero esta es de mi propiedad, la estoy pagando.

—La vendes si te gusta más la mía.

—Es que esta es tan bonita...

—Quiero que veas la mía y eliges. Tenemos el apartamento de Nueva York y dos casas para elegir una donde vivir.

—El apartamento es tuyo Connor.

—¿Por qué eres tan tonta?

—Porque no soy lista.

—Vamos a ser una familia. Le pondremos una habitación en Nueva York al bebé y otra en la casa que elijas, si te quieres quedar en esta, nos quedaremos en esta. Vendo aquella y pagamos esta. Pero esta no tiene piscina.

—¿No me estarás tentando?

—¡Dios voy a ser padre, nena!

Y pasó la mano por su vientre.

—Cuando lo sepan en el rancho, querrán una boda allí.

—¿No vas demasiado deprisa?, llevas tu ritmo.

—Esto es distinto, hay que ir aprisa nena. En cuanto venga de Filadelfia nos casamos.

—¿No tengo nada que decir? —dijo ella, que lo escuchaba haciendo planes atropelladamente.

—Lo que quieras pero nos casamos, eso es seguro.

—¿Sabes que estás muy loco? —mirándolo tranquila por primera vez desde el sofá.

—Sí, por ti. No sé si será amor. Pero me tienes loco y voy a demostrarlo ahora mismo.

Y se lo demostró esa noche y las tres noches siguientes que pasó en Boston con ella

Hicieron planes, bueno, los hacía Connor. Al día siguiente fueron a ver la casa de Connor

La suya era preciosa, pero la de Connor era idéntica a la suya, pero mucho más grande y con piscina y los dormitorios tenían baño y vestidor todos y la piscina la tenía cerrada y aparte y eso le gustó por seguridad para la perrita y para el bebé.

—¿Qué me dices?

—La tuya es más bonita, lo reconozco y más grande y tiene baños en todas las habitaciones.

—¿Lo ves?, si tenemos más hijos...

—¿Estás loco?, apenas estoy embarazada y estás pensando en tener más hijos

—No quiero un hijo solo y que no se lleven mucho, serás una madre joven, ¿no lo ves?

—Veo que estás embalado.

—Ya preparemos todo cuando venga de Filadelfia. Son muchas cosas. Pondremos tu casa en venta, y te vendrás a la mía.

—Y hablaremos de dinero —dijo ella.

—Bueno, de eso ya hablaremos.

—No Connor hablaremos en serio.

—Está bien Adelita, como quieras.

Antes de irse a Filadelfia, el viernes que ella trabajaba, fue a comprarle un anillo de compromiso y por la noche, la invitó a cenar fuera y se lo dio y Adela se emocionó tanto...

—¿Otra vez llorando, mujer? anda dame un besito. Soy tu vaquero, preciosa. Y le puso el anillo maravilloso que le había regalado.

—Ahora sí que tenemos un compromiso, pequeña, nada de Lucas.

—Pero si solo vino a...

—A decirte que te quiere y no quiero que ningún hombre venga a decirte que te quiere cuando yo estoy loco por ti. Eres mía.

—¡Mira que posesivo!

—Y además vas a tener a mi hijo.

—Eso lo sé de sobra.

—Y te cuidarás

—Y lo cuidaré.

—Me gustaría tener una niña.

—¿Sí? pensé que querías tener un vaquerito.

—Me gustan las niñas más.

—Te enterarás en Filadelfia, te mandaré qué vas a tener.

—Estaré impaciente y preocupado ahora.

—Llevo un buen embarazo Connor, me cuido y soy ginecóloga, así que termina tu trabajo tranquilo para vernos pronto.

—Pero eres pequeña...

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que tengo que cuidarte.

—No seas tonto.

Cuando estaba acostados, la noche antes de irse Connor, después de hacer el amor la tercera vez...

—Chiquita, no sé si está bien que lo hagamos tanto, ¿le haremos daño?

—No, no pasa nada.

—Menos mal. Me iré preocupado, de verdad.

—Hablaemos todos los días. Estoy bien.

—Se lo diré a mi familia.

—Y yo a mi hermano, mi hermana ya lo sabe.

—¡Joder!, cuando mi madre se entere de que vas a ser la madre con lo que le gustaste...

—¿En serio?

—Sí, me dijo que le gustabas mucho, que eras una chica formal.

—Y lo soy. Tu madre tiene razón.

—Soy feliz contigo, ¿sabes?

—Yo también.

—Haremos que esto funcione. Vamos a ser una familia, te lo prometo.

—Lo haremos vaquero.

—¿Serás capaz de aguantar mi ritmo de trabajo?, intentaré estar en casa contigo y el bebé lo más posible.

—Lo intentaremos nene. Sé cómo es tu trabajo y lo llevaré bien.

—Aguantaremos un mes que me queda en Filadelfia y pronto pasaremos juntos dos meses al menos, y haremos planes después.

—Sí, porque aún es pronto y me pensaré lo de la casa.

—Sí, está a dos calles y es más grande, pequeña, y tiene más jardín para Tara.

—La pobre la tengo loca de un lado a otro.

—Se acostumbrará. Está más cerca del parque, le gustará y cuidará al bebé, ya verás.

Y al día siguiente Connor se fue a Filadelfia para consternación de Adela que se quedaba sola y esta vez, sí que se sintió sola cuando la dejó. Había actuado mejor de lo que esperaba y le había puesto un anillo y quería casarse.

Eso debía ser amor por su parte, porque por la suya no había duda. Además se había puesto celoso al ver en su casa a Luca.

Y pensó en Luca. Cómo se había complicado la vida y pensó en los padres de Luca lo que estarían sufriendo por su hijo. Deseaba de verdad que todo le fuese bien. Ya lo llamaría más adelante para ver cómo le iba.

Cuando habló con él, vio un hombre hundido, no ese hombre que había sido feliz con ella. Pero si no fuese así, no tendría ahora a su hombre maravilloso que en cuanto se enteró que de que estaba embarazada, empezó a hacer planes con ella al momento. Y además se alegró de ser padre.

El lunes llamó a su hermano y le contó todo, y a su hermana también. Su hermano se quedó de piedra pero se alegró porque Connor actuó como debía y eso le gustó.

—Me gusta ese hombre para ti.

—Claro porque quiere casarse, te conozco hermano.

—Eso es lo que debe hacer.

—¡Qué anticuado eres Dani!

—No soy anticuado, es como debe ser.

—Sí, ya, ya te contaré más cuando vuelva de Filadelfia.

A mediados de noviembre, cuando apenas quedaba otro medio mes para que volviese Connor, que la seguía llamando todas las noches y tenía que ponerse de perfil para ver cómo le crecía el vientre del bebé. Estaba loco...

—¿Cuándo vas a hacerte la ecografía?

—Mañana o pasado, lo sabrás el primero no te preocupes.

—Quiero ser el primero en saber el sexo.

—La primera seré yo.

—Bueno, ya sabes a qué me refiero.

—¡Está bien, loco!

Al día siguiente no pudo hacérsela porque tuvo un parto largo y difícil y terminó demasiado cansada, pero recibió una llamada telefónica del rancho. Eran los padres de Connor.

Cuando atendió el teléfono y dijeron quiénes eran, ella se quedó parada.

Fueron muy amables y la invitaron y ofrecieron a hacer la boda en el rancho. Ya su hijo había hablado con ellos. Tuvo que mandarles una foto embarazada y prometerles llamarlos en cuanto supieran el sexo.

Estaban contentísimos. Le dijeron mil veces que estaban encantados de que fuese ella que se casara con su Connor porque se merecía una mujer trabajadora y buena como ella.

Estaba encantada de la vida. Que te quisieran. Sabían que no tenía padres y que solo tenía dos hermanos en Nueva York y querían ser sus padres.

Ella le dijo que sí, que le encantaría casarse en el rancho, cuando Connor y ella decidieran casarse. Quizá cuando diera a luz, para las vacaciones

—Sería emocionante, —dijo la madre. Mi hijo es muy bueno y te tratará como una reina y si no, se las verá con nosotros.

—Se porta bien conmigo. Estoy enamorada de él.

—Y él de ti, lo supe cuando te presentó a nosotros. Nunca nos había presentado a nadie. Y eso es que le gustaste mucho, fue un flechazo, como su padre y yo cuando nos enamoramos. Cariño me gustaría estar más cerca de ti y ayudarte, pero cuando vengáis prepararemos todo y verás qué boda



tan preciosa.

—Gracias, de verdad. Se lo agradezco.

—Bueno, te dejamos que descanses. Llama cuando sepas qué va a ser.

—Lo haré quizá mañana, pero Connor quiere ser el primero en saberlo.

—Por supuesto. Cuidate cariño.

—Lo hare. Un abrazo.

—Adiós, adiós.

Eso era señal de que Connor había llamado al rancho.

Se tumbó en el sofá y cogió a su perrita que acababan de venir del parque.

—¡Ay Tara!, qué locura preciosa, y tara poni el hocico en su vientre como si adivinara que ahí había un ser creciendo y seguro que lo sabía. Los perros eran intuitivos.

Al día siguiente se hizo la ecografía. Parecía que el padre iba a salirse con la suya. Una niña. Ya iba a tener a su hija querida. Cuando volviera tendrían que pensar en un nombre.

Y en cuanto tuvo un rato para comer en el hospital, le mandó un mensaje escueto con una foto de la ecografía.

—**Tu hija...**

Y al segundo recibió otro mensaje.

—**Te quiero chiquita. Soy el hombre más feliz del mundo.**

Y le contestó:

—**Y yo también te quiero vaquero.**

Cuando llegó a casa y sacó a Tara, llamó al rancho y se lo dijo a su familia, que se pusieron contentísimos. Luego llamó a sus hermanos y también se lo dijo a todos, que iba a tener una niña.

—Por fin una niña —le dijo la hermana. Estos son dos locos de la vida.

—Mujer son preciosos mis sobrinos.

—Sí, qué voy a decir yo que soy su madre.

—¿Estás bien?

—Muy bien y Connor muy contento. Tendréis que ir sin remedio al rancho en Montana, allí me casaré y creo que en verano. Habré recuperado un poco la figura. En agosto o septiembre, antes de incorporarme de nuevo al trabajo.

—¡Qué bien! por fin haré un viaje.

—Será maravilloso ya veréis que os gusta. Y los niños, lo pasarán bien.

Ahora mismo no tenía más planes que cambiarse con Connor porque debía reconocer que la casa de él, era mejor, más grande, tenía piscina y unos muebles maravillosos, así que empezó a guardar cada tarde en cajas sus cosas y dejaría los muebles por si podía venderla con muebles, pues estaban nuevos.

El resto, ya vería dónde lo pondría. Connor le dijo que su despacho era grande, y la sala de estar también, podía poner su despacho que era pequeño en el suyo y dejar la sala para que luego pudiera jugar la pequeña y estuvo de acuerdo, tendrían que reconvertir las habitaciones. Sobre todo una de la casa de Connor para la pequeña.

Irían a elegirla un fin de semana. Y pasarían las Navidades si ella tenía días en Nueva York, era muy bonita la navidad allí. Y dijo que sí, así podría ver a sus hermanos en esas fechas y comer juntos una noche.

Connor siempre estaba haciendo planes y por fin volvió a Boston y aunque tenía trabajo allí, al menos pasaban las noches, juntos, y los fines de semana estarían solos. Ya necesitaba tenerlo a su lado y vivir con él y saber si eran compatibles, aunque estaba segura de que sí.

El primer fin de semana, se la llevó a su casa, con las cosas que tenía preparadas, le ayudó a

deshacerlo todo, a acomodarla y pusieron la casa en venta. Connor tenía una mujer que venía cuando él estaba en Boston para limpiar y hacer las cosas de casa y la cena.

—Esto es no hacer nada Connor.

—Eres una reina y las reinas no hacen nada.

—Me gusta limpiar.

—Aprovecha para pasear con Tara y déjate querer mujer. No quiero verte cansada. Disfruta. Y en Nueva York también tenemos una señora para la casa.

—¿También?

—No vas hacer nada, sino a cuidarte, estar con Tara y compra. Vamos el sábado que viene a buscar el cuarto de la pequeña. Mañana vienen a pintarlo.

—¿De qué color loco que no me has consultado?

—Se llevarán todos los muebles y ¿te parece rosa y malva?

—¡Me encanta!

—Pues así lo pensaba pintar.

Y se agarró a él por detrás.

—¡Como se nota ya mi niña!

—¿Tuya?

—Y tuya también, será preciosa.

—A propósito de la pintura, lo harán cuando esté Marta limpiando y dejaremos esa ventana abierta un día. El sábado vamos a por las cosas, así que haz la lista de lo que necesita.

—Pagaremos a medias, que te conozco.

—¡Es mi niña!

—¡Connor!...

—Aún no has vendido la casa.

—Pero tengo dinero ahorrado, gano un buen sueldo.

—¿Sí?, —y la cogió en brazos y la subió por las escaleras.

—¿Cuánto gana mi mujercita?

—20.000 dólares al mes.

—¡Dios mío!, casi ganas más que yo.

—Eso no es cierto, pero gano un buen sueldo. Tú ganas más.

—Eso no tiene importancia para mí, nena.

—Pero para mí sí, no voy a cogerte tu dinero.

—¿No?

—No, ni loca.

—Eres un poco tonta ¿lo sabes? Soy un vaquero de Montana y un hombre de allí cuida a su familia.

—Y yo soy una española de Andalucía y me gusta pagar.

—Pero eres más chica, te dejo ponerle el nombre.

—No seas tonto que me enfado.

—Habrá que quitarte ese enfado y sé cómo. Y empezó besándola y desnudándola, chupando sus pezones y besando su vientre que asomaba ya abultado. Tocó su sexo y ella se sintió húmeda para él.

—Me gusta que estés húmeda cuando te toco.

—Y a mí que te excites en cuanto toco tu miembro, ese grande que me encanta y me hace maravillas dentro.

—¿En serio chiquita?

—Muy en serio. Tienes un pene bonito y esa barba que me hace cosquillas.  
—Eres boba.  
—Sí, estoy locamente enamorada de ti.  
—Es la primera vez que me lo dices, guapa.  
—Sí, pero si no te gusta que te lo diga, me enamoré de ti nada más verte, fue un flechazo.  
—Eres una pequeña bruja peligrosa, yo también te amo ¿qué creías?  
—No sé, tenía miedo de que no me quisieras, que solo nos uniéramos por la niña.  
—Yo no me uno a ti por la niña.  
—Por eso te quiero, eres tan perfecto y maravilloso.  
—Sí que lo soy.  
—Vanidoso —y se puso encima de él.

—Vas a bascular.

—Te doy un guantazo. —Se lo dijo en español.

Y él la coció por las manos sujetándola y mordiendo uno de sus pezones.

—Loco que eso es peligroso, sabes que me gusta mucho.

—Por eso te lo hago y te voy a hacer otra cosa, —le dio la vuelta y bajó a su sexo y escondió su barba donde estaba su felicidad.

—Dios Connor, madre mía, oh dios... hasta que bajó el calor de su vientre a su sexo.

—Y ahora qué...

—Ahora me toca a mí, deja que me recupere. Y ella se lo hizo también y Connor tiritaba como un niño cuando ella escondía en su boca su miembro duro y le hacía cosas maravillosas hasta explotar de placer.

—Nena, esto es vida. Estos meses voy a hacer el amor más que en toda mi vida. Te gusta el sexo tanto como a mí. Y esa es una de las cosas que me ponen duro de tu cuerpo. No solo eres inteligente y guapa y trabajadora, sino que respondes a mis manos y me gusta que te pongas húmeda siempre.

—No, a ti te gusta más y eso me preocupa.

—Me gusta contigo.

—Ya me preocupa menos.

—Y Connor se reía.

## CAPÍTULO DIEZ

Tenían su casa preciosa, habían vendido la casa de Adela y él no quiso cogerle el dinero, no era mucho pues tenía hipoteca, pero le dijo que lo guardara para la boda en el rancho. Tuvo que ceder al final porque descubrió lo testarudo que era Connor con el dinero.

Era generoso y salían a cenar los fines de semana o a comer al mediodía. Dejaron lista la habitación de la niña. Aún no sabía qué nombre ponerle.

La madre de Connor se llamaba Marianne y a ella le gustaba ese nombre y nadie lo tenía salvo ella.

—Creo que ya tengo nombre para la pequeña, le dijo una noche al volver del trabajo.

—¿Qué has pensado preciosa? Vengo muerto hoy.

—Te doy un masajito.

—En cuanto me duche, pero antes dime el nombre.

—Me gusta el nombre de tu madre, Marianne.

—¿En serio?

—Sí.

—A mí también. Se va a volver loca cuando se lo digamos.

—Sí, espero que le guste.

—El sábado voy a comprar las letras que es lo que falta para la habitación de la pequeña.

Tiene ya de todo.

Y cuando Connor se duchó bajo al salón y ella le dio un masaje que terminó en uno erótico.

Ella salía de trabajar a las cuatro, excepto si tenía aparte, guardia o cualquier urgencia, pero Connor veía el pobre a las ocho, trabajaba muchas horas y cuando llegaba a casa, los días de diario, se duchaba y cenaba y estaba con ella y con Tara. Solo los fines de semana se dedicaba unas horas al despacho y ella salía a dar un paseo. Luego salía con ella por la tarde.

La casa de Connor tenía un sótano pequeño, que lo diseñó a propósito, con una ventana alta y que lo dejó como gimnasio y tenía de aparatos allí, una tienda como ella decía.

Se levantaba y hacía una hora, de ejercicios y paseaba con ella y en verano por las tardes o noches se daba unos largos también en la piscina. Así tenía ese cuerpo. Aprovecharía cuando tuviera el pequeño para utilizar en cuanto pudiese, algunos aparatos para estar en firma para la boda.

Celebraron solos Acción de Gracias y en Navidades fueron Nueva York, ella tenía cuatro días y él se quedaría allí unos quince días o un mes dependía. Así que se llevó Adela su coche y a Tara.

No quería dejarla tanto tiempo sola, ahora que estaba embarazada. Un día comieron en casa del hermano. Otro mientras Connor trabajaba compró un pequeño árbol y lo decoró y por la tarde fue de compras para la Navidad.

Lo cierto es que Connor para ser un vaquero, era un presumido de cuidado, vestía con trajes que le sentaban como un guante, en tonos grises de diferentes tonos y azulados, sus vestidores eran un centro comercial, de zapatos, con turones, corbatas, y trajes con camisas. Tenía una colección de relojes y perfume caro. Y todo de buena calidad.

Ellas e compraba en el centro comercial ropa a la moda y con estilo también, pero lo suyo, era, como sus casas.

—¿Sabes que eres un presumido? No quiero saber cuánto te gastas en ropa.

—Menos de lo que gano.

—Faltaría más, tonto. Me gusta y me codeo con gente rica para diseñarles obras de ricos y cobrarles como a los ricos.

—Estás más loco...

—Tendré que comprarme un par de vestidos para estar a la altura.

—Pues ya puedes, pasado mañana tenemos una cena de alta alcurnia.

—Connor y no me dices nada.

—Te lo estoy diciendo.

—¡Está bien!, mañana iré y me compraré ropa para el evento, pero con esta panza...

—Hay cosas maravillosas para las panzas. Y ¡toca y verás! —y le llevaba la mano a su miembro.

—Anda deja.

—¿No quieres?

—Quiero.

—Pues no retires la mano, rebusca mujer, estoy listo. La echó en el sofá y se la puso encima....

—Ummm... preciosa, entrar en ti sin nada es escandaloso, maravilloso. ¡Oh dios! mío, voy a correrme enseguida chiquita. Y ella avivó el ritmo para correrse con su hombre a la vez.

Al día siguiente, salió a comprarse un vestido por la mañana. No le había preguntado a Connor, pero si el evento era de noche, iría de largo. Se compró un vestido negro de manga larga, cuello a la caja, pegado al cuerpo con algo de brillo y una raja a un lado bastante notable. Le quedaba perfecto. Un abrigo negro corto, medias, ropa interior sexy negra, y unos guantes. Unos pendientes y un bolsito a juego y zapatos altos de tacón con un poco de plataforma, que eran más cómodos. Aún podía aguantarlos.

Se había gastado una pasta, pero tendría un vestido a la altura, ya se iría comprando algunos, conforme había eventos. Nunca se había vestido así, peor por Connor, lo haría.

Cuando se vistió para el evento y se dejó el pelo suelto, se pintó los labios de rojo mate y se maquilló, Connor se quedó de piedra.

—Dios mío, ¡estás guapísima!

—¿De verdad?

—De verdad. Menudo vestido te has comprado...

—Quería estar a la altura.

—Voy a tener que quitarte a los moscones. Incluso embarazada.

—Tú sí que estás guapo, rubio.

—Ummm —y la besó, ¡qué bien hueles!

—No, si la casa está bien perfumada —y Connor se reía.

—¡Qué cachonda! —le dijo en español.

—Algún día te diré qué significa.

—Nunca me lo dices.

—Ya lo sabrás.

El evento no debía de tener más de 70 personas y gracias a que se había comprado ese vestido, porque las mujeres iban guapísimas. Él la presentó como su prometida y todos supieron que iba a ser padre.

—¡Es guapísima! —le dijo uno de sus amigos arquitectos.

—Sí que lo es, por dentro y por fuera.

—¡Qué suerte tienes cabrón!

Y se dio cuenta de que sí que tenía suerte. Ella hablaba con todo el mundo y sonreía a todos. Le preguntaban por el embarazo y no tenía inconveniente en contestar. No se sintió sola en ningún momento, la comida estaba buenísima y se hizo una presentación del edificio de lujo que habían terminado en Manhattan y que aún quedaba parte de la documentación y ponerlo a la venta y demás documentos en el ayuntamiento.

—Por eso me quedo unos días preciosa, pero en cuanto acabe estoy contigo, tenemos más trabajo en Boston, una suerte para nosotros.

—No te preocupes, te amo y hablamos todas las noches. Ya me gustaría quedarme contigo, pero el trabajo me espera.

—Me han dicho lo guapa que eres y la suerte que tengo.

—La suerte la tengo yo. Eres un tío bueno y un buen partido.

—No seas tonta. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, chiquita. Y estoy loco por ti y por nuestra pequeña Marianne.

Esa noche se acostaron tarde y se levantaron tarde también, era domingo y ella debía irse, pero Connor quiso desayunar con ella, así que él sacó a la perrita, mientras ella hacía la maleta, desayunaron fuera y la acompañó al coche al parking para despedirse. Se abrazaron fuerte.

—Nena, ten cuidado. Y no hagas nada, solo pasear, Marta te hace todo y cierra bien y pon la alarma por la noche.

—Ya lo hago.

—Está bien, conduce con cuidado.

—Te llamaré cuando llegue a casa, vaquero.

—Te quiero pequeña.

—Y yo a ti.

Y por la tarde estaba en casa. Había dejado ropa para lavar, porque ni Connor ni Marta querían que hiciera nada, preparó la ropa para el día siguiente y sacó a Tara y bien abrigadas dieron un pequeño paseo para estirar las piernas, porque hacía un frío que pelaba y Tara no quería salir demasiado.

Se tumbaron en casa y se hizo algo de cena, habló con Connor y se acostó pronto.

Los meses siguientes pasaron en un suspiro, ella con su trabajo quería llegar al final del embarazo para tomarse más maternidad, cuatro meses y Connor, viajando entre Filadelfia nueva york y Boston, pero pasaba más tiempo en Boston, a veces iba unos días a otros lugares, porque delegó trabajo conforme se acercaba el parto.

Iban a contratar a una chica para que la ayudara los primeros meses y él se puso en contacto con la agencia de marta y la contrató para primeros de mayo. En principio iba a estar interna dos meses y luego poco más de media jornada. Ya verían cuando ella se incorporara si llevaban a la pequeña a la guardería.

Tuvo a su hija el 10 de Mayo, de noche, cuando estaban acostados y ella se levantó al baño y rompió aguas. Suerte que Connor estaba con ella esa semana.

Prepararon todo y se fueron al hospital. Entró con ella al paritorio y vio cómo nació su hija y por primera vez, Adela lo vio llorar. Un hombre tan grande...

—A ver quién es el llorón ahora.

—Es que ha sido tan bonito y tú tan valiente chiquita...

Tuvo que salir mientras la limpiaban y a la pequeña y cuando estaban en la habitación le llevaron a la pequeña.

—Mira Marianne...

—¡Qué bonita Adela!

—Es como tu rubia y tiene tus ojos azules.

—¿De verdad?

—Sí, mira cuando los abra, ya verás. Voy a darle de comer.

—¿Le vas a dar biberones cielo?

—No le voy a dar el pecho casi los cuatro meses. Al menos tres y medio, antes de empezar el trabajo.

—¿Por qué?

—Porque le previene resfriados y enfermedades, y mira qué tetas tengo cielo.

—Sí, me encantan.

—Pues tu hija será la dueña ahora unos meses. Tengo mucha leche y me da pena desperdiciarla. No es lo mismo que la de lata, y es natural, barata e inmunizadora.

—Como quieras pequeña.

Y se la puso y la niña empezó a mamar.

—Esta niña mira como come, es una tragona —decía el padre.

—Será tan grande como su tío.

—¿Estás bien preciosa?

—Sí, cansada, pero luego cuando la dejes en la cunita a mi lado, descansaré.

—Quiero tenerla un trato en brazos. Por la tarde va venir la chica y aprovecho para llevar el seguro y registrarla y llamar a casa y papeleos que haya que hacer.

—¡Está bien!

A los tres días estaban en casa, y al menos estaba tranquila ya, Marta se ocupaba por las mañanas de la casa y Luci, la chica que contrataron, se ocupaba de bañar a la pequeña y cuidar sus cosas, ayudar a curar los puntos a Adela como ella le decía y si la pequeña se despertaba a media noche, se hacía cargo de ella y de daba el biberón que Adela le dejaba preparado de leche materna y así ella podía descansar la noche entera. Era una buena niña. Connor tuvo que irse una semana a Nueva York y se iba sin ganas porque siempre que volvía del trabajo sostenía en brazos a su niña, una hora por lo menos y le hablaba como si fuese mayor.

Tara, la perrita, no se retiraba de la pequeña. Cuando Adela le daba el pecho en el sofá, ella se sentaba a su lado mirando y como si fuese la madre de la pequeña y le hacía gracia.

Sus hermanos fueron un fin de semana desde Nueva York a ver a la pequeña y los padres de Connor y sus hermanos esperaban ansiosos en el rancho, ya que tenían trabajo todo el año. Pero les mandaban fotos, fotos que les encantaban. Era una niña que se parecía a su padre, igual de rubia con ojos azules.

La madre de Adela también tuvo los ojos azules, pero su padre los tuvo marrones y ninguno de sus hijos los heredó los preciosos ojos de su madre.

Era la princesa de su padre y en primavera y cuando estaban juntos y salían, él llevaba el carro de la pequeña y ella a Tara, que estaba loca con la niña.

En julio ya no se quedaba Luci y ella empezó a tomar pastillas anticonceptivas y reanudaron sus relaciones sexuales. Y él le decía que con pastillas ya siempre iba a ser un hombre feliz.

- Eso es para que vengas con ganas a casa.
- Siempre vengo con ganas de veros a las dos.
- Vaya, tu hija me ha quitado el puesto.
- No seas tonta, es que es pequeña.
- Es tu ojito derecho y lo será siempre.
- Si tenemos más tendré dos ojos derechos.
- Ya veremos.

En agosto tomaron de nuevo las vacaciones y volaron al rancho. Iban a celebrar la boda por fon. Connor estaba más entusiasmado si cabe que ella.

Se llevó a Tara, pero iba preocupada.

—Que no le pasará nada, mujer y mejor que esté en el rancho, le encanta. Y además está Luci. Aunque tengamos mucho ajeteo con la boda, a la perrita le encanta el campo.

Llevaba su vestido de novia que se lo había comprado en Nueva York y su familia se encargó de la fecha y de cómo hacer la boda. Hasta del cura del pueblo más cercano al que pertenecía el rancho. Todo estaba preparado para el día diez de Agosto, que era la boda, por la tarde.

Sus hermanos, los de Adela, irían más tarde y ya les tenían las cabañas adjudicadas que se las pagaron ellos. E invitarían a la gente conocida, algunos trabajadores y conocidos más íntimos de Connor, la familia y conocidos.

Se hizo un arco de flores y se dispusieron unas sillas adornadas preciosas. Había recobrado ya la figura casi del todo y fue una tarde inolvidable.

Iba guapísima de blanco y Connor con uno de esos trajes que le quedaban perfectos. Hicieron los votos, preciosos y se dieron unas alianzas que compró Connor preciosas, finas en oro blanco porque sabía que a Adela le encantaban finas.

Y cuando el cura dijo que estaba casados. Connor, le dijo:

—Ya eres la señora de Connor Miller. Para lo bueno y lo malo y pienso ser muy malo esta noche —y ella se rio.

—Te amo vaquero. Me ha encantado esta parte de los votos.

—Estas guapísima, ya veremos las fotos cuando nos la den.

Después tuvieron una cena y un baile, que fue el del rancho, y bailó toda la gente, y fue fabuloso.

La noche de bodas, casi fue un amanecer de boda. Vieron salir el sol radiante y precioso y después se fueron a la cama. La pequeña estaba con Luci y Tara en otra cabaña.

Ya no le daba el pecho porque pronto empezaría a trabajar y se lo había quitado, pero crecía a pasos agigantados.

Luci se hacía cargo de ella y de Tara que iba al lado siempre del carro cuando salían y a dar un paseo por el rancho.

Esa noche de bodas...

—Eres mi mujer, me has cazado.

—Será pescado, los hombres cazan, las mujeres pescan.

—Pues has pescado un pez gordo.

—Nada de gordo estás espectacular. Y si lo dices por el dinero, sabes que eso no me importa. Si me compro algo caro es cuando tengo que ir contigo a algún sitio.

—A la cama por ejemplo.

—Por ejemplo, me gasto una pasta en lencería para ti. Y todo para que me la quites.

—Pero la veo antes, mujer y me pones más duro que una piedra.

—¿Como ahora?, —y lo tocaba.



—Como ahora, ¿lo notas?

—Lo noto, lo noto, vamos a sacar eso de ahí, no quiero que rompas esos pantalones tan bonitos.

—¡Qué mujer tengo!

E hicieron el amor hasta que terminaron muertos. Tanto que despertaron por la tarde, para la cena.

—¡Dios mío dormilona! Son las siete de la tarde.

—¿En serio?

—Sí.

—Vamos a ver a la pequeña. Mis hermanos de van temprano mañana y quería estar un rato con ellos.

Y estuvieron con ellos cenando y un rato hablando. Mientras Connor tenía a la pequeña en brazos.

A los dos días, Connor le dijo que se iban tres días solos a su luna de miel.

—¿Y la niña y tara? Creí que nos quedábamos en el rancho.

—Entre mi madre y Luci se ocuparan, solo tres días chiquita, solitos.

—Connor es muy pequeña.

—Nos merecemos tres días de viaje de novios, que luego el año es muy largo cariño.

—Está bien, ¿dónde vamos?

—A Canadá, a los valles próximos, está cerca, hay sitios maravillosos y vas a verlos.

—¿Cuándo nos vamos?

—Mañana por la mañana.

—¿Tan pronto?

—Sí haz una pequeña maleta, yo también. Ya lo tengo todo listo

—Anda que el señor avisa con tiempo...

—Así es mejor. Sorpresa.

—Dejar a mi niña tres días.

—La tendrás toda la vida. Pero tu marido te necesita sola para él solo tres días.

—Se los concederé.

—Ven aquí chiquita —hemos tenido unos días estresantes. ¿Estás bien?

—Perfectamente. Soy muy feliz.

—Cuando volvamos nos quedamos hasta final de mes.

—¿Les vas a ayudar en el rancho?

—Sí, si no te importa, solo es por la mañana. Por la tarde echamos una siesta y podemos ir a la piscina, y a bailar por la noche.

—No me importa cielo. Eres un buen hijo. Y como tú dices tenemos la tarde para nosotros.

—Te quiero, ¿lo sabes?

—Lo sé, y yo a ti

—Venga vamos a hacer las maletas. Y despedimos a tus hermanos.

Y después de que se fueran sus hermanos, ellos también se fueron en uno de los coches del rancho. Su suegra le dijo que no se preocupara que estaría ella personalmente cuidando a la niña y a la perrita con ayuda de Luci.

—Gracias Marianne. Es que no me he separado de ella.

—Vete con mi hijo, solo son tres días y os merecéis estar juntos.

Y la abrazó y a su hija y dio instrucciones a Luci y le dejó dinero por si acaso necesitaba comprar algo.

Connor la llevó por un recorrido de parques nacionales entre Montana y Canadá maravilloso.

Fue estupendo, desayunaban, comían y cenaban fuera, eligió esos tres días hoteles espectaculares de cinco estrellas y hacían el amor desesperadamente, lánguidamente, con tiempo y sin él. La deseaba tanto que en cuanto entraban en la habitación se la llevaba al hombro a la ducha y allí empezaban.

—Cualquier día me matas loco. Nunca he tenido tantas agujetas, ni cuando nos conocimos

—Para eso está la luna de miel.

—Para ir al recomponedor de huesos

—¡Qué palabras usas!

—Anda que tú...

—¿Me vas a decir qué significa cachonda?

—¿Quieres saberlo?

—Pues claro, estoy en ascuas.

—Cachondo o cachonda significa guasón, divertido, payaso, hacer el tonto vamos.

—¿Y la otra acepción?

—Estar cachondo o cachonda, es estar húmedo, con ganas de sexo, desear sexo.

—¿Estás cachonda ahora? —le dijo mientras descansaban en la cama después de ducharse.

—Estoy cachonda siempre contigo.

—Pues vamos a solucionar eso. Este sentido me gusta más cachondita.

—¡Que payaso!

—Ven aquí y la cogió por detrás, por las caderas y la penetró desde atrás tocando sus pechos y su clítoris.

Y ella gemía de placer.

—Dios Connor si me haces todas esas cosas a la vez...

—Me encanta, tienes unas tetas y unos pezones desde que tuviste a la pequeña que me ponen super cachondo

Y ella gemía porque no lo podía aguantar. Hasta que él dijo que no le aguantaba y ella tampoco.

—Ay Dios Adela nena, oh dios. ¡Qué cuerpo tienes para mí solo!

Y ella recobraba la respiración. Le dio la vuelta y ella se tumbó en la cama desnuda.

Y él se echó encima de ella besándola.

—¿Te aplasto?

—Me encanta, quédate un ratito.

Y al final la puso de lado porque era mucho más grande.

—Mete una pierna en mi cintura.

—Connor, ¡qué aguante tienes! —y así abrazada a ella la penetró de nuevo.

—A ti también te gusta. Siempre tienes orgasmos.

—A veces dos.

—Sí cuando estamos tiempo juntos, sí, cuando me voy y vengo no te aguanto.

—Ni falta que hace. Me gusta el sexo contigo.

—¿De verdad?

—Claro Connor, no sé si me gustaría tanto con otro hombre pero contigo es algo que no puedo definir. Me tocas y ya estoy lista.

—La mujer robot.

—Cualquier día te daré, tonto.

—¿Dónde vas a darme loca?

—No empieces que te gusta jugar para ganar.  
—Hombre no me gusta perder, pero en esos juegos tú también ganas algo.  
—Siempre, estoy muy satisfecha contigo.  
—Tenemos en contra que tengo que viajar.  
—Pero tampoco es demasiado y si estás en Nueva York, a veces vienes el fin de semana si puedes. No me quejaré nunca. Sé que es tu trabajo.  
—Es cierto. Tengo una mujer que no merezco.  
—Nos merecemos, porque te amo.  
—¿Qué has pensado que hagamos con la pequeña cuando empieces a trabajar en octubre?  
—Creo que dejaremos a Luci hasta la primavera, hasta que salga del trabajo, que me la deje bañada y en primavera la metemos en una guardería, pero no la quiero despedir, por si tengo urgencias o guardia, operación. Dejaremos a Luci que se ocupe de llevarla, traerla y sus cosas. En la guardería, que empiece unas horas y se acostumbre y luego que se ocupe de su comida y sus cosas, la recoja, si está malita se queda con ella, ¿qué opinas tú?  
—Me parece perfecto. Creo que es la mejor opción.  
—La tendremos unos años, si quiere quedarse. La niña y la perrita se acostumbran a ella, así cuando la lleve a la guardería, saca a la perrita y cuando yo venga, mientras ella baña a la peque saco yo a Tara.  
—Lo tienes todo planeado, chiquita.  
—Creo que es la mejor opción para todos.  
—Yo también. Quiero que mi niña no esté sola.  
—Cuando ya sea mayor entonces veremos.  
—Si mi vida, me parece una buena idea.  
—Tenemos que hablar de otra cosa, Connor.  
—¿De qué quieres hablar española?  
—De dinero, esto no puede seguir así, tú pagas todo.  
—Estamos casados.  
—Pero yo tengo dinero, no puedes ser terco.  
—Pues guárdalo para la universidad de Marianne y si tenemos más ya lo tienen. Es un ahorro.  
—Vamos Connor...  
—Preciosa yo gano mucho dinero, depende del trabajo, pero ya he hecho las gestiones para poner la casa y el apartamento a tu nombre también, sé que te gusta tener tu propiedad, así será a medias.  
—Pero Connor, eso no puede ser, es tuyo.  
—Lo mío es tuyo y vas a guardar ese dinero.  
—Sí lo guardaré para nuestros hijos, universidad y si podemos comprarles una casa.  
—Íntegro y me parece estupendo, además nunca se sabe si lo podemos necesitar alguna vez. Te daré una tarjeta cuando volvamos, los gastos están pagados y ese dinero es para comprar lo que necesites para la pequeña y para ti, lo que quieras.  
—¿Y la comida?  
—Se ocupan las mujeres y les dejo el dinero. Y a Luci, también lo que me diga la agencia. Eso está cobrado, los gastos de la casa y demás y los seguros de salud y de vida.  
—Por Dios Connor, no me he casado contigo para eso. No sé qué tienes pero no quiero una tarjeta para gastar.  
—Si no gastas nada mujer, además tienes dinero ahorrado, ¿cuánto tienes?  
Y miró su móvil.

—Con lo de la casa y lo que tengo ahorrado, porque no me dejas pagar nada, poco más de medio millón.

—Pero si eres rica. Tenemos para los estudios de nuestros hijos, sigue ahorrando por si me va mal el negocio.

—¿Cuánto tiene tú? —le preguntó Adela.

—¿Quieres saberlo?

—Sí.

—No, te enfadarás.

—No me enfadaré.

—Tengo diez millones ahorrados aparte más lo que tengo en la empresa con los otros dos socios. Y en la cuenta que te de meto todos los meses o cada trabajo unos doscientos, habrá cuatrocientos. Siempre deajo algo de cada trabajo y parte al ahorro.

—Estás loco, no puedo contigo.

—Pero ¿qué pasa?, me has dicho que no te enfadarías es nuestro dinero.

—Es tu dinero.

—Pero qué más te da mujer, no lo vamos a gastar a menos que sea necesario. ¡Ven aquí! Tu hombre es rico. —Y se reía.

—No me hace gracia

—Pero si tú eres una mujer que ha tenido becas y eres ahorrativa, ¿Quién tiene casi medio millón a los veintisiete años ahorrando como tú?

—Sigue ahorrando y podemos tener 6 hijos con carrera y master y sus casas compradas y sus coches.

—Majadero.

—¿Me vas a hacer caso?

—No me queda más remedio pero que sepas...

—No tengo que saber nada. Lo que haga falta se compra y punto.

—Dios, si lo llevo a saber...

—Qué ¿no te hubieras casado conmigo?

—No, eso no.

—¿Entonces bonita?... Trabajo mucho, lo sabes y ahora tengo por lo que trabajar y sois vosotras.

—Es que te quiero tanto...

—Te quiero porque sé cómo eres y porque vas a utilizar bien nuestro dinero.

—Te amo tanto...

—Y yo a ti.

—¿Cogerás entonces la tarjeta?

—Vale, la cogeré y te daré las facturas de lo que compre.

—No tienes solución. Te prefiero cachonda.

—¿Ah sí?

—Sí

—Ahora verás...

—Ay loca, ¿qué haces?

—Voy a probarte y a hacerte lo que te gusta.

Dios Adela... Ahggg... ¡Qué vacaciones vas a darme!

—Quéjate sí

—No...,e ... quejo. Dios... qué me haces mujer.

## CINCO AÑOS DESPUÉS

Habían pasado cinco años desde que se casaron. Era agosto y estaban de vacaciones en el rancho. Connor tenía 37 años y para ella no había cambiado nada. Era el ser maravilloso y sexy que había conocido allí seis años antes.

Como padre era un padrazo y como marido era generoso y seguía siendo tan sexual como siempre. Ella lo observaba mirando el rodeo, una de las actividades que se hacían en verano y él seguía yendo a ayudar a su familia todos los veranos y ella iba con los niños.

Marianne había cumplido en mayo cinco años y Connor, moreno de pelo como ella y con los ojos azules como su padre y su hermana, había cumplido tres.

Ya le dijo que quería hijos que no se llevaran mucho tiempo. Dos años se llevaban y ya no querían más.

Eran felices. Iban todos los veranos al rancho y la Navidad a Nueva York que a los chicos les encantaba.

Connor volvió la vista y la pilló mirándolo, y se acercó a ella.

—¿Qué pasa guapa?

—Miraba lo bueno que estás y sigues estando y lo feliz que soy contigo.

—¿Aunque pasemos tiempo separados a veces?

—Aun así, eres mi hombre, el amor de mi vida.

—Sigues tan preciosa como siempre y tenemos dos hijos maravillosos.

—Sí, los son, se parecen a ti.

—Connor tiene tu pelo.

—Algo me han dejado —y Connor la agarró por la cintura y sonreía.

—Mañana nos vamos nuestros tres días.

—Sí, tu madre la pobre y Luci aguanta a los pequeños y a Tara.

—Tara está encantada con los niños y ellos con la perra.

—Son felices y preciosos.

—Como tú. —Le dijo Connor.

—Vamos tenemos que preparar la maleta. Y ahora están con la abuela aprovechemos.

—¿Estás cachondo?

—Estoy muy cachondo. Y se iban a la cabaña riéndose...

Fin